

AGUSTÍN, Santo, Obispo de Hipona

Confesiones del glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín /
traducidas del latín en castellano por... Pedro de Ribadeneyra de
la... Compañía llamada de Iesus ; tomo segundo. -- En Madrid : Por
Blas Roman..., 1777

[2], 315, [10] p., [1], A-T8, V7, *4 ; 8º

1. Filosofía 2. Filosofía I. Ribadeneyra, Pedro de (S.I.), trad. II.

Título

R-4965 Ejemp. falta de port. -- Datos tomados de CCPB, 125168. -- Enc.
en tela

CONFESIONES

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO I.

Como despues de haber desechado las imágenes de las cosas corporales, comenzó á conocer que Dios no tiene cuerpo.

Va se habia acabado mi mocedad mala y perversa, y comenzaba la juventud: y yo quanto era mas crecido en edad, tanto era mas torpe con la

Tom. II.

A

va-

2 *Confesiones de S. Agustín.*

vanidad, y no podía pensar que hubiese otra substancia, sino semejante á lo que vemos por los ojos. No os figuraba yo, Dios mio, con cuerpo humano, porque desde que comencé á oír algo de vuestra verdadera sabiduría, siempre me pareció mal tal imaginacion, y me holgaba de haber hallado esta verdad en la fe de la Iglesia católica, que es nuestra espiritual madre. Pero no sabia ni se me ofrecia al entendimiento, ¿qué otra cosa pensar en vos, y yo hombrecillo, y tal hombrecillo, queria pensar en vos, que sois sumo, y solo y verdadero Dios? Bien creía de todo mi corazón, y confesaba, que vos sois un bien incorruptible, inviolable é inmutable; porque aunque no sabia de dónde y cómo era esto, pero veía y sabia cierto, que es mejor lo que no admite corrupcion, que lo que es corruptible, y lo que no puede recibir daño, que lo que le puede recibir: y lo que no está sujeto á mudanzas, que lo que se puede mudar.

dar. Mi corazon con gran fuerza daba bramidos, y procuraba como con la mano ojear todas las fantasmas que á guisa de una manada de aves inmundas volaban y turbaban mi entendimiento, y apenas eran partidas quando luego volvian con mayor fuerza, y daban sobre mí, y me ofuscaban y hacian perder la vista. De manera, que aunque yo no creía que aquel incorruptible é inmutable que yo anteponia á lo corruptible y mudable tenia forma de cuerpo humano, era forzado á pensar que era alguna cosa corporal que estaba, ó en espacio de lugar, ó derramado por todo el mundo, ó fuera del mundo por una infinidad extendido. Porque todo lo que entendia fuera de semejantes lugares, me parecia ser nada, y tan en extremo nada, que aún no me parecia que era vacuo. Como si quitando del lugar el cuerpo que le ocupa, quedase el mismo lugar vacío y sin algun cuerpo ó terreno, ó de ayre, ó celestial. El

4 *Confesiones de S. Agustin.*

tal lugar vacío sería como una nada espaciosa. Así que yo siendo de torpe y boto corazón, que aun á mí mismo no me entendia, ni pensaba que habia cosa alguna, sino la que se extendia por espacio de lugar, ó se derramaba, ó se juntaba, ó hinchaba, ó tenia, ó podia tener alguna de estas disposiciones; todo lo demás creía totalmente que era nada; porque mi corazón no alcanzaba sino aquellas formas corporales que veían mis ojos, y no consideraba que mi entendimiento, con el qual yo formaba estas imaginaciones, no era corporal, y que no las formára, si no fuera alguna cosa grande. Por esta manera, ó Dios mio, y vida de mi vida, os imaginaba yo grande, y que por infinitos espacios, y por todas las partes penetrádes la grandeza del mundo, y fuera de ella os extendíades por inmensos lugares, sin término, para que la tierra y el cielo, y todas las cosas estuviesen llenas de vos, y se rematasen

en vos por ser infinito , y vos no os acabádes en ninguna parte. Porque asi como el ayre , que es corporal , no impide á la luz del sol , que no pase por él ; y le penetre sin romperle ni cortarle , sino hinchiéndole de su claridad , asi pensaba yo que vos penetrábades el cielo y el ayre , y la mar y la tierra , sin que hubiese cosa que os hiciese resistencia , por ser todo este cuerpo y máquina del mundo por todas las partes , grandes y pequeñas , capaz y dispuesto para recibir vuestra presencia , y aquella secreta inspiracion , por la qual interior y exteriormente regís y gobernáis todas las cosas que criastes. Esto era lo que yo imaginaba , y no podia pensar otra cosa ; pero era falso , porque de esta manera la mayor parte de la tierra tendria mayor parte de vos , y menor la menor ; y de tal suerte todas las cosas estarian llenas de vos , que el elefante , por tener cuerpo grande , tendria mas parte de vos que el paxarito

6 *Confesiones de S. Agustin.*

que le tiene pequeño,; pues el uno ocupa mayor lugar que el otro. Y si el mundo se dividiese en muchas partes, á las grandes comunicariades gran parte de vos, y á las pequeñas, pequeña. Mas no es asi, ni vos, Señor, sois de esta manera, aunque yo no lo entendia: porque vos aun no habiades quitado las tinieblas de mi corazon, ni alumbrándole con los rayos de vuestra luz.

CAPÍTULO II.

Nebriidio convence á los Manicheos.

Contra aquellos engañados y engañadores, y mudos parleros (mudos eran, porque no os alababan), bastábame á mí el argumento que Nebriidio solia proponer contra ellos (aun desde el tiempo que estábamos en Cartago); y todos los que le oimos, nos maravillamos, por la gran fuerza que tenia. Porque preguntaba Nebriidio, ¿en qué os habia de dañar aquella
no

no sé qué gente tenebrosa que los Manicheos suelen oponer contra vos, si vos, Señor, no quisiédes pelear contra ellos? Porque si responden: Que todavía os podian hacer algun daño, necesariamente se sigue que vos fuérades corruptible y sujeto á recibir aquel daño. Si dicen: Que en ninguna manera os podria empecer, no habia causa para pelear, y pelear de la manera que ellos dicen y desatinan. Porque decian que una parte vuestra y miembro vuestro ó generacion de vuestra misma substancia se mezclaba con el poder contrario, y con las naturalezas que vos no criastes; las quales la corrompian é inficionaban en tanto grado, que su bienaventuranza se convertia en miseria, y venia á tener necesidad de socorro para ser librada y purgada. Esta parte de vuestra substancia decian que es alma, á la qual vuestro Verbo, siendo libre, puro y entero, socorre como á esclava, amancillada y perdida. Pero este

8 *Confesiones de S. Agustin.*

Verbo querian que fuese corruptible, por ser de una misma substancia. Mas Nebridio apretaba á los Manicheos, y deshacia estos disparates, con decir, que si vuestra substancia, por la qual sois el que sois, era incorruptible, y ellos lo confesaban, todas las cosas que decian eran falsas y detestables. Y si decian que era corruptible, esto era tan falso y tan abominable, que aun oirlo no se podia. De manera, que este solo argumento bastaba para desecharlos, y no darles algun crédito; pues sintiendo y diciendo de vos las cosas que decian, no podian dexar de dar en uno de dos horribles y espantosos sacrilegios de lengua y de corazon.

CAPÍTULO III.

*Que el libre albedrio del hombre es
causa del pecado.*

Pero aunque yo firmemente sentia que Dios verdadero y Señor nuestro, que hizo nuestras almas y nuestros cuerpos, y todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, era inalterable y ageno por todas partes de qualquier menoscabo y mudanza, todavia no entendia clara y descubiertamente la causa del mal, aunque entendia que qualquiera que ella fuese, se habia de buscar: de suerte, que no nos obligase á poner en Dios, que es inmutable, alguna mudanza, por no hacerme yo malo, como lo era lo que buscaba. Esta causa del mal buscaba yo con grande ansia, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que era falso lo que ellos decian. Y yo huía de ellos, porque los veía tan llenos de malicia,
que

que buscando de dónde viene el mal, daban en tan grandes disparates; pues no se querían persuadir que era menos inconveniente que vuestra substancia padeciese mal, que no confesar que la suya de ellos le hacia. Desvelábame con gran cuidado por entender lo que había oído, que el libre albedrio era causa que nosotros obrásemos mal, y vuestro justo juicio que le padeciésemos, y con él fuésemos castigados, y no podía ver claramente la causa de esto. De manera, que queriendo sacar mi entendimiento de esta tenebrosa profundidad, me anegaba de nuevo, y quantas veces me esforzaba á salir, tantas me tornaba á sumir en ella. Despertábanse mis ojos, para que viesen vuestra luz, con saber tan cierto que yo tenía voluntad, como sabia que tenía vida. De suerte, que quando quería ó no quería alguna cosa, era muy cierto que yo y no otro era el que la quería y el que no la quería. Y ya desde entonces iba co-

nociendo que allí estaba la causa de mi pecado, y veía que lo que yo hacía contra mi voluntad, no era tanto hacer, como padecer, y juzgaba que esto no era culpa, sino pena, con la qual confesaba que siendo vos justo, justamente me castigáades. Pero otras veces decia: ¿Quién me hizo á mí? ¿No me hizo mi Dios? El qual no solamente es bueno, sino la misma bondad: ¿pues de dónde me vino á mí el querer el mal, y no querer el bien, para que hubiese causa de ser por ello justamente castigado? ¿Quién sembró en mí esta semilla? ¿Quién plantó esta raíz de amargura, pues yo todo soy formado por las manos de mi dulcísimo Dios y Señor? Si el demonio fué el autor, ¿quién le hizo á él? Y si el demonio por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que era, se hizo demonio, ¿de dónde le vino á él la mala voluntad, por la qual se hizo demonio, pues el Criador y Artífice de todas las cosas, que es bonísimo, crió

12 *Confesiones de S. Agustin.*

crió al ángel todo bueno? Con estos pensamientos andaba congojado y me ahogaba, pero no llegaba á tan grande desventura, que cayese en aquel infierno horrible y espantoso, adonde nadie os alaba y confiesa Señor, y estan los que creen que vos padeceis el mal, y no lo hace el hombre.

CAPÍTULO IV.

Que Dios no puede ser forzado.

De la misma manera iba rastreando, y procuraba hallar las demás cosas, como habia hallado que es mejor lo que no puede padecer corrupcion, que lo que la padece; y por eso venia á confesar que vos (qualquiera cosa que seais) sois incorruptible. Porque ninguno jamás pudo ni podrá pensar que hay cosa mejor que vos, que sois el sumo y perfectísimo bien. Pues si vos no fuéades incorruptible, yo pudiera con mi discurso hallar alguna co-

sa mejor que vos, Dios mio, pues no hay duda, y es cosa certísima y averiguada, que lo que es incorruptible es mejor que lo que padece corrupcion. Y siendo tan cierta esta ventaja que lo incorruptible hace á lo corruptible, ahí os debia yo buscar, y de ahí sacar dónde está el mal y la misma corrupcion, la qual en ninguna manera puede dañar á vuestra substancia; pues por ningun camino, ni con la voluntad, ni con necesidad, ni con caso fortuito, la corrupcion puede corromper y empecer á nuestro Dios, porque él es Dios, y lo que quiere para sí es bueno, y él mismo es aquel mismo bien que quiere para sí: y tal no puede ser el bien, que puede ser corrompido. Tampoco puede ser violentado, para que quiera alguna cosa por fuerza; porque vuestra voluntad, Señor, no es mayor que vuestro poder, y seríalo, si vos fuédes mayor que vos mismo. Porque la voluntad y potencia de Dios es el

mis-

14 *Confesiones de S. Agustin.*

mismo Dios. ¿Fues qué cosa puede suceder que para vos sea repentina y no pensada , sabiendo todas las cosas, y no teniendo algun sér , sino porque vos la conoceis? Pero para qué gasto tantas palabras para probar que la substancia, que es Dios, no es corruptible, pues si lo fuese, no sería Dios.

CAPÍTULO V.

Cómo se aparta el Criador de la criatura.

Vo buscaba de dónde tenia origen el mal , y en la misma manera que yo lo buscaba , no conocia el mal. Imaginaba yo toda esta máquina del universo , y todo lo que podemos ver en ella , como es tierra , mar , ayre , estrellas , árboles , animales y otras cosas mortales , y todo lo que vemos , como es el firmamento y todos los ángeles y espíritus celestiales , como si fuesen cuerpos , y es-
tu-

tuviesen distintos , cada uno en su lugar propio , y todos juntos hiciesen como una masa grande compuesta de estos varios géneros de cuerpos , ó verdaderos , ó por mi imaginacion fingidos. Y este cuerpo y criatura vuestra compuesta de tantos cuerpos , no la hice tan grande quanto era , porque no lo podía saber , pero quanto me pareció , aunque por todas partes finita. Y á vos , Señor , me imaginaba yo , infinito , y que de todas partes la abrazábades y penetrábades , como si hubiese un mar inmenso é infinito que tuviese dentro de sí una esponja grandísima , pero finita ; aquella esponja por todas partes estaria llena y rodeada de aquel mar inmenso é infinito. Asi yo pensaba que vuestra criatura finita estaba llena de vos , que sois infinito , y decia : Veis aqui á Dios , y veis aqui lo que Dios crió , y Dios es bueno , y sin comparacion mejor que lo que crió : mas como él sea bueno hi-

zo cosas buenas, y todas las rodea é hinche. Pues siendo esto así, ¿adónde está el mal? ¿Y de dónde nos vino? ¿Y por qué resquicio se nos entró? ¿De qué semilla nace, ó qué raíz lo produce? ¿Por ventura no tiene el mal algun sér? ¿Pues por qué tememos y nos guardamos de lo que no es? Y si tememos vanamente cierto que el mismo temor es malo, pues tan sin causa atormenta y aflige el corazón, tanto es mayor mal este temor, quanto mas tememos no habiendo de qué temer. Por tanto, ó hay el mal que tememos, ó el mismo temor sin causa es mal. Pues ¿de dónde es este mal, siendo así que Dios bueno hizo todas las cosas buenas? Porque el mayor y sumo bien hizo los otros bienes menores: y así el Criador, como todas las cosas que él crió son buenas; ¿pues de dónde vino este mal, ó de qué hizo las cosas? ¿Había por ventura alguna ma-
te

teria mala , la qual tomó Dios , y la formó y ordenó , y dexó alguna cosa en ella , que no convirtió en bien ? ¿ Mas eso porqué ? ¿ Por ventura no pudo convertirla toda , y trocarla de manera que no quedase en ella nada del mal , siendo (como es) todopoderoso ? Finalmente , ¿ porqué quiso servirse de esta materia para hacer algo de ella , ó porqué usando del mismo poder no la deshizo del todo ? ¿ Pudiera por ventura tener sér contra su voluntad ? Y si dixeran que era eterna , pregunto yo : ¿ porqué la dexó asi por infinitos espacios de tiempo , y despues tuvo por bien servirse de ella ? ¿ No fuera mejor deshacerla para que totalmente no fuese , y él solo fuese todo verdadero é infinito bien ? Y si no era bien que dexase de hacer y fabricar algun bien el que era bueno , ¿ porqué no deshizo aquella mala materia , y la aniquiló , y formó otra buena , para criar de ella todas las cosas ? Porque no sería

todopoderoso, si no pudiera hacer alguna cosa buena sin ayuda de aquella materia que él no habia criado. Estas eran las olas de mi corazon, estos los pensamientos que la afligian, espantado ya con el temor de la muerte, y no hallaba la verdad. Pero con todo esto estaba en mi pecho muy firme y muy arraygada la fe de vuestro Christo, y nuestro Señor y Salvador, que enseña la Iglesia Católica; y aunque en muchas cosas era muy flaca é imperfecta, y vacilaba é iba fuera de regla, no la dexaba mi ánima, antes cada dia mas se iba esforzando y ajustando á su verdad.

CAPÍTULO VI.

De los vanos juicios de los astrólogos.

Fu tambien yo habia comenzado ya á desechar de mí los falsos juicios, é impios desatinos de los astrólogos.

Vues-

Vuestras misericordias, Señor Dios mio, de lo mas íntimo de mi ánima os alaben por' ello. Porque vos, que sois vida que no puede morir, vos solo y no otro nos librais de la muerte, y siendo lumbre que no tiene necesidad de otra lumbre, alumbráis los entendimientos de los hombres ciegos con aquella sabiduría con la qual gobernáis el mundo hasta las hojas que vuelan de los árboles. Vos pues fuistes el que curastes mi pertinacia y porfia, con la qual contradixe y resistia á Vindiciano, viejo agudo, y á Nebridio, mancebo de maravillosa bondad; á Vindiciano, que con gran vehemencia me afirmaba, y á Nebridio, que con alguna duda, mas muchas veces me decia que no habia arte para conocer las cosas venideras, sino que las conjeturas de los hombres muchas veces tenian fuerza de adivinar: y que diciendo el hombre muchas cosas, acertaba acaso á decir algunas de las que habian

de suceder, sin saber lo que decia, sino que por hablar mucho topaba con ella. Enviástemme pues un amigo que no sabia mucha astrología, pero sabia algo, y era grande escudriñador, y muy curioso de estas cosas, y habia oido decir de su padre cierto cuento, que él mismo no sabia la fuerza que tenia para destruir la opinion y estima de aquel arte. Este hombre y amigo mio se llamaba Firmino, y era eloquente y bien enseñado en las artes liberales: el qual vino á mí, como á su grande amigo, para consultar ciertas cosas suyas del mundo, en las quales tenia puesta toda su esperanza: y queria saber de mí lo que me parecia segun la constelacion y figura de su nacimiento. Y no quise negarle lo que me pedia, ni dexar de decirle (por verle tan suspegso) lo que se me ofrecia. Pero como ya habia comenzado á parecerme bien lo que tantas veces me habia dicho Nebridio, despues de haberle dicho

cho

cho lo que se me ofreció , añadí , que yo casi estaba persuadido que todas estas cosas eran vanas y de risa. Entonces él me dixo que su padre habia sido curiosísimo de leer los libros que tratan de este arte , y que habia tenido por amigo á otro que no era menos curioso ; y que estaban tan embebecidos y puestos en esto , que para aprender , y hacer experiencia de aquel arte tenían gran cuenta de notar las horas y puntos de lo que nacía en sus casas , y de la postura y aspecto de las estrellas, aunque lo que naciese fuese algún animal. Y que habia oído decir á su padre, que estando su madre preñada del mismo Firmino , aconteció que también una criada de aquel su amigo lo estuviese, lo que no se pudo encubrir á su amo, que era tan curioso como he dicho en examinar y querer saber hasta los partos de las perras de su casa. Y como el padre de Firmino tuviese cuenta con el parto de su muger , y

el otro del de su criada, y muy menudamente, y con gran curiosidad contasen los dias, horas y momentos de su preñez, vinieron las dos á parir á un mismo tiempo, de manera que fueron forzados á dar el mismo nacimiento y constelacion el uno al hijo, y el otro al siervo. Porque luego que á las mugeres comenzaron á venir los dolores del parto, el uno avisó al otro lo que pasaba en su casa, y señalaron personas que, en naciendo las criaturas, fuesen de una parte á otra, á avisar como habian nacido, lo qual pudieron hacer como en casa propia. Nacieron dos hijos, y tan en un punto, que los mensageros que iban á avisar de la una parte, y de la otra se toparon puntualmente en medio del camino, y el uno y el otro fué forzado á dar el mismo nacimiento y constelacion á los dos, sin que pudiese haber diferencia en los puntos y aspectos de las estrellas. Mas con todo eso Firmiano, como era na-

cido de nobles padres , echó por caminos honrados del siglo , y crecía en riquezas y honras ; y el otro como siervo , servia á su señor , sujeto al yugo de la servidumbre , como nos lo dixo el que tambien le conocia. Habiendo oido esto , y creídolo (porque el que me lo dixo era digno de fe) cesó toda aquella resistencia y contradiccion que yo habia hecho en esta materia , y la primera cosa que hice fué procurar de desenlazar y librar de aquella curiosidad á Firmينو , con decirle , que para sacar el verdadero pronóstico que me pedia , no bastaba ver su constelacion y nacimiento , mas que tambien habia de ver en ella , que sus padres eran hombres principales , su familia noble , y él bien nacido , y criado honradamente , y enseñado en las artes liberales. Y que si aquel siervo que nació en el mismo punto que él me preguntára de su constelacion (que habia sido la misma que la suya) yo le respondi-

24 *Confesiones de S. Agustín.*

ra, que para decirle verdad, tenia necesidad de ver en aquella misma constelacion que él era de gente baja, y de condicion de siervo, y las demas cosas bien diferentes y contrarias de las suyas. ¿Y cómo era posible que mirando la misma constelacion (si queria decir verdad) dixese cosas contrarias, y diciendo la misma cosa, dixese verdad? De aqui saqué esta conclusion, y tuve por cierto que aquellas cosas que se dicen, y salen verdaderas, mirando á estas constelaciones, no se dicen por arte, sino por suerte y acaso; y que lo que no se acierta no es por ignorancia del arte, sino por ser falsa la suerte. Despues de haber oído lo que he dicho, y pensádolo conmigo mismo, para que alguno de estos hombres desatinados que siguen semejantes intereses (con los cuales yo ya deseaba verme para convencerlos, y reirme de su vanidad) no me dixese que Firmino me habia engañado en

lo que me habia contado , ó su padre á él ; comencé á considerar el nacimiento de dos hermanos que nacen juntamente , y llaman mellizos , los mas de los quales de tal manera salen del vientre de la madre , uno tras otro , que aquel espacio de tiempo que tardan en salir (por mas fuerza que ellos digan que tiene para diferenciarlos) es tan breve y corto , que con ninguna diligéncia puede el astrólogo notarle y señalarle con letras , las quales ha de mirar , si quiere acérrtar ; y siendo así , no será verdad lo que dixere ; porque mirando las mismas letras y señales , la misma ventura habia de decir á Esau y á Jacob , los quales la tuvieron muy contraria . Y de esto se sigue que dirá mentira si dice lo mismo , ó que si dixere verdad , será porque aunque mire la misma constelacion , no dice la misma cosa , sino diferente : y por consiguiente , no dirá verdad por saberla por arte , sino acaso y por dicha.

cha. Porque vos, Señor, que sois certísimo Gobernador del universo, con vuestro oculto juicio haceis que quando alguno pregunta al astrólogo semejantes cosas (sin saberlo, ni el que pregunta, ni el que responde) oyga lo que merece oír segun el abismo profundísimo de vuestro alto consejo, al qual no hay hombre que pueda decir. ¿Qué es esto? O ¿para qué es esto? No lo diga, no, porque es hombre.

CAPÍTULO VII.

El desasosiego y aflicción que tuvo buscando el origen del mal.

Va vos, Señor ayudador mio, me habiades librado de aquellas cadenas, y yo todavía andaba buscando de dónde viene el mal, y no hallaba salida. Aunque no permitiades que las ondas turbulentas de mis pensamientos me llevasen tras sí, de
ma-

manera que me apartasen de aquella fe y creencia con que yo creía que vos sois, y que sois una incommutable substancia, y teneis cuidado y providencia de todos los hijos de Adán, y por medio de Jesu Christo vuestro Hijo y Señor nuestro habeis descubierto el camino de nuestra salud, para alcanzar aquella vida eterna que esperamos, como las sagradas letras, autorizadas por vuestra Iglesia Católica, nos lo certifican. Y estando esta verdad tan asentada y firme en mi corazón, no por eso dexaba de andar congojado con este cuidado y deseo de hallar donde procede el mal. ¿Quán grandes fueron los tormentos y dolores, como de parto, que entonces, Dios mio, tuvo mi corazón? Y en aquellos dolores estaban vuestras orejas sin saberlo yo; porque buscando yo esto en silencio con grande ahinco, aquellas ansias caladas de mi corazón eran unas como grandes voces, que clamaban

ban á vuestra misericordia por mí. Vos solo sabíades lo que yo padecía, y ningun hombre lo podia saber. Porque muy pequeña parte de lo que yo padecía, era lo que descubria por mi lengua á mis mayores amigos y familiares, los quales no podian oír el ruido y desasosiego que estaba dentro de mí, ni habia tiempo ni lengua que bastase para declararle como él era. Mas todo estaba patente á vuestros ojos, y sonaban en vuestros oídos aquellos bramidos y gemidos de mi corazón, y delante de vos estaba mi deseo, y la lumbre de mis ojos no estaba conmigo, porque ella estaba dentro, y yo fuera. Ella no estaba en lugar, y yo andaba vagueando por las cosas que ocupan lugar, y no hallaba en ellas lugar donde reposar, ni ellas me admitian, de suerte que yo pudiese decir: Bien estoy: esto me basta, y aun no me dexaban volver á vos, en quien solo podia descansar. Porque yo era superior

rrior á todas estas cosas , é inferior á vos , y vos para mí sois gozo verdadero , que me sujetastes á vos , y las cosas inferiores que criastes , sujetastes á mí para que yo fuese sujeto á vos , y para que estando como en medio de vos y de las criaturas sirviéndoos á vos , fuese señor de mi cuerpo. Mas como yo me levanté con soberbia contra vos , y confiado en el escudo de mi dura cervíz , corrí contra el Señor ; hasta estas cosas baxas se levantaron contra mí , y se pusieron sobre mi cabeza , ahogándome , sin dexarme hallar alivio ni reposo. Ellas se me ofrecian por todas partes , como puestas en esquadron , quando pensaba las imágenes corporales , y se me ponian delante al tiempo que queria dar la vuelta , y dexarlas , como si dixeran : *¿ Adonde caminas indigno y sacio ?* Y estas cosas habian cobrado fuerza de mis llagas , porque vos herís y humillais al soberbio , y yo por mi vana presuncion

30 *Confesiones de S. Agustin.*

me apartaba de vos, y mi cara estaba tan hinchada, que me quitaba la vista.

CAPÍTULO VIII.

Como la divina misericordia socorria á S. Agustin.

Pero vos, Señor, permanecéis para siempre, y no os enojáis para siempre con nosotros, porque teneis compasion de la tierra y de la ceniza, y por esto os plugo de reformar mis imperfecciones y miserias, y con unos estímulos interiores me aguijábades, para que no reposase hasta que por una vista interior del alma yo tuviese conocimiento de vos, y con esto, con vuestra mano oculta y medicinal se iba curando aquella hinchazon mia, y sanando la vista de mi alma turbada y confusa con el colirio de mis saludables dolores.

CAPÍTULO IX.

De las cosas que en los libros de algunos filósofos platónicos halló conformes á nuestra fe.

Primeramente queriendo vos , Señor , mostrarme quan de veras resistís á los soberbios , y dais vuestra gracia á los humildes , y con quánta misericordia habeis descubierto á los hombres el camino de la humildad , despues que vuestro Verbo se hizo carne , y habitó entre los hombres , distes orden para que por medio de un hombre muy hinchado y soberbio , yo hubiese ciertos libros de algunos platónicos , traducidos de la lengua griega en la latina. En estos libros léi , no por estas mismas palabras , pero esta misma sentencia , la qual confirmaba el Autor con muchas razones : *Que en el principio era el Verbo , y el Verbo era cerca de Dios , y*
Dios

32 *Confesiones de S. Agustín.*

Dios era Verbo, el qual era en el principio cerca de Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él ninguna cosa es hecha. Lo que ha sido hecho es vida en él, y la vida era luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprehendieron. Y que el alma del hombre, aunque dé testimonio de la luz, no es la misma luz, mas el Verbo de Dios, que es Dios, es la lumbré verdadera, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Y que él estaba en este mundo, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no lo conoció. Esto leí allí, mas no leí que vino á los suyos, y los suyos no le recibieron, y que pidió potestad para ser hijos de Dios á todos los que le recibieren, y creyeren en su nombre. También leí allí: Que el Verbo de Dios no nació de carne ni de sangre, ni por voluntad de varon, ni por voluntad de la carne, sino de Dios. Mas no leí que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Busqué, y hallé en aquellos

Libros, que en muchas y varias maneras se decia, que el Hijo tiene la misma forma del Padre, y que no usurpó la igualdad con Dios, porque naturalmente es la misma substancia. Mas haberse humillado, tomando forma de siervo, y vistiéndose de la vestidura de hombre, y sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y que por esta humildad Dios le haya ensalzado y sublimado, y dándole un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se arrodillen las potestades del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesu Christo está en la gloria de Dios Padre; esto no se halla en aquellos libros, mas hállase: *Que vuestro unigénito Hijo, que es coeterno á vos, permanece incommutabilmente en todos los tiempos, sobre todos los tiempos, y que de su plenitud toman las almas el ser bienaventuradas, y con la participacion de la sabiduría que está*

84 *Confesiones de S. Agustín.*

en ellas, se convengan, para que sean sabias. Tampoco se halla allí, que él quitó su gloria temporalmente por los pecadores, y que vos no perdonastes á vuestro único Hijo, mas le entregaste á la muerte por todos nosotros. Porque vos habéis escondido estos misterios de la humildad de Christo á los sabios, y revelado los á los pequeños, para que los que trabajaban y andaban cargados, viniesen á él, y fuesen recreados por él. Porque él es manso y humilde de corazón, y endereza á los mansos en juicio, y enseña á los mansos sus caminos, y ve nuestra humildad y nuestro trabajo, y perdona todos nuestros pecados. Pero los soberbios y vands con su cieñela, que no le oyen decir: Aprended de mí porque soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas, aunque conozcan á Dios, no le glorifican como á Dios, ni le dan gracias, mas desvanécense en sus pen-

pensamientos, y obscurece e su cora-
zon, y diciendo que son sabios, ver-
caderamente son insipientes. Y por
eso tambien lei alli: *Que la gloria de
vuestra incorruptible Magestad habia
sido trocada en idolos y en varias figu-
ras y semejanzas de honores corrupti-
bles, de aves y animales terrestres,
y de serpientes.* Esta idolatria y cor-
rupcion es el manjar de que se sus-
tentan los Egypcios, el qual porque
comió Esau, perdió su mayorazgo.
Porque el pueblo primogenito, que
es el de los Judios, volviéndose con
el corazon á Egypto, tomó y honró
por vos á una bestia, y abatiendo y
amancillando vuestra imagen, que
(es su alma) la sujetó y avasalló de-
lante de la figura de un becerro, que
se apacienta del heno. Todo esto
hallé en aquellos libros, mas no co-
mí de este manjar de la idolatria; por-
que vos, Señor, os dignastes de qui-
tar del hermano menor, que era Ja-
cob, aquella mengua y menoscabo

que habia de tener, por ser hijo menor, haciendo que el hermano mayor viniese á servir al menor: y de la misma manera reprobando al pueblo de los Judios, llamastes á los gentiles para que fuesen vuestro pueblo y vuestra heredad: y yo como habia venido á vuestro conocimiento de padres gentiles, dime á coger el oro de los Egypcios, que vos mandastes á vuestro pueblo que les tomase, y llevase consigo quando salia de Egypto, porque aquel oro de quiera que estaba era vuestro. Este tesoro llamó la sabiduría que vos distes á los gentiles, de la qual quereis que nos aprovechemos, como lo hizo, y nos lo enseñó vuestro Apóstol, quando hablando con los Atenienses, les dixo: que en vos vivimos, y nos movemos, y somos como uno de sus sabios; antes habia dicho: De este mismo tesoro eran aquellos libros de los platónicos que yo leí, y yo, Señor y bien mio, alumbrado por

por vos , aprovechándome de esta riqueza de los Egypcios , no quise poner los ojos en los ídolos de los mismos Egypcios , á los quales servian con vuestro oro y con vuestras riquezas los ciegos idólatras , que trocaron la verdad de Dios en la mentira , y dexando al Criador , honraron y sirvieron á la criatura.

CAPÍTULO X.

Como las cosas divinas se le iban descubriendo cada día mas.

De aquí fuí amonestado que volviese en mí , y guiándome vos , entré en lo mas íntimo de mi corazón , y púdelo hacer , porque vos me ayudastes. Entré , y con el ojo tal qual de mi alma , ví sobre la misma vista de ella , y sobre mi entendimiento una luz del Señor Soberano é inómmutable , y no ésta , que es visible á toda carne , ni semejante á ella.

38. *Confesiones de S. Agustin.*

Mucho mayor era ; como si esta nuestra luz corporal fuese creciendo , y haciéndose mas resplandeciente , y ocupase todo lugar con su grandeza. Pero aun esto no era aquella luz , sino otra cosa muy distante de todas estas. Y no estaba sobre mi entendimiento , como está el aceyte sobre el agua , ni como el cielo sobre la tierra , mas estaba sobre mí , porque ella me hizo , y yo debaxo , porque soy hechura suya. El que conoce la verdad , ese la conoce , y el que la conoce , conoce la eternidad. La caridad la conoce , ó eterna verdad , y verdadera caridad , y cara eternidad. Vos sois mi Dios , á vos de dia y de noche suspiro. Luego que os conocí me alumbró vuestra luz para que viese que habia de ver , y que yo aun no tenia ojos para ver , y fueron tantos y tan claros los rayos de vuestra luz , que herian mis ojos , que la flaqueza de mi vista no los pudo sufrir , y de amor y de espanto temblé ,

y por la desemejanza me hallé como en otra región muy remota y apartada de vos, y como si oyera de allá de lo alto una voz vuestra, que me decia: *To soy manjar de grandes, crece, y comerme has, ni tú te mudarás en ti, como se muda el manjar que comes, sino tú te mudarás en mí.* Y conocí que por la maldad reprehendistes al hombre, y hicistes que mi alma se consumiese como la araña, y dixes: *¿Por ventura es dada la verdad, pues no se derrama por espacios de lugares finitos ni infinitos? y vos como de lejos distes una voz, que decia: Antes yo soy el que soy.* Esta voz oí, como se suele oír en el corazón, y no habia que dudar de ella, y mas fácilmente dudaria yo, que no tengo vida, que no ser aquella verdad que se ve y conoce por las criaturas.

CAPÍTULO XI.

*En qué manera las criaturas son , y
no son.*

Volví los ojos á las otras cosas de-
baxo de vos , y hallé , que ni del to-
do son , ni del todo dexan de ser.
Algo son por el sér que vos les dis-
tes , y no son , porque no son lo que
vos sois. Aquello verdaderamente es,
que siempre permanece sin mudarse.
Para mí bueno es estar unido con
Dios , porque si no estoy en él , tam-
poco podré estar en mí , y el Señor
permaneciendo en sí mismo , renueva
todas las cosas , y vos , Señor , sois
mi Dios , porque no teneis necesidad
de mis bienes.

CAPÍTULO XII.

Que todas las cosas que son, son buenas.

Entendí que todas las cosas que se corrompen son buenas, y que no se podrian corromper si fuesen sumamente buenas, ni tampoco si no fuesen buenas. Porque si fuesen sumamente buenas, serian incorruptibles, y si no fuesen buenas, no habria en ellas que corromper. Porque la corrupcion daña, y no dañaria si no disminuyese algun bien. De suerte, que habemos de confesar, ó que no daña la corrupcion (lo qual no puede ser) ó, lo que es certísimo, que todas las cosas quando se corrompen, son privadas de algun bien: y si fuesen privadas de todo bien, dexarian de ser de todo punto; porque si tuviesen sér, y no pudiesen ser corrompidas, serian mejores que antes, porque permanecian incorruptibles.

blés. ¿Pero qué cosa mas monstruosa puede ser que decir que son mejores, habiendo perdido todo el bien. Luego si fueron privadas de todo bien, dexaron de ser de todo punto. De donde se sigue, que mientras son, son buenas, y que todas las cosas que tienen ser son buenas: ¿y aquel mal que yo buscaba de dónde era? No es substancia; pues si lo fuese, ya no sería mal, sino bien; porque, ó habia de ser substancial é incorruptible, que es un gran bien, ó substancia corruptible, la qual no se podia corromper, si no fuese buena. De esta manera ví y claramente conocí, que todas las cosas buenas vos las hicistes, y que no hay substancia alguna que no la hayais hecho. Y porque no hicistes todas las cosas iguales, por eso son todas, y cada una de ellas es buena, y todas juntas muy buenas, y asi las hicistes vos Señor.

CAPÍTULO XIII.

Que todo lo criado alaba á Dios.

En ninguna manera hay mal que á vos, Señor, os pueda empecer, y no solamente á vos, pero ni á la universidad de vuestras criaturas; porque fuera de vos no hay cosa que pueda violentar y corromper el orden que vos les pasistes. Mas en algunas de sus partes hay algunos que se tienen por males porque no son convenientes para unas cosas, aunque lo sean para otras. Y estas tales cosas son buenas, y buenas en sí mismas, y todas estas cosas que desdizen, y no se atan bien entre sí, dicen con la parte mas baxa de este mundo inferior, que llamamos tierra, la qual tiene el ayre anublado y ventoso, como le conviene. No quiera Dios que yo diga que estas cosas no son, porque si no hubiese mas de estas cosas visibles,
de-

desearia yo otras mejores : pero la vista de ellas sola me debia obligar á alabaros por ellas. Y si hasta los dragones de la tierra , y todos los abismos dan voces , y muestran que sois digno de alabanza , y lo mismo hace el fuego , el granizo , la nieve y el hielo , los vientos y las tempestades que obedecen á vuestro mandamiento. Los montes y los collados ; los árboles fructuosos , y todos los cedros ; las bestias , y todos los animales terrestres , las serpientes que se arrastran por la tierra , y todos los pueblos , Príncipes y jueces de ella ; los manebos , las doncellas , los viejos , con los de menor edad , alaben vuestro nombre. Y pues tambien los del cielo os alaban , todos vuestros ángeles , Señor y Dios nuestro , os alaben en aquellas altas moradas : todas las virtudes , el sol y la luna y todas las estrellas , y la luz , los cielos y las aguas que estan sobre los cielos , loen vuestro santo nombre. Ya yo no de-

seaba mejores cosas ; porque todas las consideraba ; y aunque es verdad que juzgaba que las cosas altas y superiores son mejores que las inferiores y baxas , todavia mirándolo con mas acertado juicio , me venia á parecer , que para la composicion de este universo es mejor que haya las unas y las otras , que no solas las superiores , puesto caso que por sí solas sean mejores que las otras.

CAPÍTULO XIV.

Que ninguna cosa de las que Dios crió desagrada al hombre cuerdo.

No tienen sano juicio los que se desagradan de algunas cosas de las que vos criastes , como yo no lo tenia quando no me contentaba de muchas cosas que hicistes. Y porque mi ánima no se atrevia á desagradarse de vos , decia que no era vuestro todo lo que me desagradaba. De
 aqui

aquí vino el caer yo en aquella errada opinión de las dos substancias, y decir disparates, y no hallar reposo en ellas. De aquí vino también el fingir con mi imaginación un Dios derramado por una infinidad de espacios y lugares, y el pensar que tal érades vos, colocándole en mi corazón, el qual con esta falsa imaginación se habia hecho un abominable templo de su ídolo, que tenia por Dios. Pero despues que mi cabeza un poco se sosegó, y con vuestra misericordia vos cerrastes mis ojos para que no viesen la vanidad, respiré un poco, y se adormeció aquella mi locura, y despertando en vos, ví que érades infinito por otra mas alta manera, la qual la carne no me podia descubrir.

CAPÍTULO XV.

*Como se halla la verdad, y la falsedad,
en las criaturas.*

Despues volvi los ojos por las otras cosas, y conóci que os deben el ser que tienen, y que todas ellas, aunque en sí son finitas, en vos son infinitas; mas estan en vos de otra manera, y no como en lugar, sino porque vos con vuestra verdad las teneis de vuestra mano. Y todas las cosas en quanto son, son verdaderas, y ninguna cosa es falsa, sino quando se piensa que es lo que no es; y entendí que no solamente cada cosa dice bien con su lugar, sino tambien con su tiempo, y que vos, que solo sois eterno, no comenzastes á obrar despues de innumerables espacios de tiempos; porque todos ellos, asi los que pasaron, como los que pasarán, no pudieron ni venir, ni pasar, sino obrando y permaneciendo vos.

CAPÍTULO XVI.

Que todas las cosas son buenas, aunque no todas convienen á todos.

Tambien sentí y experimenté, que no es maravilla que el pan que al paladar sano es sabroso, al enfermo sea desabrido, y la luz penosa á los ojos legañosos, que á los claros es agradable. Y de aqui es, que pues vuestra justicia desagradá á los malos, no hay por que maravillarnos que digan mal de la vívora, y de los gusanos y otros animales que vos hicistes buenos y convenientes, segun la naturaleza que distes á algunas de vuestras mas baxas criaturas. Mas los malos tanto mas se allegan á estas cosas baxas, quanto son mas desemejantes á vos, y tanto son mas capaces de las soberanas y altas, quanto se van haciendo mas semejantes á vos. Busqué asimismo, qué cosa era la maldad,

dad, y hallé que no era substancia, sino una perversidad de voluntad torcida y apartada de la misma substancia, que sois vos, mi Dios, la qual voluntad derrama lo interior, y pierde su mejor y mas secreto bien, y por defuera se levanta y estima con presuncion.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que nos impiden el conocimiento de Dios.

Yo mismo me maravillaba que ya os amaba, y no alguna fantasma en vuestro lugar, como solia. Pero no podia gozar de vos continuamente, Dios mio; porque por una parte era arrebatado para ir á vos de vuestra hermosura, y por otra con el peso de mi miseria, luego era apartado de vos, y volvía á estas cosas gimiendo: y este peso que así me tiraba era una costumbre de carne:

vuestra memoria estaba conmigo , y no dudaba yo en ninguna manera que habia una cosa soberana y divina , á la qual me debia allegar , y con la qual me debia abrazar ; pero entendia que no era yo tal , qual debia ser , para juntarme con ella ; porque el cuerpo corruptible apesga el alma , y la morada eterna abate y agrava el sentido que piensa muchas cosas. Muy cierto estabí yo que lo que en vos es invisible desde el principio del mundo ; y vuestra sempiterna virtud y divinidad se conocen por estas cosas que vemos. Porque buscando yo una regla firme y cierta para medir con ella su hermosura de los cuerpos , ora sean del cielo , ora de la tierra , y para juzgar bien y enteramente de las cosas mudables , y poder seguramente decir, la tal cosa debe ser de esta manera , y la tal de esta otra , hallé sobre mi mente mudable la inmutable y verdadera eternidad de la verdad. Y asi
de

de grado en grado comencé á subir como por una escalera , de los cuerpos al alma , que siente por el cuerpo , y de esta parte sensitiva á la otra mas interior , á la qual el sentido del cuerpo manifiesta las cosas exteriores , y las que los brutos perciben : finalmente llegué á la parte superior de esta alma , que es la que juzga de lo que por las puertas de los sentidos ha entrado , y esta parte de mi alma mas excelente é intelectual , mirándose á sí , y hallando que era mudable , se despertó y como avivó su virtud intelectual ; y dexando su acostumbrado modo de entender , se desnudó de aquellas fantasmas é imágenes que la podian desasosegar é impedir para hallar qué luz fuese aquella que la alumbraba , quando claramente y sin alguna duda juzgaba y decia , que el bien inconmutable se debe preferir á qualquiera otro bien que se muda : y para hallar de dónde ó cómo conocia aquel

mismo bien incommutable: el qual si en ninguna manera conociese, no sabria tan cierta é infaliblemente, que se deba anteponer á lo que es mudable; y para alcanzar á ver aquello que apenas se divisa, y casi se esconde de la flaqueza de nuestros ojos. Quando llegué á este punto entendí por estas cosas visibles, las que en vos, Dios mio, son invisibles. Pero no pude fixar los ojos en ellas, antes rebatidos por su flaqueza, me volví á mi antigua costumbre, quedando solamente con una amorosa memoria; la qual recreándose con el olor que tenia de aquel manjar, le deseaba comer, mas aun no podia.



CAPÍTULO XVIII.

*Que solo Christo es el camino para
alcanzar la salud.*

Andaba yo buscando camino para hallar fuerzas con que gozase de vos, y no le hallé hasta que me abracé con Jesu Christo hombre y medianero de Dios y de los hombres, y Dios verdadero, que sobre todas las cosas es bendito para siempre: el qual nos llama, y nos dice: Yo soy camino, verdad y vida. Y porque yo no tenia fuerzas para comer de tan alto manjar, él se vistió de mi naturaleza, y el Verbo Eterno se hizo carne, para que vuestra sabiduría, por la qual criastes todas las cosas, se hiciese como leche suavissima, con que nosotros como niños nos pudiésemos mantener. Mas como yo no era humilde, no entendia á nuestro Señor Jesu Christo humilde, ni sabia

D 3

qué

qué era lo que con su flaqueza nos queria enseñar; porque vuestro Verbo y eterna verdad, que está tan ensalzada sobre las mas altas criaturas, levanta á sí á los que se humillan y sujetan: y acá en la tierra edificó para sí una casa humilde de nuestro barro, que es susagrada humanidad, para que con los exemplos de su tan profunda baxeza, abatiese á los que se le han de rendir, y los vaciase de la estimacion de sí mismos; y transformándolos en sí, sanase la vana hinchazon de sus corazones, y criase su amor en ellos, para que confiados de sí, no se levantasen á mayores, antes viendo la omnipotencia de Dios flaca, por haberse vestido de los pellejos de nuestra carne, conociesen su propia flaqueza, y se postrasen delante de Dios humanado, y el resucitado glorioso los levantase é hiciese bienaventurados.

CAPÍTULO XIX.

Lo que sintió de la Encarnacion de Christo.

Otra cosa pensaba yo : y así sentia de mi Señor Jesu Christo , como de un varon sapientísimo , y tan aventajado , que ninguno se le podia igualar , especialmente por haber nacido maravillosamente de una vírgen , para darnos exemplo de menospreciar las cosas temporales , si queremos alcanzar las inmortales y eternas. Y por este cuidado divino que de nosotros habia tenido , me parecia que habia merecido aquella grande autoridad de Preceptor y Maestro. Pero no podia imaginar el Sacramento y misterio inefable que encerraban en sí aquellas palabras: *El Verbo se hizo carne.* Solamente por leer en las sagradas letras, que habia comido, bebido, dormido, caminado, alegrá-

dose , entristecídose , y predicado, sacaba yo , que lo que de nuestra naturaleza fué unido con nuestro Verbo no había sido sola carne , sino juntamente con la carne el alma y mente humana. Esto bien lo entiende cualquiera que entiende la incommutabilidad de vuestro Verbo; la qual ya yo sabía quando podia , y de ello en ninguna manera dudaba. Porque mover unas veces por su voluntad los miembros del cuerpo , y otras no moverlos, y unas veces estar de una manera , y otras de otra, unas veces callar, y otras decir maravillosas sentencias, son cosas propias de una alma sujeta á mudanzas : y si estas cosas fuesen escritas falsamente de Christo , todas las otras serian sospechosas , y no nos podríamos asegurar que no hubiese en ellas mentira , ni en las letras sagradas tendria el género humano alguna certidumbre , ni firmeza , ni esperanza de salud. Pero porque las cosas que estan escritas son verdaderas,

y de esto no se puede dudar, venia yo á conocer y á confesar, que en Christo está, no solamente el cuerpo del hombre, ó la parte sensitiva con el cuerpo, sin la mente y parte intelectual, sino tódo el hombre: y que este mismo hombre, no por ser verdadero hombre, sino por una cierta excelencia extraordinaria que tenia de la humana naturaleza, y por una mas perfecta participacion de la sabiduría, era aventajado sobre todos los otros hombres. Mas porque Alipio pensaba, que de tal manera creían los católicos que el Verbo Eterno se habia vestido de nuestra carne, como si solamente hubiese tomado la carne, y no el alma, y la mente y entendimiento de hombre, de suerte que en Christo no se hallase mas que Dios, y la carne del hombre, era mas perezoso en recibir la fe christiana; juzgando y teniendo por cierto, que las cosas que se escriben haber obrado Christo nuestro Señor, y yo he refe-

ri-

rido arriba, no se podian obrar sin alma racional y vital. Pero despues que entendió que este error era de los hereges que siguen á Apolinar, alegróse y conformóse con la fe católica, que aborrece el tal error. Mas yo confieso que algo mas tarde aprendí la diferencia que hay entre la verdad católica, y la falsedad de Fotino herege en el misterio de la Encarnacion de Christo, y en el modo que el Verbo se hizo carne. Porque la contradiccion de los hereges, y la guerra que con ellos tenemos, hace que se eche mas de ver lo que siente la Iglesia Católica, y lo que enseña la verdadera y sana doctrina. Y como dice el Apóstol S. Pablo: Es necesario que haya heregías, para que los fuertes entré los flacos, y los buenos entre los malos mejor se conozcan.

CAPÍTULO XX.

De la variedad de los libros platónicos.

Uero despues que leí aquellos libros de los platónicos, y despertado por ellos, comence á buscar la verdad incorpórea: entendí por estas cosas baxas que vos hicistes las cosas altas é invisibles que antes no conócia. Y juntamente entendí que por las tinieblas de mi alma no podia yo contemplaros, de manera que viniese á tener certidumbre, que vos soís un bien infinito, aunque no deramado por lugares finitos ó infinitos, y que vos solo verdaderamente sois, porque siempre sois el mismo sin ninguna alteracion, movimiento ni mudanza: y que todas las demas cosas manan de vos como de su fuente; y que para prueba de esto, es bastante y firmísimo argumento saber que ellas son. De estas verdades yo
era

era muy cierto, pero todavía muy flaco para gozar de vos. Parlaba yo mucho como si fuera sabio, y si no buscara el camino de la verdad en Christo nuestro Salvador, no fuera sabio, sino perdido, porque ya comenzaba á querer parecer sabio, lleno de mi pena, y no lloraba, antes andaba hinchado, y me desvanecía con mi ciencia. ¿Adónde estaba aquella caridad, que edifica, y comienza el fundamento de la humildad, que es Jesu Christo Señor nuestro? ¿O cuándo aquellos libros me lo pudieron enseñar? Los quales libros creo yo, Señor, que con gran providencia quisistes que viniesen á mis manos, para que despues de haberlos leído, me acordase de los afectos que habian causado en mí; y para que despues de haberme amansado con vuestra doctrina, y curado con vuestra bendita mano mis llagas, supiese hacer diferencia, y distinguir entre la presuncion, y la confesion, entre los que
ven

ven para donde se debe caminar , y los que no ven , ni por donde caminan , ni el camino que llevan , ó solamente á ver la patria beatífica y bienaventurada , pero aun á morar en ella. Porque si yo fuera primero enseñado con vuestras santas letras , y en el estudio de ellas , os hallára dulce y sabroso , y despues leyera aquellos libros ; por ventura , ó me apartáran de aquel sólido y piadoso fundamento , ó ya que perseverára en mi afecto y saludable propósito , viniera á creer que alguno leyendo solo aquellos libros , tambien pudiera sacar de ellos el mismo afecto que yo habia sacado de los vuestros.

CAPÍTULO XXI.

Lo que halló mas en los libros sagrados que en los de Platon.

Comencé con gran sed y ansia á beber de las fuentes de vuestro espíritu , y á darne al estilo digno de toda reverencia de vuestras letras , y á leer particularmente al Apóstol San Pablo , y en esto se deshicieron aquellas tinieblas y dudas , con las quales antes me parecia que habia contradiccion en vuestros libros , y que el nuevo testamento no era conforme á la ley y á los Profetas. Descubríaseme con esto el estilo de vuestras palabras santas y castas , y conocí , que todas tenían una misma faz y una misma figura. Y aprendí y comencé á alegrarme en vos con temor , y hallé , que todo lo verdadero que yo habia leído en los otros libros , en los vuestros estaba encerrado mas copiosamente

mente , y con el reconocimiento de vuestra divina gracia , á la qual todo se debia agradecer ; para que el que ve no se gloríe como si no hubiese recibido , no solamente lo que ve , sino tambien el poder ver. Porque , Señor , ¿ qué tiene el hombre , que no lo haya recibido de vos ? Justamente es amonestado el hombre en vuestras letras , no solo que mire á vos , que siempre sois el mismo , sino tambien que procure sanar con esta vista , para que os pueda tener , y estar unido con vos. Y el que estuviere tan lejos , que por la distancia no pueda ver este camino , todavia ande y camine quanto pudiere , para que le halle , y os vea , y se abraze con vos. Porque aunque se deleyte el hombre con la ley de Dios , segun el hombre interior , ¿ qué hará de la otra ley de sus miembros , que repugna y contradice á la ley de su mente , y le lleva cautivo á la ley del pecado que está en sus miembros ? Vos , Señor ,
sois

sois justo, y nosotros pecadores, somos impios y malos; y vos con vuestra mano pesada y fuerte justamente nos castigais. Por nuestra culpa fuimos entregados á aquel antiguo pecador y presidente de la muerte, porque persuadió á nuestra voluntad la semejanza de la suya, con la qual no perseveró en la vuestra. ¿Qué hará el hombre miserable? ¿quién le librárá del cuerpo de esta muerte sino vuestra gracia, por los merecimientos de Jesu Christo nuestro Señor? al qual vos engendrastes *ab æterno* de vuestra substancia en quanto Dios, y en quanto hombre le criastes, y le hicistes Rey y Príncipe de todas vuestras criaturas. En este Señor nuestro, y Hijo vuestro, no halló el príncipe de este mundo culpa ni pecado, ni cosa digna de muerte, y con todo eso mató al inocente, por eso perdió su derecho, y se rasgó la obligacion que tenia contra nosotros. Este misterio divino no se halla en aque-

aquellos libros platónicos, ni rastro de esta vuestra piedad. No se hallan lágrimas de confesion, vuestro sacrificio, el espíritu atribulado, el corazon contrito y humillado, la salud del pueblo, esposa, ciudad, arrha del Espíritu Santo, y cáliz de nuestra redencion. En aquellos libros ninguno canta: ¿Cómo no será mi alma sujeta á mi Dios, pues de él tengo la salud? Él es sin duda mi Dios y mi salud, él es mi amparo, y por esto no me dexaré mover mas, por cosa que me venga. En aquellos libros no hay quien oiga aquella dulce voz del Señor con que nos llama, diciendo; Venid á mí los que trabajáis. Porque por ser manso y humilde de corazon, se desdeñan á aprender de él. Vos habeis escondido estos profundos misterios á los sabios y prudentes del siglo, y los habeis revelado á los pequeñuelos. Porque una cosa es ver de la altura de un monte, como de muy lejos, la patria de la paz, y no ha-

llar el camino para ella, y andar descarrado, sin poder atinar á él, estando cercados por todas partes de los demonios (que con su capitan, que es leon y dragon, perpetuamente estan en zelada contra nosotros) y otra cosa es entrar y andar por el camino que nos lleva á esa patria y vision de paz, y estar guardados por el cuidado del Celestial Emperador, para que no puedan infestarle, ni robar á los caminantes, aquellos fugitivos soldados que cayeron del cielo, huyendo de este camino, como de su muerte y perdicion. Estas cosas por ciertos modos maravillosos se entraban en mis entrañas, y las ablandaban quando yo leía á vuestro Apóstol S. Pablo, que por su humildad se llamaba el mínimo de los Apóstoles; y considerando vuestras obras, quedaba asombrado y como fuera de mí.

CONFESIONES

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO I.

Encendido del amor de las cosas divinas , determina de ir á ver á

Simpliciano.

Acuérdome yo , Dios mio , de las misericordias que habeis usado conmigo , y hagoos gracias por ellas , y confieso vuestro santo nombre. Todos mis huesos se recreen con vuestro deleyte , y digan : Señor , ¿ quién es semejante á vos ? Rompistes mis

cadenas, yo os sacrificaré sacrificio de alabanza. Yo contaré la manera que tuvistes en romperlas, para que todos vuestros siervos quando lo oyeren os alaben, y digan: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra, grande y maravilloso es su nombre. Vuestras palabras, Señor, se habian pegado á mis entrañas, y yo estaba cercado por todas partes de vos. Tenía certidumbre que vuestra vida era eterna, aunque la veía por figuras, y como por espejo. Ya se me habia quitado toda la duda que antes tenia de la substancia incorruptible, de la qual mana toda substancia, y deseaba estar no mas cierto de vos, sino mas firme y estable en vos. Pero de mi vida temporal estaba muy dudoso y perplexo, y era necesario limpiar primero el corazon de la levadura vieja. Agradábame el mismo Salvador, que es el camino; pero todavia me hallaba perezoso de entrar por las angostas sendas de este camino.

Pusistes en mi corazón, y parecíame que sería bien ir á Simpliciano, porque me parecía que era fiel siervo vuestro, y que vuestra gracia resplandecía en él; y yo habia oído decir que desde mozo os habia servido con gran devoción: ya era viejo, y con la larga edad gastada en el estudio de vuestra virtud, tenia experiencia de muchas cosas, y sabia mucho, á lo que yo juzgaba, y era así en hecho de verdad. Y por esto queria yo descubrir las congojas de mi corazón, y conferir con él mis penas; para que viendo él la disposicion de mi alma, me aconsejase lo que habia de hacer para serviros. Porque yo veía la Iglesia llena de vuestros siervos, y que uno iba por un camino, y otro por otro, y á mí desagradábame lo que hacia en el siglo, y era para mí una carga muy pesada. No porque mis apetitos me abrasasen ya como solian, y me arrebatasen con la esperanza de la honra y de la hacienda,

para que sufriese aquella servidumbre tan grave ; porque ya aquellas cosas no me deleytaban en comparacion de vuestra dulzura , y de la hermosura de vuestra casa que yo amaba : pero todavia estaba fuertemente atado con el amor de la muger , acordándome que el Apóstol no me prohibia casar , aunque exhorta á lo mas perfecto , y desea que todos los hombres sean como era él . Mas como yo flaco escogia lo mas blando y suave , y hallándome por este deseo enfermo , tambien lo era en lo demas ; y me iba consumiendo con los congojosos cuidados de las otras cosas , que aunque eran desabridas para mí , las habia de pasar , porque eran convenientes para la vida conyugal , á la qual yo estaba tan inclinado y rendido . Habia oido de la boca de la Verdad , que hay algunos Eunucos que por el Reyno del Cielo se privaron del deleyte sensual ; pero el mismo Señor dice , que este don no es de todos,

dos , y que el que le puede tomar, le tome. Vanos son por cierto todos los hombres que no tienen la ciencia de Dios, ni por el rastro de las criaturas que parecen buenas, supieron hallar al que de veras es. Mas yo ya habia salido de aquella vanidad, y pasado mas adelante, y con el testimonio universal de todas las criaturas habia hallado á vos nuestro Criador, y al Verbo Eterno, que con vos y el Espíritu Santo es un Dios, por el qual criastes todas las cosas. Otro género de hombres impios hay, que conociendo á Dios, no le glorifican ni le hacen gracias como á Dios. En este linage de hombres tambien habia caido yo; pero vuestra diestra, Señor, me levantó, y me puso en lugar donde pudiese convalecer, pues dixistes al hombre: Mira que la piedad es sabiduría, y no quieras parecer sabio; porque los que dicen que son sabios, se vuelven insipientes, y habia ya hallado la preciosa margarita que habia

de comprar , vendiendo todo lo que tenia ; pero estaba dudoso y temeroso de hacerlo.

CAPÍTULO II.

*De la conversion de Victorino,
retórico.*

Euí pues á verme con Simpliciano , que era padre espiritual de Ambrosio Obispo , en la gracia que vos le comunicastes , y á quien él amaba verdaderamente como á padre. Contéle los rodeos en que andaba perdido , y los enredos de mi corazón , diciéndole : como habia leído algunos libros de los filósofos platónicos , que Victorino , que en los años pasados habia enseñado la retórica en Roma , (y yo habia oído decir , que era ya difunto christiano) habia traducido en latin. Holgóse mucho Simpliciano , y dióme el parabien , porque no habia caído en los libros de
otros

otros filósofos , que estan llenos de errores y falsedades , conformes á los flacos y obscurecidos principios de la naturaleza , sino en los de los platónicos , en los quales se hallan muchos rastros de Dios y del Verbo Eterno , y por todas las maneras se dan á entender : despues para exhortarme á la humildad de Christo, que se esconde á los soberbios , y se descubre á los humildes , me comenzó Simpliciano á contar un cuento de Victorino , á quien él habia conocido muy familiarmente en Roma. El qual no quiero yo aqui callar, porque el referirle dará ocasion de alabar y ensalzar vuestra gracia , que se debe confesar para vuestra gloria. Contóme pues , como aquel viejo doctísimo , y en todas las ciencias sapientísimo , y que habia leído tantos libros de filósofos , y juzgado-los y declarádolos , y era maestro de tantos y tan nobles Senadores , y por la excelencia de sus grandes letras,

y de haberlas enseñado con tanta loa, había merecido y alcanzado que en la plaza de Roma se le pudiese públicamente estatua, que es cosa tan estimada de los hombres de este siglo. Este tan insigne varón (digo) hasta aquella edad había reverenciado y adorado á los ídolos, y participado de sus sacrilegios y ceremonias profanas, con las cuales casi toda la nobleza Romana estaba inficionada, y tenia por dioses á una multitud de monstruos, y como á tales les hacia sacrificios, y suplicaba. Y Victorino tantos años con su eloqüencia y voz sonora los había defendido: pero despues alumbrado y esforzado con vuestra gracia, Señor, no tuvo vergüenza de humillarse y hacerse siervo de Christo, y lavarse como niño en el bautismo, sujetando su cuello humildemente á vuestro santo yugo, y señalando su frente con el oprobrio de la cruz. O Señor, Señor, que inclinastes los cielos, y descen-

dis-

distes, tocastes los montes, y humearon; ¿con qué blandura y suavidad os ingeristes y entrastes en aquel pecho? Leía Victorino (como dice Simpliciano) la santa escritura, y con gran cuidado y estudio escudriñaba las letras christianas; y no en público, sino en secreto, y familiarmente, como amigo, decia á Simpliciano: Hágote saber, que yo ya soy christiano. Respondiale Simpliciano: No lo creeré, ni te tendré por christiano hasta que te vea en la Iglesia de Christo. Y Victorino se burlaba de él, y decia: ¿Pues cómo las paredes son las que hacen á los hombres christianos? Y muchas veces repetia, que ya era christiano, y Simpliciano le respondia lo mismo: y él con el mismo donayre se burlaba, diciendo, que las paredes no hacen christianos. Porque él temia de ofender á sus amigos, que eran soberbios adoradores de los demonios, y se habian de levantar algunas gra-

graves enemistades contra él, de personas grandes y poderosas, que eran como los cedros del Líbano, que aun no habian sido derribados del Señor. Mas despues que con la frecuente leccion y estudio se hizo mas fuerte y robusto, temió que Christo le negaria delante de los santos ángeles, si él temía de confesar á Christo delante de los hombres: y parecióle que cometia grave culpa, si se avergonzaba de los sacramentos de la humildad de vuestro Verbo Eterno, no habiendo tenido antes vergüenza de los sacrificios sacrilegos de los soberbios demonios, que él mismo habia imitado y recibido; y con esto echó de sí la vana vergüenza, y vistióse de la verdadera: y súbito y sin pensar dixo á Simpliciano (como él lo contaba): Vamos á la Iglesia, que quiero ser christiano: y Simpliciano no cabiendo en sí de placer, se fué con él, y despues que fué instruido en los prin-

ci-

cipios de nuestra santa Fe , recibió el santo bautismo , maravillándose en Roma , y gozándose la Iglesia. Los soberbios veían esta mudanza , Señor , y enojábanse , deshacíanse entre sí , mas vuestro siervo tenia puesta su esperanza en vos , y no hacia caso de las vanidades y locos juicios de los hombres. Finalmente quando vino la hora en que habia de hacer la profesion de su fe (que en Roma la suelen hacer los que vienen á vuestra gracia , desde un lugar alto , y en presencia del pueblo fiel , y con palabras contradas y sabidas de memoria) decia Simpliciano , que los Sacerdotes ofrecieron á Victorino , que si queria , hiciese aquella profesion de la fe secretamente , como se suele ofrecer á otros para quitarles la vergüenza. Pero él quiso mas confesar delante de todos públicamente su fe , en la qual estaba su salud , pues públicamente habia enseñado la retórica , que no se la podía

dia dar. ¿Y de qué habia de tener vergüenza de confesar delante de vuestras mansas ovejas á vuestro Verbo Eterno, el que no temió en sus palabras la muchedumbre de tantos locos? De manera, que en subiendo al lugar de donde habia de protestar su fe, todos los que le conocian le comenzaron á mirar, y aun apellidaron su nombre, como quien le daba la enhorabuena, con grandes muestras de alegría. ¿Pero quién habia allí que no le conociese? Y sonó entre todos una voz sorda, y como susurrando, que decia, Victorino, Victorino: levantóse aquel murmullo de presto con el gozo de verle, y sosegóse luego con el deseo de oirle. Declaró él su fe verdadera con gran confianza, y queríanle todos meter dentro de sus corazones, y de hecho lo hacían con el amor y con el gozo, que estas eran las manos con que le arrebataban y metian en sus entrañas.

CAPÍTULO III.

Que Dios y los ángeles se gozan de la conversion del pecador.

¿Qué quiere decir, Señor, que el hombre se goza mas quando un alma desahuciada cobra salud, y de un gran peligro se ve libre, que si siempre tuviéramos esperanza de ella, ó no hubiera corrido tan gran peligro? Y aun vos, Señor, que sois Padre misericordioso, mas os gozais quando un pecador hace penitencia, que de los noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella. Y nosotros tambien recibimos gusto, quando oimos decir, quán regocijado va el pastor que lleva sobre sus hombros la oveja descarriada: y cómo dan el parabien las vecinas á la muger que halló la drágma perdida, para que se recoja en vuestros tesoros; y hácenos llorar de gozo la fiesta que

que se hace en vuestra casa quando vuelve á ella aquel vuestro hijo menor pródigo y perdido , y siendo muerto, resucita, y habiendo perecido, se halla y vuelve á vos. Porque vos gozais en nosotros y en los ángeles, que son santos por vuestra santa caridad, y sois siempre el mismo, y de la misma manera conoceis siempre todas las cosas que no son siempre ni de la misma manera. ¿Pues qué es lo que pasa en el alma quando recibe mayor contento con las cosas que ama, quando las halla ó cobra, que si siempre las hubiera poseido? Porque esto es cierto, y todas las cosas nos lo testifican, y tenemos mil exemplos de ello. Triunfa el capitan general quando ha vencido, y no venciera si no peleára; y quanto fué mayor el peligro en la pelea, tanto es mayor el gozo en el triunfo. Fatiga la tempestad á los navegantes, y crece de manera, que desesperan de la vida, y desmayan,

como si tuviese presente la muerte. Serénase el cielo, sosiéganse los vientos, abonánzase la mar, y alégranse sobremanera, porque sobremanera temieron su peligro. Está enfermo el amado y amigo, y el pulso da malos pronósticos, y todos los que le quieren bien, con el ánimo están enfermos con él. Comienza á mejorar, y aunque no haya cobrado sus fuerzas, y convalecido, hay mayor alegría y regocijo, que quando estaba sano y recio. Hasta los deleytes y contentamientos de la vida humana procuran sacar los hombres, no solamente de las pesadumbres y molestias que les suceden contra su voluntad, sino tambien de otras que buscan y toman por ella. No se toma deleyte y gusto en el comer y en el beber, si no precede la molestia de la hambre y de la sed, y por esto los que son amigos de beber, suelen comer cosas saladas, que causan ardor y sed, para que apagándose con la bebida,

reciban mayor deleyte. Y aun es costumbre que las desposadas no se entreguen luego á sus maridos, para que no las desestimen, sino que se las hagan desear, y suspiren por ellas, para que las tengan en mas. Esto se halla en la torpe y abominable alegría, y en la honesta y lícita, y aun en la sincerísima y perfecta amistad, y en aquel que siendo muerto, resucitó, y habiendo perecido, fué hallado. En todas las cosas al mayor gozo precede mayor molestia. ¿Pues qué es esto, Señor y Dios mio, qué es la causa de esto, siendo vos á vos mismo un eterno gozo, y gozándose algunas criaturas siempre en vos y de vos? ¿Porqué alguna parte de estas cosas inferiores tiene esta variedad, y á veces crece y mengua en sus gustos y disgustos, en sus amistades y enojos? ¿Es por ventura esta su manera de ser? ¿Y lo que vos solo le concedisteis, quando de lo mas alto de los cielos, hasta lo mas baxo de

la tierra , desde el principio , hasta el fin de los siglos , desde el ángel , hasta el gusanillo , desde el primer movimiento , hasta el postrero ; todos los linages de bienes , y todas vuestras obras justas pusisteis en sus lugares , y las ordenastes en sus tiempos ? ¡ Ay de mí , cuán encumbrado estais en las alturas , y cuán profundo sois en los abismos , y nunca os apartais de nos , y con todo eso apenas volvemos á vos !

CAPÍTULO IV.

Porqué nos habemos de holgar mas en la conversion de un grande pecador.

Una , Señor , hacedlo vos , despertadnos , reducidnos , encendednos , y arrebatadnos , para que abrasados con vuestra dulzura , os amemos , y corramos en pos de vos . ¿ Cuántos vuelven á vos de un abismo de ceguedad mas profundo , que volvió

Victorino , y se allegan á vos , y son alumbrados con vuestra lumbré ? Y los que la reciben , juntamente reciben la potestad de ser hijos vuestros. Mas menor alegría se recibe de su conversión , si son poco conocidos : porque quando el gozo es de muchos , el de cada uno es mayor , y crece el fuego , y enciende mas á todos con el fervor de cada uno. Demas de esto los que son muy conocidos con su autoridad son motivo para la virtud , y van con su exemplo adelante de muchos que los siguen ; y asi los mismos que precedieron , se gozan del bien de ellos y de los otros que los siguen. Bien es verdad , que en vuestra casa , Señor , no hay acepcion de personas , ni los ricos son maspreciados que los pobres , ni los nobles mas que los que no lo son : pues antes escogistes la flaqueza del mundo para confundir los fuertes , y las cosas viles y despreciadas , y que no tienen ser , para deshacer las que se tienen

en mucho. Y puesto caso que esto sea verdad, como inspirado de vos, nos lo predica vuestro Apóstol, y él se llama el menor de los Apóstoles; todavía quando por su predicacion truxistes á vuestro conocimiento á Paulo procónsul, y le sujetastes debaxo del suave yugo de vuestro Evangelio sagrado, y con esto le hicistes verdadero adelantado vuestro, que sois el gran Rey; el mismo Apóstol por esta tan insigne victoria trocó el nombre, y de Saulo se llamó Paulo. Porque mas se vence el enemigo en aquel que mas posee, y por quien posee á mas: y mas posee á los soberbios, por razon de su nobleza, y por ellos señorea á muchos mas; porque con el exemplo de los grandes se autoriza su maldad. Por esta causa quando Victorino estaba en mayor reputacion, y su pecho parecia una torre inexpugnable, en la qual el demonio se habia encastillado, y su lengua una saeta aguda y penetrante, con que habia

herido á muchos , tanto debia ser mayor el gozo de vuestros hijos, viendo que vos como Rey nuestro y poderoso , atábades al fuerte , y limpiábades los vasos inmundos , y para que, Señor, os sirviesen, y fuesen provechosos en vuestra casa.

CAPÍTULO V.

De las cosas que le detenian para que no se convirtiese á Dios.

Contóme lo que he dicho vuestro siervo Simpliciano de Victorino; y luego me encendí yo con un deseo de imitarle; y él me lo había contado para este fin. Añadió, que en tiempo del Emperador Juliano se hizo una ley rigurosa, en que se mandaba á los christianos, que no enseñasen el arte oratoria y buenas letras, y que Victorino obedeciendo á esta ley, quiso antes dexar la escuela parlera en que enseñaba la retórica,

ca, que á vuestro Verbo, con el qual
haceis eloqüentes las lenguas de los
niños que no saben hablar. Quando
me dixo esto me pareció que Vic-
torino no habia sido tanto fuerte,
quanto dichoso y bienaventurado,
pues habia hallado ocasion de vacar
á vos: y esto era lo que yo deseaba,
y por lo que suspiraba, estando ata-
do, no con hierro ageno, sino con
mi voluntad tan dura como el hierro.
El enemigo tenia mi voluntad, y de
ella habia hecho una cadena, con la
qual me tenia aprisionado: porque de
la voluntad nació el mal apetito, y
entregándose á este apetito, se hizo
la costumbre, y no resistiendo á la
costumbre, se hace la necesidad, y
con estos como eslabones trabados en-
tre sí, se hizo aquella cadena que di-
xe, con la qual debaxo de una dura
servidumbre yo estaba aherrrojado y
encadenado. Y aquella voluntad
nueva, que comenzaba á tener sér
en mi corazon de servitos, y gozar

de vos, Señor (que solo sois cierta alegría) aun no tenia fuerzas para vencer la otra voluntad, que con la vieja costumbre se habia hecho fuerte y poderosa. Y asi dos voluntades mias, una vieja, y otra nueva, una carnal, y otra espiritual, peleaban entre sí, y siendo contrarias, distraían y afligian mi alma: y con esta experiencia mia, venia á entender lo que habia leído, como la carne peleaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Yo á la verdad estaba en lo uno y en lo otro, pero mas en aquello que me agradaba, que en lo que me desagradaba. Aunque, por mejor decir, no estaba yo tanto en lo que estaba, quanto era llevado á ello, en gran parte contra mi voluntad. Pero aquella costumbre que habia nacido de mí, tenia mayores fuerzas contra mí, y queriendo yo, me habia llevado á lo que yo no queria. ¿Y quién podia con razon contradecir que la pena justa si-
ga

ga al pecador? Yo no tenía ya aquella falsa excusa con que en otro tiempo me parecía que no os servía; ni daba de mano á las cosas de este siglo, porque aun no tenía certidumbre de vuestra verdad; porque sí la tenía, y ella ya en mi ánima era muy cierta y averiguada. Mas como estaba todavía asido y abrazado con la tierra, rehusaba seguir vuestra bandera, y temia tanto el verme desembarazado de todos los estorbos que me impedían, quanto fuera justo temer ser de ellos embarazado. Andaba suavemente cargado con esta carga del siglo, como suele el hombre con el sueño: y los pensamientos que tenía de vos, eran semejantes á los despeerezos y meneos de los que duermen, y quieren despertar, que con la profundidad del sueño se vuelven del otro lado, y vuelven á dormir. Y así como no hay quien quiera dormir siempre, y por comun juicio de todos los que tienen seso es mejor velar;

pe-

pero con todo eso algunas veces el hombre no sacude el sueño quando está muy cargado de él, y aunque sea tiempo de levantarse, no dexa de dormir dulcemente; así yo, bien sabia y tenia por cierto, que era mejor entregarme á vuestra caridad, que servir á mi apetito; pero lo uno me agradaba y vencía; lo otro me daba gusto, y me ataba, porque no tenia que responderos quando me decíades: *Levántate tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Christo te alumbrará*; y convencido de vuestra verdad no tenia que decir sino unas palabras frias y soñolientas, que eran: *Luego, luego, déxame un poco*; pero este luego, luego no tenia término: y el déxame un poco iba á la larga. De valde mi hombre interior se deleytaba en vuestra ley, porque la parte inferior y sensual hacia contradiccion á la ley de mi alma, y preso y cautivo me llevaba á la ley del pecado que está en mis miembros.

Por-

Porque la ley del pecado es una violencia y fuerza que nace de la costumbre, con la qual el ánimo, aunque no quiera, es arrebatado y preso; y esto por haber entrado él en ella por su voluntad. Triste y desventurado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte, sino vuestra gracia Señor, por los merecimientos de Jesu Christo nuestro Redentor?

CAPÍTULO VI.

*Como Ponticiano le contó la vida de
S. Antonio Abad.*

Contaré ahora, Señor mio, ayudador y Redentor mio, la manera que tuvistes en librarme de aquellas fuertes ataduras con que estaba atado del deleyte sensual y amor de la muger, y de la servidumbre pesada de los negocios seculares, y alabaré vuestro santo nombre por ello. Vivía yo cada dia con mayores con-

go-

gojas , y daba suspiros y gemidos á vos : iba á vuestra Iglesia todas las veces que podia y me hallaba desembarazado de aquellos negocios que con su peso me afligian. Estaba conmigo Alipio descuidado de los negocios que tienen los letrados , habiendo sido tres veces asesor , y aguardaba viniesen á él negociantes para venderles su consejo , como yo vendia el arte de hablar (si alguna por ser enseñada se puede alcánzar) : Nebridio , por hacernos placer , vencido de nuestra amistad , se habia encargado de substituir por Verecundo , ciudadano Milanés , y amicísimo de todos nosotros ; que enseñaba gramática , y tenia necesidad grande de ser ayudado , y muy encarecidamente nos rógaba que no faltásemos en aquella necesidad , de manera , que Nebridio , no por codicia ni por su interés , se encargó de aquel trabajo (porque si quisiera , otras mayores ganancias pudiera sacar de sus letras)

sino como era amigo dulcísimo y amantísimo, quiso cumplir con el oficio de amigo, y no desechar nuestra petición. Y hacia esto con gran prudencia por huir de ser conocido de los grandes del siglo, y no perder con el trato de ellos la paz y quietud de su alma; la qual queria tener libre, y quanto mas pudiese desocupada para buscar, ó leer, ú oír alguna cosa provechosa de la sabiduría. Un dia pues, estando ausente Nebridio, no sé por qué causa vino á nuestra casa á verme á mí y á Alipio, Ponticiano, que era Africano, y de nuestra tierra, y caballero principal en palacio, para preguntarnos no se qué. Sentámonos para hablar sobre una mesa en que solia jugar, que estaba delante de nosotros. Vió acaso un libro, tomóle, abrióle, y halló que era del Apóstol S. Pablo, y fué cosa nueva para él, porque pensó que era algun libro de los de mi profesion. Como le vió, sonrióse y miróme,

me , como quien me daba el parabien , por haber hallado delante de mí aquel libro , y no otro , porque era christiano y fiel siervo vuestro , y muy á menudo y largo espacio de tiempo estaba en oracion en la Iglesia postrado delante vuestro acatamiento. Y como yo le dixese , que me ocupaba mucho en las letras sagradas , comenzónos á contar la vida maravillosa de Antonio Monge de Egipto , que era tan esclarecida entre vuestros siervos , y hasta aquella hora no habia venido á nuestra noticia. Y como él vió que estábamos tan ayunos de ella , detúvose mas en su razonamiento para dar noticia de un tan señalado varon á los que la ignoraban , maravillándose de nuestra ignorancia. Estábamos atónitos y maravillados oyendo cosas tan ciertas y maravillosas obradas por vos en la fe verdadera é Iglesia católica , casi en nuestros días , cuya memoria era fresca. Todos nos maravi-

lla-

llábamos : nosotros por ser tan grandes las cosas que nos decía , y él porque siendo tales , no las hubiésemos sabido. De esta plática pasó en otra de la muchedumbre de los monasterios, y de las santas y olorosas costumbres y fértiles desiertos del yermo, de los quales nosotros no sabiamos nada. Ni tampoco que fuera de los muros de Milan hubiese un monasterio lleno de santos religiosos debaxo de la disciplina y gobierno de Ambrosio. Pasaba adelante con su plática, y nosotros le oíamos con mucha atención, y de una cosa en otra nos vino á decir, que en la ciudad de Tréveris él y otros tres compañeros suyos una tarde estando el Emperador ocupado en ver ciertas fiestas, se salieron á pasear á unas huertas que estaban pegadas á los muros de la ciudad, de donde se partieron de dos en dos, y se fueron recreando por diversas partes. Mas los otros dos, sin saber donde iban, dieron en cierta casilla

lla adonde moraban algunos siervos
 vuestros pobres de espíritu (cuyo
 es el reyno de los cielos) y hallaron
 un libro en que estaba escrita la vida
 de Antonio: tomóle en las manos el
 uno de ellos, comenzóle á leer y á
 maravillarse y encenderse, leyéndole
 con deseo de imitarle, y dexada la
 milicia seglar, entrar en la vuestra,
 para serviros; y este era uno de los
 agentes del Emperador. Estando en
 esto, súbitamente, lleno de amor
 santo y de una religiosa vergüenza,
 como enojado consigo mismo, vol-
 vió los ojos á su compañero, y díxole:
*To te ruego que me digas ¿adónde pen-
 samos llegar con todos estos nuestros
 trabajos? ¿qué buscamos? ¿qué es el fin
 de nuestra milicia? ¿Puede nuestra es-
 peranza y nuestra buena ventura en el
 palacio llegar más que á ser privados
 del Emperador? ¿Pues esta privanza
 quán frágil y peligrosa es? ¿Y por quántos
 peligros se viene á otro mayor peli-
 gro, y esto quánto durará? pero si yo*
qui-

quisiere ser amigo de Dios, luego lo puedo ser. Dixo esto turbado con el parto de la nueva vida, y volvió los ojos al libro : leía , y mudábase interiormente , donde tú le veías ; su alma se iba desnudando del mundo , como luego se mostró. Porque leyendo y revolviendo las ondas de su corazón , dió un gran gemido , y conoció y abrazó lo mejor , y siendo ya tuyo , dixo á su amigo : *To he dado libelo de repudio á todas estas nuestras falsas esperanzas , y estoy determinado de servir á Dios , y comenzar luego : en esta hora , en este lugar quiero comenzar ; tú si no quieres imitarme , no quieras estorbarme.* Respondió el compañero , que no podia apartarse de él , ni dexar de tenerle compañía en tal oficio , y con esperanza de tan gran galardón. Y así los dos , siendo ya vuestros , Señor , comenzaron á edificar la torre evangélica con bastantes expensas , que son el dexar todas las cosas por vuestro amor , y seguiros. A este tiempo

Ponticiano y su compañero, que por la otra parte del huerto se paseaban, buscando á estos dos, los hallaron en el lugar donde estaban, y les dixeron, si querian volver, porque ya era tarde. Mas ellos habiéndoles hecho saber su voluntad y el propósito que tenian, y como Dios se le habia dado y confirmado, les rogaron, que si no les querian hacer compañía, los dexasen, y se fuesen. No se mudaron Ponticiano y su compañero por lo que oyeron, aunque lloraron y alabaron su buen propósito, y les dieron el parabien, y se encomendaron en sus oraciones, baxando el corazon á la tierra, se volvieron al palacio, y los otros dos enclavando su corazon en el cielo, se quedaron en su casilla, y ambos eran desposados: y las esposas despues que supieron lo que habian hecho sus esposos, consagraron su virginidad á vos. Todo esto nos contó Ponticiano.

CAPÍTULO VII.

*Como habiendo oido á Ponticiano , se
descontentó de sí mismo.*

Y vos , Señor , mientras que Ponticiano hablaba , hacíades que yo me mirase y me considerase : y porque yo me habia echado tras las espaldas , por no verme , vos me poníades á mí delante de mí , para que viese quan feo era , quan descompuesto , quan sucio y lleno de manchas y llagas. Yo me veía y me espantaba , y no tenia adonde huir de mí : y quando procuraba desviar los ojos de mí mismo por no verme , con lo que Ponticiano iba contando , vos tornábades á poner mi faz delante de mí , y hacer que en ella , como en un espejo me viese y conociese , y aborreciese mi maldad. Yo bien la conocía ; pero disimulaba , y pasaba por ella , y luego me

olvidaba ; pero entonces quanto yo mas amaba á aquellos que con tanto afecto se habian entregado del todo á vos para que los sanásedes , tanto mas (comparándome con ellos) me aborrecia. Porque muchos años míos habian ya pasado , digo , cerca de doce , que siendo yo de diez y nueve , habiendo leído un libro de Ciceron , que se llamaba Hortensio , me movia al estudio de la sabiduría ; pero dilataba el ponerlo por obra , y despreciada la felicidad de la tierra , el ocuparme en ella , siendo ella tan preciosa , que no solamente el hallarla , sino solo el buscarla , se debe preferir á todos los tesoros y reynos del mundo , y á todos los deleytes del cuerpo , por mas copiosos y aventajados que sean. Mas yo desventurado y miserable , desde el principio de mi mocedad os habia pedido la castidad , y dicho : *Señor , dadme la continencia y la castidad ; pero no ahora.* Porque temia que no me oyé-

sedes presto , y me sanásedes luego de la enfermedad de mi concupiscencia , la qual yo mas queria cumplir , que no ápagar. Y habia caminado por caminos torcidos con una sacrílega superstición , no porque yo la tenia por cierta , sino porque la anteponia á las cosas ciertas , las quales no buscaba yo piadosamente , como debia , antes como enemigo las contradecia. Pensaba que la causa por que yo iba de dia en dia dilatando el entregarme á solo vos , con menosprecio del mundo , era porque no tenia cosa fixa y cierta , á la qual como á puerto pudiese enderezar el curso de mi navegacion. Pero vino un dia en que mi conciencia me reprehendió , y me desnudó , y me mostró quien yo era. ¿Adónde estás lengua ? ¿porqué decias que no querias sacudir la carga pesada de la vanidad , por no tener certidumbre de la verdad ? He aqui que ya estas cierto de la verdad , y

todavía la vanidad te oprime, y aquellos han cobrado alas mas ligeras para volar, que no se han fatigado tanto en buscarla, ni gastaron diez años y mas en este deseo; así que yo dentro de mí me angustiaba y carcomia, y me avergonzaba extraordinamente de mí mismo, quando Ponticiano nos hablaba. Acabado su razonamiento, y aquello á que venia, él se fué, y yo me volví á mí: ¿y qué cosas entonces no dixé contra mí? ¿Con qué azotes de palabras no castigué mi alma, reprehendiéndola para que me siguiese, deseando yo ir tras vos, y ella repugnaba y rehusaba, y no se excusaba? Todos los argumentos eran ya acabados y deshechos, solamente me habia quedado un miedo mudo, temiendo á par de muerte ser apartado de la fuerza de la costumbre, el qual me consumia.

CAPÍTULO VIII.

Lo que hizo estando en el huerto.

Estando yo en esta tormenta y congojosa contienda de mi corazón, con el rostro y con la mente turbada, me fui á Alipio, y comencé á decir á gritos: ¿Qué es esto que padecemos? ¿qué es esto que habeis oido? levántanse los indoctos, y arrebatan el cielo, y nosotros con nuestras doctrinas, saltos de corazón andamos sumidos de baxo de las olas de nuestra carne y sangre. ¿Por ventura porque ellos van delante, tenemos vergüenza de seguirlos, y no tenemos vergüenza siquiera de no seguirlos? Dixe no sé qué palabras como esas, y con aquella ansia y angustia me aparté de Alipio, que atónito callaba y me miraba, porque yo no hablaba lo que solia, y mas declaraba mi ánimo con la frente, con el semblante, con los ojos, con

el color del rostro , y la manera de la voz , que no con las palabras que decia Habia en la casa de nuestra morada un huerto , del qual y de toda la casa gozábamos , porque el señor de ella estaba ausente. A este huerto me llevó el desasosiego de mi corazon , para que ninguno me impidiese ni me quitase de la lid que yo habia comenzado conmigo mismo hasta que se acabase con el fin que vos sabíades , yo no lo sabia , mas enloquecia sabiamente , y moria para vivir , sabiendo el mal que tenia , y no sabiendo el bien que de alli á poco habia de tener. Partíme pues para el huerto , y Alipio se fué tras mí paso ante paso , porque por estar él presente , no por eso dexaba yo de estar secreto , ni estando yo como estaba , él me dexára. Sentámonos los mas lejos de la casa que pudimos , yo daba bramidos con mi espíritu , y me enojaba gravemente conmigo porque no iba á vos , Dios mio,

mio, y me abrazaba con vuestro santo beneplácito y voluntad, como todos mis huesos clamaban, y me decian que lo debía hacer: especialmente, que no habia de ir con naves, ni con coches, ni con mis pies (como habiamos ido de la casa al lugar donde estábamos) porque no solo el ir, pero aun el llegar allá, no era mas que un querer ir; pero un querer entero, fuerte, y con voluntad resoluta, y no tibia y floxa, y tal que quiere y no quiere. De manera, que yo me hablaba como algunos hombres, que algunas veces quieren hacer lo que no pueden, ó porque no tienen miembros para hacerlo, ó porque los tienen atados ó flacos con alguna enfermedad, ó de otra qualquiera suerte impedidos. Quando arranqué el cabello, herí la frente, crucé las manos, y con ellas apreté las rodillas: hicelo porque lo quise hacer; pero si los miembros con que lo habia de executar no me hubieran obedecido, aunque

que lo quisiera hacer, no lo hiciera. Así que muchas cosas hice, en las cuales no era lo mismo querer y poder; y entonces no hacia lo que con un afecto vehemente mas me agradaba, y adonde en queriendo pudiera, porque el poder no era otra cosa sino el querer. Porque en esto el poder es lo mismo que el querer, y el querer es hacer, y con todo eso no se hacia: y mas fácilmente obedecía el cuerpo á la mas flaca voluntad del ánima, y se movia luego á su mandado, que la misma alma obedecía á sí misma, poniendo en efecto lo que con sola su voluntad se habia de hacer y cumplir.

CAPÍTULO IX.

Porqué el ánimo es perezoso para el bien.

De dónde nace este monstruo, Señor, y de dónde viene esto? Descu-

cubrid el rayo de vuestra misericordia sobre mí, y preguntaré á ver si por ventura me podrán responder las penas escondidas de los hombres, y las congojas secretísimas y obscurísimas de los hijos de Adán, ¿de dónde es este monstruo, y porqué es esto? Manda el ánimo al cuerpo, y luego es obedecido. Manda el ánimo á sí mismo, y halla resistencia. Manda el ánimo que se mueva la mano, y hácese con tanta facilidad, que apenas se puede distinguir el mandamiento del servicio, y el ánimo y la mano es cuerpo. Manda el ánimo que quiera el ánimo, y no se hace, siendo él mismo el que manda, y el que es mandado. ¿De dónde nace este monstruo, y de dónde viene esto? Manda, digo, que quiera, y no lo mandaría si no quisiese, y no se hace lo que manda. Pero no quiere del todo, y así no manda del todo. Porque en tanto manda, en quanto quiere, y en tanto no se hace lo que

man-

manda , en quanto no quiere. Porque la voluntad manda que sea voluntad , y no otra voluntad sino ella misma. No está entera del todo quando así manda , y por tanto no se hace lo que manda , porque á ser entera , no mandaria que fuese , porque ya sería. Luego no es monstruo querer en parte , y en parte no querer , mas una enfermedad de ánima , por la qual no se levanta del todo esforzada de la verdad , por estar pesada con la costumbre antigua: y por tanto son dos voluntades , porque la una de ellas no es entera , y lo que tiene la una le falta á la otra.

CAPÍTULO X.

Como la voluntad del hombre es varia.

Perezcan , Señor , delante de vuestra faz (como perecen los vanos y engañadores del alma) los que viendo en sí dos voluntades , quando de-
li-

liberan , afirman que hay dos naturalezas de ánimas , una buena , y otra mala. Ellos verdaderamente son los malos , quando piensan que estas cosas son malas , y ellos mismos serán buenos , si creyeren y obedecieren á la verdad , para que vuestro Apóstol les diga : En un tiempo fuisteis tinieblas ; pero ahora sois luz en el Señor. Estos tales queriendo ser luz , no en el Señor , sino en sí mismos , y pensando que la naturaleza del alma es lo mismo que Dios , se convirtieron en unas tinieblas espesas , por haberse con una arrogancia espantosa alejado de vos , que sois verdadera lumbre , que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Mirad lo que decís , y tened vergüenza , y allegaos á él , y sereis alumbrados , y no se confundirá vuestro rostro , como lo canta el Real Profeta : quando yo trataba de servir á mi Dios y Señor , como mucho antes lo tenía pensado , yo era el que queria , y yo mismo el que

no

no quería: ni del todo quería, ni del todo dexaba de querer: y por tanto luchaba conmigo mismo, y yo mismo me consumía, y esta congoja era contra mi voluntad; pero no por eso era señal de que hubiese en mí dos naturalezas de ánimas contrarias, sino de mi pena. Y por tanto no era yo el que la obraba, sino el pecado que habitaba en mí, y manó del castigo de otro pecado mas libre, porque era hijo de Adán. Porque si hay tantas naturalezas entre sí contrarias, quantas son las voluntades que se contradicen, ya no serán dos solas, sino muchas. Si alguno está en duda de lo que ha de hacer y oír á los ayuntamientos de estos tales hombres, ó al teatro, luego dan voces, y dicen: Veis aqui dos naturalezas, una buena, que lleva á nuestros ayuntamientos, y otra mala, que lleva al teatro. Porque ¿de qué otra parte puede venir esta repugnancia de voluntades entre sí contrarias? Pero yo digo, que

ambas voluntades son malas, la que lleva á ellos, y la que lleva al teatro. Mas ellos no creen que pueda ser sino buena la voluntad que lleva á ellos. Pero pregunto yo: ¿Si alguno de nosotros tratase consigo mismo, y por sentir dos voluntades contrarias, y que pelean entre sí, estuviese en duda, si debía de ir al teatro, ó á nuestra Iglesia, qué nos pueden ellos responder? Porque ó han de confesar lo que no quieren, y decir que es buena la voluntad con que se va á nuestra Iglesia (como van los que en ella quieren ser enseñados en los sacramentos) ó han de juzgar que dos malas naturalezas y dos malas voluntades pelean en un mismo hombre, y no será verdad lo que suelen decir, que una voluntad es buena, y otra es mala: ó convencidos de la verdad, no negarán que una misma alma en sus deliberaciones tiene diversas voluntades, y está dudosa y perplexa con ellas. No digan pues de
aquí

aquí adelante , quando vieren que en el mismo hombre hay dos voluntades contrarias entre sí , que hay dos ánimas contrarias , de dos substancias y de dos principios contrarios, una buena , y otra mala , que hacen guerra entre sí ; porque vos, Señor Dios verdadero , lo reprobais y reprehendeis, y convenceis con el exemplo ya puesto de las dos malas voluntades. Como si alguno dudase , si mataria á su enemigo con yerbas ó con hierro, ó qual de dos heredades destruiria, quando no las puede destruir ambas: si gastará la hacienda en torpe deleyte, ó si la guardará por avaricia, si en un dia se hacen dos fiestas juntas , y no puede ir á ambas , á qual de ellas irá. Y aun añado la tercera, si teniendo ocasion, irá á robar la casa agena; y aun la quarta, si irá á aduiterar, pudiendo , si todas estas cosas concurren en un mismo artículo de tiempo , y el corazon humano las desea , y no las puede poner todas juntas por obra.

Por-

Porque siendo así, estas quatro voluntades parten el alma en quatro partes, y en mas si fueren mas las cosas que se apetecen; mas ellas no suelen decir que hay tantas naturalezas diversas: lo mismo se concluye, si las voluntades son buenas: porque querria yo saber de ellos, si es bueno deleytarse leyendo al Apóstol; y si es bueno tomar gusto en un canto honesto; y si es bueno declarar el Evangelio. Responderán sin duda, que todas estas cosas son buenas. Pues si todas ellas en el mismo tiempo nos deleytan, ¿qué será? Necesariamente estas diversas voluntades han de partir el corazon del hombre, y hacerle vacilar, y estar en duda de lo que principalmente ha de tomar. Y todas estas voluntades son buenas, y pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una sola cosa, en la qual se emplee toda la voluntad que estaba repartida en tantas partes. De esta misma manera, quando el amor de las cosas

eternas regala la parte superior de nuestra alma, y el deleyte de los bienes de la tierra ablanda nuestra sensualidad, la misma alma es la que quiere lo uno y lo otro, no con toda la voluntad, y por tanto se despedaza, y con una pesada molestia se aflige, teniendo por mejor lo de allá, como es verdad, y no dexando lo de acá, por serle familiar, y traerlo entre las manos.

CAPÍTULO XI.

La lucha del espíritu de Agustino con su carne.

De esta manera estaba enfermo y atormentado, acusándome á mí mismo mas gravemente de lo que solia, volviéndome y revolviéndome en aquella cadena que traía, hasta que se acabase de romper aquella parte que quedaba, la qual, aunque era pequeña, todavia era bastante pa-
ra

ra tenerme , y vos , Señor , con una misericordia severa me dábades priesa allá en lo mas secreto de mi corazon , doblando los azotes del temor y de la vergüenza , para que no tornase otra vez á descuidarme , y aquello poco y delgado de la cadena que restaba , quedase entero , y cobrando nuevas fuerzas , mas fuertemente me apretase. Decia yo dentro de mí : *Ea , hagase luego , ahora sea ;* y diciendo esto , casi me iba tras lo que decia , y casi lo hacia ; y con todo eso lo dexaba de hacer. No tornaba á las cosas pasadas , sino estaba cerca , y respiraba. Volvia otra vez á alentarme , y á cobrar nuevas fuerzas , y casi allegaba , y tocaba , y tenia : mas era tanta mi flaqueza , que en realidad de verdad , ni yo llegaba , ni tocaba , ni tenia , dudando morir á la muerte , y vivir á la vida ; y mas podia conmigo el mal acostumbrado , que el bien no usado. Y quanto mas cerca se allegaba aquel punto de tiempo en

que yo me habia de mejorar, tanto me ponia mayor horror y espanto: no haciéndome volver atrás, ni mudar propósito, mas teniéndome suspenso. Las liviandades y lazos, y aquellas vanidades vanísimas de mi antigua amistad me detenian, y trataban de la vestidura de mi carne, y como susurrando decian: *Cómo, ¿qué nos has de dexar? ¿Y que desde este momento jamás estaremos contigo? ¿Y que de aqui adelante no te será lícito esto ni aquello?* ¡Ay Señor! ¿qué cosas eran las que me representaban debaxo de esto y de aquello? Apartadlo, Señor, por vuestra misericordia del ánima de este vuestro siervo. ¿Qué suciedades, qué torpezas me representaban, y debaxo de esto y de aquello estaban encubiertas? Yo las oía como de lejos, y no ya todo yo, sino la menor parte de mí; y no me hacian guerra poniéndoseme delante, sino como viniendo tras mí: y siguiendo mis pasos, me asian, y murmuraban,

para que volviese los ojos atrás, y las mirase. Y eran tan importunas, que todavia me decian, siendo yo perezoso en sacudirlas, y descabullirme de ellas, y pasar adonde me llamaban quando me decia la costumbre violenta: *¿Cómo piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?* y aunque lo decia ya con gran tibieza. Porque en aquel mismo camino que yo tenia delante, y por donde temblaba pasar, se me descubria la casta dignidad de la continencia con un rostro sereno y grave alegría; la qual halagándome con una blandura honesta, me convidaba que fuese á ella sin temor, y extendia las piadosas manos llenas de excelentes y virtuosos exemplos para recibirme y abrazarme. Allí habia un número innumerable de niños y niñas; allí mancebos y hombres de toda edad; allí habia gran copia de viudas graves, y doncellas purísimas, y viejas continentes, cuya continencia no es estéril, sino fecunda, y madre

de alegrías , que son hijos de los que á vos, Señor, tienen por padre. Y bur-lábase de mí , y como quien con donayre me exhortaba, y me decia: *¿Tu no podrás lo que estos y estas pueden? ¿ó piensas que lo que estos y estas pueden lo pueden por sus propias fuerzas, y no por las fuerzas de su Dios? El Señor Dios. suyo me dió á ellos: ¿porqué estás y no estás en ti? Arrójate en sus brazos; y no temas , porque no se apartará y te dexará caer : échate seguramente , y él te recibirá y sanará.* Yo tenia gran vergüenza de mí , porque todavia oía el sonido de aquellas voces aunque sordas , y estaba suspenso y perplexo ; y ella otra vez me volvia á decir : *Hazte sordo á la voz de tus sentidos , para que se mortifiquen. Proponte deleytes , pero no son semejantes á los que hay en la ley de tu Señor Dios.* Esta batalla en mi corazon era de mí mismo contra mí mismo; pero Alipio , que estaba pegado á mi lado , con gran silencio aguardaba el

el fin que habia de tener este movimiento interior mio, tan nuevo, y no acostumbrado.

CAPÍTULO XII.

Como del todo se convirtió, amonestado por una voz del cielo.

Pero despues que con los vientos recios de mi consideracion se revolviéron y turbaron las aguas de mis miserias, y todas juntas como un monte se pusieron delante de mi corazon, se levantó una borrasca grandísima, con una abundante lluvia de lágrimas, y para poderla mejor derramar toda, y dar voces á solas, me levanté de donde estaba Alipio, pareciéndome, que para llorar era mas á propósito la soledad. Apartéme de él lo mas que pude, de manera que su presencia no me pudiese estorbar. En esta disposición estaba yo, y él lo sintió, porque dixé no sé qué pala-

bras que iban mezcladas con el llanto, y la misma voz daba á entender cómo yo estaba. En esto me levanté, y él como atónito se quedó en el mismo lugar donde estábamos sentados, yo me arrojé debaxo de una higuera no sé cómo, y solté las riendas á las lágrimas, y ellas salieron como dos rios de mis ojos, como sacrificio aceptable á vos, Señor; no con estas palabras, pero con esta sentencia os dixé muchas cosas: *Y vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo, Señor, estareis enojado? no os acordeis de nuestras maldades antiguas.* Porque yo, como me sentia preso de ellas, daba voces lastimosas: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo mañana y mañana? ¿Porqué no luego? ¿Porqué esta hora no será el fin de mi fealdad?* Esto decia, y lloraba con un corazón contrito y muy amargo: y estando en esto, oygo una voz de la casa más vecina, con un cantar que decia,

y lo repetía muchas veces , cómo si fuera de un niño ó de una niña: *Toma y lee , toma y lee.* Y luego mudado el rostro , comencé á pensar con grande atención ; si por ventura habia alguna suerte de juego en que los muchachos usasen de aquella manera de canto y palabras ; y cómo no se me ofreciese haberlas oído jamas , reprimí las lágrimas ; y levantéme , entendiendo que Dios me mandaba que tomase el libro en las manos , y le abriese , y leyese el primer capítulo que hallase ; porque habia oído decir de S. Antonio , que habia sido amonestado de lo que habia de hacer , casi de esta manera. Porque leyéndose el Evangelio , sobrevino él , y tomó las palabras que se leían , como si para él solo se dixeran , y las palabras : *Vé , y vende todo lo que tienes , y dalo á los pobres , y tendrás tesoro en los cielos , y sígueme.* Y con este oráculo luego se convirtió á vos. Asi que con paso apresurado,

volvió al lugar donde estaba asentado y yo habia dexado el libro de las Epistolas de S. Pablo, quando me levanté, toméle; abríle, leí callando el primer capítulo que hallé, y en él estas palabras: *No en comidas y bebidas, no en camas y deshonestidades, no en porfias y contiendas, mas vestíos de nuestro Señor Jesu Christo; y no tengais demasiado cuidado de vuestra carne, ni sigais sus apetitos; y no quise pasar adelante, ni fué menester; porque luego en leyendo esta sentencia, como un rayo de luz que penetró mi corazon, todas las tinieblas de mis dudas desaparecieron. Entonces poniendo el dedo, ó no sé qué otra señal en el libro, le cerré, y con el rostro ya alegre y sereno declaré á Alipio lo que pasaba por mí; y él me descubrió lo que pasaba por él, y yo no sabia. Quiso que le mostrase lo que habia leído; mostréscelo; y él miró lo que se seguia adelante de lo que yo habia leído, sin saber lo que era,*

y fueron estas palabras: *Recibid al flaco en la fe*; lo qual lo tomó por sí, y así me lo dixo, y con la amonestacion de estas palabras se confirmó; y sin alguna turbacion ni tardanza se abrazó con aquel santo propósito, digno de sus costumbres, en que ya mucho tiempo antes tanta ventaja me hacia. De allí nos fuimos los dos para mi madre; y la declaramos lo que pasaba; y como el Señor nos habia alumbrado, y ella se alegró, y gozó; y triunfó, y bendixo vuestro santo nombre, viendo que sois poderoso para darnos mas de lo que pedimos ó entendemos; y que le habíades concedido mucho mas de lo que ella os solia suplicar con sus gemidos llorosos y lastiméros por mí. Porque vos, Señor, de tal manera me convertistes á vos, que ya no buscaba muger; ni alguna esperanza vana del siglo; y me afirmastes en aquella regla de fe; que muchos años antes le habíades re-

ve-

velado á ella, que yo abrazaria : trocates su llanto en un gozo mucho mas cumplido que ella pedia , y muy mas casta y preciosamente de los que ella buscaba en los nietos que de mí pensaba tener.



CONFESIONES

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN.

LIBRO NONO.

CAPÍTULO I.

Alaba la bondad de Dios, conociendo su miseria.

Señor, yo soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, y hijo de vuestra sierva: quebrado habeis mis cadenas, y por esto yo os sacrificaré hostia de alabanza. Alabeos mi corazón, y mi lengua y todos mis huesos digan: Señor, ¿quién es semejante á vos? Esto digan, y vos respondedme,

Y

y decid á mi alma : yo soy tu salud. ¿Quién soy yo , y qué tal fuí yo , y cuán pequeño y miserable soy , qué mal no hubo en mí ? En mis obras , y si no en las obras , en las palabras , y si no en las palabras , á lo menos en la voluntad. Pero vos, Señor, sois bueno y misericordioso , y mirando la profundidad de mi miseria y muerte, con vuestra diestra poderosa limpiastes lo mas íntimo de mi corazón , agotando aquella balsa de podre en que estaba : y esta era no querer lo que vos queríades , y querer lo que no queríades. ¿Pero dónde estuvo tanto tiempo mi libre albedrío ? ¿y de qué alto y secreto abismo en un momento fué llamado (ó Christo Jesus, ayudador mio y Redentor mio !) para que yo sujetase mi cuello á vuestro yugo , y los hombros á vuestra carga ligera ? ¡O cuán suave me fué luego carecer de las suavidades de las niñerías y vanidades que me tenían preso ! Ya gustaba tanto dexarlas,

quan-

quanto antes temia perderlas. Porque vos que sois verdadera y suma suavidad, las echábades de mí: echábadelas, y en su lugar entrábades vos, que sois mas dulce que todo deleyte, aunque no á la carne y sangre: y sois mas claro que toda luz, y mas interior y mas alto que toda honra; pero no para los que son grandes en sus ojos. Ya yo me hallaba libre de los congojosos cuidados del adquirir y valer, y del revolverme y entretenerme en mis gustos y apetitos, y holgábame con vos, Señor Dios mio, que sois mi claridad, mi riqueza y mi salud,

CAPÍTULO II.

Como dexó de enseñar la retórica.

Y habiendo mirado delante de vuestro acatamiento, Señor, me pareció que era bien no dexarlo todo de golpe, sino poco á poco irme retirando,

do, y dexar de enseñar el arte de la retórica parlera, para que de allí adelante los mozos que no se exercitan en vuestra paz y en vuestra ley, sino en sus locuras mentirosas, y en los pleytos y contiendas de los tribunales, no comprasen de mi boca armas para su furor. Y vino bien, que quedaban pocos dias hasta las vacaciones de las vendimias, los quales determiné sufrir y aguardar para partirme públicamente, y siendo rescatado de vos, no volver otra vez á venderme. Este nuestro consejo vos solo lo sabíades, y los amigos domésticos y familiares; y estaba secreto á los demas, porque habiamos concertado entre nosotros, que no se publicase. Aunque vos, Señor, á los que ya subiamos por este valle de lágrimas, y comenzábamos á cantar el Canticum graduum, nos habíades armado con vuestras saetas agudas y encendiendo con el fuego de vuestro amor, para que con él pudiésemos resistir á la

lengua blanda y engañosa , que so color de dar consejo , contradice y es como el calor natural , que amando y abrazando la vianda , la consume. Ya vos habíades asaeteado y herido vuestro corazon con vuestra caridad , y teníamos atravesadas vuestras palabras en nuestras entrañas ; y los exemplos de vuestros siervos (que vos de oscuros habíades hecho resplandecientes , y de muertos vivos) recogidos en nuestro seno y corazon , nos encendian , y despedian nuestra floxedad y torpeza , y nos detenian para que no cayésemos , y nos animaban de manera que ningun viento de contradiccion que viniese fuese parte para apagar la llama que en nuestro pecho ardia , sino para acrecentarla mas. Pero porque por vuestro nombre que habeis santificado en toda la tierra , aquel nuestro deseo y propósito habia de ser alabado de muchos , parecia una cierta manera de jactancia el no aguardar las vacaciones

que tan presto habian de venir, sino dexar luego y repentinamente una cosa tan pública y puesta en los ojos de todos, y dar ocasion de hablar de mí á todos los que lo supiesen, y á decir que yo habia pretendido parecer grande, pues no habia querido aguardar tan pocos dias. ¿Y qué me iba á mí en que de esta manera se pensase y hablase de mi ánimo, y se dixese mal de nuestro bien? En este mismo verano, por la continuacion de mis estudios, habia comenzado á sentirme malo del pulmon, y con la dificultad de la respiracion, y los dolores del pecho, y conocido que estaba lastimado de manera que no podia hablar alto, y mucho tiempo. Al principio turbóme esta enfermedad, por parecerme que era forzado á dexar del todo aquella carga de enseñar, ó á lo menos por algun tiempo queria curarme, y convalecer de ella. Pero despues que tuve voluntad entera y resoluta de darme á vos,

y

y de entender que vos sois el Señor, bien sabéis, Dios mío, qué comencé á gozarme: porque con esta ocasion que era verdadera, me podía excusar, y mitigar el enojo de los padres que por amor de sus hijos no querian que yó fuese libre, ni que jamas fuese mio. Estando pues lleno de este gozo, sufría aquellos dias hasta las vacaciones, que no sé si eran veinte, y llevábalos con fortaleza y paciencia, porque ya la codicia me habia dexado, que era la que me solía afligir. Dirá por ventura alguno de vuestros siervos y hermanos míos, que yo pequé en esto, porque estando ya determinado del todo de seguir vuestra bandera, quise estar sentado una hora mas en la cátedra de la mentira. Yo no quiero porfiar; pero vos, Señor misericordiosísimo, ¿no me perdonastes este pecado con todos los demas gravísimos y abominables en el agua del santo bautismo?

CAPÍTULO III.

Como Verecundo dió una heredad á San Agustín en que pudiese vivir.

Entre los otros amigos que tenia, era uno Verecundo, el qual era casado con una muger christiana, aunque él no lo era, y andaba muy congojado por este nuestro bien, porque se veía atado muy apretadamente, y que nosotros le habiamos de dexar, y él no nos podia seguir por el camino que habiamos comenzado, por no ser libre, y estar apri- sionado con la muger. Decia que no queria ser christiano sino de la ma- nera que no lo podia ser. Ofreció- nos con mucha voluntad una heredad suya para que viviésemos en ella to- do el tiempo que alli habiamos de es- tar. Vos, Señor, le pagareis esta bue- na obra que nos hizo, quando resu- citarán los justos, pues ya le habeis
pues-

puesto en el número de ellos, porque estando nosotros ausentes, y ya en Roma, le vino una enfermedad, y de ella siendo ya christiano y fiel, pasó de esta vida: y así tuvistes misericordia, no solamente de él, sino también de nosotros, que si no muriera christiano, nos afligiéramos sobremanera, y truxéramos el corazón atravesado de un intolerable dolor, considerando por una parte la cortesía y humanidad, que como buen amigo había usado con nosotros; y por otra que no lo podíamos contar en el número de vuestro rebaño. Gracias sean á vos, Señor Dios nuestro, vuestros somos, fiel sois en vuestras promesas, como lo manifiestan vuestras exhortaciones y consolaciones. Vos pagareis á Verecundo este servicio, y por aquella heredad suya (que se llama Casiacco) en la qual nosotros apartados del bullicio de este siglo, reposamos en vos, le dareis los de-

leytes perpetuos de vuestro paraíso, que siempre está verde, y nunca se marchita (pues le perdonastes los pecados que cometió en la tierra) y les regalareis en este vuestro santo monte, monte de leche, y abundante. Congojábase pues Verecundo, y Nebridio se holgaba; porque aunque él no era christiano, y habia caido en aquel error muy pernicioso, de creer que la carne de vuestro unigénito Hijo era fantástica, y no verdadera, pero habia reconocido su error; y salido de aquella hoya; y puesto caso que no habia recibido ningun sacramento de vuestra Iglesia, era muy grande y ardiente investigador de la verdad. Y no mucho después de nuestra conversion, y de la regeneracion que por vuestro bautismo recibimos; siendo él ya fiel y católico; y adornado de una perfecta continencia y castidad, y sirviéndoos en África entre los suyos; y habiendo traído toda

da

da su casa á vuestro conocimiento, dexó el despojo de esta carne mortal, y ahora vive en el seno de Abraham. Sea lo que se fuere lo que con este vocablo de seno de Abraham se significa, en él vive ahora mi Nebridio, amigo dulce mio, y vuestro hijo, Señor, que de cautivo y esclavo rescatastes y adoptastes: ahí vive; porque ¿qué otro lugar se ha de dar á tal alma? Ahí vive el que me solia preguntar muchas cosas, siendo yo un hombrecillo sin experiencia. Ya nó pone la oreja á mi boca para oír mis palabras, sino pone su boca espiritual á vuestra fuente, y bebe quanto puede de vuestra sabiduría, y harta su sed, siendo bienaventurado para siempre. Y no pienso yo que de tal manera se embriaga de esta fuente de sabiduría, que se olvida de mí. Pues vos, Señor, que sois la misma fuente de que él bebe, os acordais de nosotros. Pues nuestro estado era este: consolábamos á Verecundo, que

136 *Confesiones de S. Agustín.*

estaba triste , como he dicho ; por nuestra conversion ; y exhortábamole á tomar la fe , y á servir á Dios en la vida conyugal que tenia ; sin quiebra de nuestra amistad. Aguardábamos que Nebridio nos siguiese , porque estaba muy cerca ; y cada día para hacerlo : y con esto se pasaron finalmente aquellos dias , que me parecian muchos y muy largos , por el deseo vehemente que tenia de una ociosa libertad ; y de poder cantar de todas mis entrañas , y de lo mas íntimo de mi corazón aquellas palabras del psalmo : Mi corazón os ha dicho : yo he buscado vuestro rostro ; vuestro rostro , Señor , buscaré.



CAPÍTULO IV.

Lo que escribió con Nebridio de los psalmos, y del dolor de los dientes.

En fin llegó el día en que yo me había de ver libre de enseñar la retórica con la obra, como ya lo estaba con la voluntad, y así se hizo: y vos, Señor, librastes mi lengua de lo que antes habíades librado mi corazón, y yo con gran gozo os alababa, y me fui á la aldea con toda mi gente. Lo qual allí hice en las letras que ya os servían (aunque todavía con algún resabio de vanidad) los libros que entonces escribí lo manifiestan: disputando algunas veces con los presentes, y otras conmigo solo delante de vos. Y asimismo son testigos de lo que allí hice las epístolas que escribí á Nebridio que estaba ausente. ¿ Y quién podrá tener tiempo para contar todos los grandes benefi-

cios que en aquel tiempo , Señor, nos hicistes , especialmente queriendo referir otras cosas mayores? Pero detiéndeme la memoria de aquel tiempo , y la dulzura que siento en confesar , Señor , y alabar vuestra bondad : acordándome con qué estímulos me amansastes , y humillastes los altos montes y collados de mis vanos pensamientos y enderezastes mis caminos torcidos , y allanastes los fragosos y ásperos , y la mano con que sujetastes á Alipio , hermano de mi corazón , al nombre de Jesu Christo vuestro unigénito Hijo y Salvador y Señor nuestro. El qual nombre sacratísimo , y antes que Alipio se convirtiese , menospreciaba , y no quería que se leyese en vuestros libros : porque mas queria que ellos tuviesen de aquella vana ostentacion de las escuelas , y de los cedros que ya el Señor habia quebrantado , que de la humilde verdad y llaneza , y de las saludables yerbas de la Iglesia, con que
mue-

mueren las serpientes. ¿Qué voces del profundo de mi corazón os dí, Señor quando, aun siendo catecúmeno y rudo en vuestro verdadero amor, estando en el aldea con Alipio, que tambien era catecúmeno, leía los psalmos de Dauid y aquellos cantares fieles, y sonidos llenos de piedad tan contrarios del espíritu soberbio y vano, y estaba con nosotros mi madre en el hábito de muger, en la fe varon, vieja en el sosiego, en la caridad madre, y christiana en la piedad? ¿Qué voces os daba en aquellos psalmos, y cómo me encendia en ellos con un ardiente deseo de recitarlos, si pudiese, por todo el mundo, contra la soberbia del género humano; por todo el mundo se cantan, y no hay en él quien se pueda esconder de vuestro calor? ¿Con qué vehemente, y fuerte dolor me enojaba contra los Manicheos, y les tenia lástima, porque no entendian aquellos sacramentos y medicinas, y como fre-

frenéticos desechaban el remedio que los podia sanar ? Quisiera que sin que yo lo supiera , estuvieran en algun lugar alli cerca de mí , y me miráran á la cara , y oyeran mis voces. Quando leí el quarto psalmo estando en aquella quietud , las palabras del psalmo eran : *Quando te invoqué oíste me , Dios de mi justicia ; y en la tribulacion dilataste mi corazon : ten misericordia de mí , Señor , y oye mi oracion.* ¡O si me oyeran sin saber yo que me oían , porque no pensasen que decia por ellos lo que dixere , ni yo cierto lo dixera de aquella manera , si entendiera que me oían ó me veían ; ni aunque lo dixera , ellos lo tomáran con el afecto y ánimo con que lo decia ! Vieran el sobresalto que tuve , por el temor y el fervor , por la esperanza y alegria en vuestra misericordia , Señor , que sois nuestro Padre , y estos afectos salian por mis ojos y por mi voz , quando vuestro espíritu bueno , Señor , se volvia á nosotros ,

y nos decia: *Hijos de los hombres ¿hasta cuándo habeis de tener pesado corazon? ¿Porqué amais la vanidad, y buscáis la mentira?* Porque yo amado habia la vanidad, y buscado la mentira, y vos, Señor, ya habiades magnificado á vuestro Santo, resucitándole de la muerte, y colocándole á vuestra diestra, para que de alli enviase, como lo habia prometido, el Espíritu Consolador y de la verdad, y ya le habia enviado, pero yo no lo sabia. Habia enviado, porque ya él mismo habia sido glorificado, resucitando de los muertos, y subiendo á los cielos, que antes de esto el Espíritu aun no habia sido dado, porque Jesus aun no habia sido glorificado, y el Profeta clama: *¿Hasta cuándo sereis de duro corazon? ¿Porqué amais la vanidad, y buscáis la mentira? Sabed que Dios ha magnificado á su santo. ¿Clama hasta cuándo? Clama que sepamos, y yo en tanto tiempo no supe, y amé la vanidad, y busqué la mentira, y por*
 eso

eso oí estas palabras , y temblé , porque se dicen aquellos que son tales, como yo me acordaba haber sido; porque en aquellas fantasmas que yo habia tenido por verdad , habia vanidad y mentira , por eso dixé muchas palabras graves y fuertemente con el dolor de aquella memoria; las quales pluguiera Dios que hubieran oído los que aman la vanidad, y buscan la mentira , porque por ventura se hubieran turbado con ellas; y la hubieran desechado , y vos , Señor, los hubiérades oído , llamándoos, pues verdaderamente murió el que intercede por nos delante de vos. *Leíase: Enojaos, y no queráis pecar mas:* Y movíame mucho , Dios mío , porque habia ya aprendido á enojarme conmigo por las culpas pasadas , para no cometerlas mas : y con razón me enojaba , porque no hay otra naturaleza de linage obscuro y tenebroso , que pecase en mí ; como dicen los que no se enojan consigo , y ates-

soran ira para sí en el día de la ira y revelacion de vuestro justo juicio. Ya mis bienes y esperanzas no las ponía en estas cosas de fuera , ni con los ojos carnales yo las buscaba en esta luz exterior. Porque los que buscan su contento y gozo en estas cosas de fuera , muy fácilmente se desvanecen y derraman en las cosas visibles y temporales , y con una cierta imaginacion hambrienta lamen las imágenes de ella. Oxalá fatigados de la hambre digan : *¿Quién nos mostrará los bienes ?* Y responderíamosles , y oirian : *Impresa está en nosotros la lumbré de vuestro rostro.* Porque nosotros no somos la lumbré que alumbrá á todos los hombres que vienen á este mundo , sino somos alumbrados de vos , para que los que otro tiempo fuimos tinieblas ahora seamos luz en vos. ¡O si ellos viesen la lumbré interior eterna , la qual por haberla yo gustado me carcomía , porque no se la dí á mostrar ! Si me traxeran el co-

razon derramado en las cosas exteriores y fuera de vos , y me dixeran: ¿Quién nos mostrará los bienes ? allí donde yo me enojé contra mí , en aquel secreto donde yo estaba compungido , y habia hecho sacrificio , y degollado mi vieja costumbre , y comenzado con vuestro favor la renovacion de mi espíritu , habíades vos comenzado á ser dulce para mi alma , y dar alegria á mi corazon. Y leyendo estas cosas de fuera , y entendiéndolas dentro , daba voces , y no queria que me fuesen multiplicados los bienes de la tierra para consumirlos y ser consumido de ellos , porque ya tenia en esa vuestra simplicidad eterna otro trigo , otro vino , y otro aceyte para mi sustento. Y en el verso siguiente clamaba con un clamor profundo de mi corazon : *O en paz , ó eso mismo , ó que dixo , dormiré y descansaré.* Porque ¿quién nos resistirá quando se cumpliere lo que está escrito: *En su misma victoria per-*
di

dió su fuerza la muerte? Y vos, Señor,
 sois ese mismo, que nunca se muda,
 y en vos está el reposo y olvido de
 todos los trabajos, que ninguno otro
 está con vos que nos pueda ayudar,
 aun para las otras cosas que no sois
 vos. Porque vos solo, Señor, singu-
 larmente me habeis puesto en espe-
 ranza: leía, y ardía, y no hallaba re-
 medio que dar á los sordos y muertos,
 de los quales yo habia sido, y escan-
 dalo y tropiezo para los demas: pues
 ladraba contra las letras sagradas, y
 como ciego no veía el resplandor que
 tenía de vuestra luz, y con el gusto
 lleno de hiel, no gustaba de la miel
 celestial de que estan llenos. Y por es-
 to quando me acordaba de todas las
 cosas que pasaron en aquellos dias de
 vacaciones, me enojaba y consumía
 contra las escrituras que son contra-
 rias á esta vuestra escritura. Pero no
 me he olvidado, ni quiero callar el
 azote áspero con que me castigastes,
 y la maravillosa misericordia vuestra,

146 *Confesiones de S. Agustín.*

con que tan presto me consolastes. Áfilijame entonces un dolor de dientes, y iba creciendo de manera, que no podía hablar. Parecióme pedir á todos los que estaban allí conmigo, que rogasen y hiciesen oracion por mi á vos que sois Dios de toda salud. Y como no podía hablar, escribílo, y dílo para que lo leyesen. En hincando las rodillas, con humilde afecto, para hacer oracion, luego huyó aquel dolor. ¿Mas qué dolor? ¿y cómo huyó? Yo confieso, Señor mio y Dios mio, que quedé atónito, porque nunca despues que nací tal cosa habia experimentado. Descubriéronse en el profundo de este mi trabajo las señas de vuestro poder, y alegrándome en la fe, alababa vuestro nombre. Y aquella fe no me dexaba asegurar de mis pecados pasados, los quales aun no me habian sido perdonados por el Bautismo.

CAPÍTULO V.

*Preguntas á S. Ambrosio, qué libros de
la sagrada Escritura leerá.*

Acabadas las vacaciones y vendimias, avisé á los de Milan, que buscasen para sus estudiantes otro vendedor de palabras; porque yo habia determinado de servirlos, Señor, y por estar doliente del pecho, no podia leer mas. Y escribí á vuestro prelado y varon santo Ambrosio los errores de mi vida pasada, y el deseo presente que tenia, para que me aconsejase, qué libro de los vuestros principalmente habia de leer, para aparejarme y estar mas dispuesto á recibir la gracia del santo Bautismo. El me mandó que leyese al Profeta Isaias, á lo que yo creo; porque mas claramente este Profeta descubre los tesoros de vuestro Evangelio, y la gracia de la vocacion de las gentes. Mas yo

148 *Confesiones de S. Agustin.*

por hallar la primera entrada y leccion de este Profeta obscura, y pensando que todo el resto seria asi, le dexé para volver á él quando estuviere mas exercitado en las divinas letras.

CAPÍTULO VI.

Como fué bautizado en Milan.

T llegó aquel dichoso dia en que yo habia de asentar debaxo de vuestra bandera; y para esto dexada el aldea, nos volvimos á Milan. Tambien Alipio quiso renacer conmigo en vos, estando ya vestido de una humildad digna de vuestros sacramentos, y siendo tan fuerte domador de su cuerpo, que se atrevió á andar con los pies descalzos por la tierra de Italia con grandes hielos. Juntamos con nosotros al muchacho Adeodato nacido de mi pecado, aunque vos, Señor, bueno le criastes. Era casi de quince años, y de tan grande ingenio, que

se aventajaba á muchos varones doctos y graves. Yo confieso vuestros dones, Dios mio, Criador de todas las cosas, que podeis facilmente reformar nuestras fealdades, porque yo no tenia mas parte en él que el pecado, y si le enseñaba vuestra doctrina, vos primero me la inspirabades, y no otro: yo confieso vuestros dones. Un libro hay nuestro, que se intitula del Maestro, en él habla este mozo conmigo, y vos sabeis que todas aquellas sentencias que estan escritas en persona de él, que en él habla conmigo, son suyas, siendo entonces de diez y seis años. Otras cosas mas maravillosas ví yo en él. Espantábame en gran manera aquel ingenio. ¿Pero quién sino vos puede ser el artífice de tales ingenios, y obrador de tales maravillas? Presto lo librastes de los trabajos y peligros de esta vida, y yo mas seguramente me acuerdo de él, porque no temo ya que le acontezca algun desastre, de los que suelen acontecer á

los muchachos y á los mozos, y al fin al hombre. Hicimosle compañero nuestro en vuestra gracia, para criarle en vuestra disciplina, y bautizámosnos, y huyó de nosotros la solicitud de la vida pasada. No me podia hartar aquellos dias de considerar la alteza de vuestro consejo sobre la salud del género humano, regalando vos mi espíritu con una maravillosa dulcedumbre. ¿ Cuántas lágrimas derramé en los hymnos y cánticos, movido sobremanera con las voces de vuestra Iglesia, que eran tan suaves para mí? Aquellas voces entraban por mis orejas, y vuestra verdad se derretía en mi corazón, y de ella se inflamaba un afecto de piedad, y destilaban lágrimas por mis ojos, y me iba muy bien con ellas.

CAPÍTULO VII.

Las cosas que vió en Milan.

No mucho antes se habia comen-
 do á usar en la Iglesia de Milan este
 género de consolacion y exhortacion
 con grande afecto de los hermanos y
 fieles ; que cantaban juntamente con
 las voces y con los corazones ; porque
 no habia sino un año ó poco mas , y
 al mismo tiempo Justina , madre de
 Valentiniano Emperador (que era
 muchacho), engañada de los Arria-
 nos , por favorecer á su heregia , per-
 seguia á vuestro siervo Ambrosio.
 Velaba el pueblo piadoso en la Igle-
 sia , aparejado para morir por su Obis-
 po y siervo vuestro. Entre los otros,
 mi madre y vuestra sierva era la que
 en solicitud y vigiliass mas se esmera-
 ba , viviendo de oracion. Nosotros to-
 davia nos estábamos fríos y apartados
 del calor de vuestro espíritu , aunque

no dexábamos de despertarnos, viendo la ciudad turbada y atónita. En este tiempo pues para algun alivio y consuelo del pueblo, se instituyó en Milan que se cantasen los hymnos, y psalmos segun la costumbre de la Iglesia de Oriente, y desde entonces hasta ahora se guarda; porque muchas de las otras Iglesias, ó casi todas han querido imitar esta santa institucion. En este mismo tiempo revelastes á vuestro santo prelado el lugar donde estaban encubiertos los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio, los quales por tantos años habíades guardado sin corrupcion en el tesoro de vuestro secreto consejo, para descubrirlos á su tiempo, y con este favor reprimir la rabia de una muger, y muger Reyria. Porque habiéndose manifestado y sacado estos cuerpos, y llevándose á la Iglesia de Ambrosio con la honra y reverencia debida, no solamente los endemoniados quedaban libres, confesándolo los mismos de-

mo-

monios que los atormentaban ; pero un ciudadano , y muy conocido en la ciudad ; que muchos años antes era ciego , oyendo el ruido y la alegría que habia en la ciudad , preguntando , y oyendo la causa de ella , saltó de placer , y rogó al que le adiestraba , que le llevase adonde los cuerpos estaban . Llegó , y alcanzó que le dexasen tocar con su sudario las andas de vuestros santos , cuya muerte es preciosa en vuestro acatamiento . Hízolo , aplicó á sus ojos el lienzo , y luego vió , y de aqui se comenzó á derramar la fama de este milagro por la ciudad , y á exercitarse todos á vuestras alabanzas , y á arder en vuestro amor , y el ánimo de la mala Reyna , puesto caso que no se convirtió , ni sanó , detúvose en la persecucion de vuestro siervo , y mitigó su furor . Yo os hago gracias , Dios mio , por haberme traído á la memoria cosas tan grandes , que ya habia olvidado , para que os alabase por ellas . Y con dar entonces tan su-

ve olor la fragrancia de vuestros unguentos, no corrijamos en pos de vos, y por tanto lloraba yo mas entre vuestros cantares y hymnos, suspirando por el tiempo pasado, y comenzando á respirar y alentarme quanto la pequeñez y flaqueza de esta casa pajiza y de heno lo sufría.

CAPÍTULO VIII.

La conversion de Evodio.

Vos, Señor, que haceis morar en una casa á los de un corazón, traxistes á nuestra compañía á Evodio, que era mancebo, y natural de mi lugar. El qual siendo soldado se convirtió á vos antes que nosotros, y se bautizó, y dexando la milicia seglar se dió á la vuestra. Juntos estábamos, juntos morábamos en un santo propósito, buscando en qué lugar mas útilmente os pudiésemos servir, y para esto de compañía volvíamos á Africa. Y estando

do en la ciudad de Ostia , donde el rio Tíber entra en la mar ; mi madre pasó de esta vida. Muchas cosas dexo , porque voy de corrida ; pero vos , Dios mio , aceptad mis confesiones , y las gracias que os hago por los innumerables beneficios vuestros que calló. Pero no puedo callar , ni dexar de decir lo que siente mi alma de aquella vuestra sierva ; que me parió en la carne para esta vida temporal , y en el corazón para la eterna. No diré yo los dones de ella ; sino los vuestros en ella : porque ella no se había hecho , ni criado , vos la criastes ; y su padre y su madre no supieron qué ella había de ser , aunque su madre que era sierva de Christo , la enseñó en vuestro santo temor. Pero mas solia ella alabar el cuidado de una buena vieja criada de casa , que había criado á su padre , y traídole en los brazos siendo niño (como las muchachas grandecillas suelen traer á los niños) , y por esta causa ; y por su mucha edad y
bue-

buenas costumbres, en una casa tan christiana, era muy honrada de sus señores; y así le encomendaron la crianza de sus hijas, y ella tenia de ellas gran cuidado, yéndoles á la mano quando era menester con mucha severidad, y enseñándolas con moderada prudencia. Porque fuera de aquellas horas en que comian templadamente a la mesa de sus padres, aunque pereciesen de sed, no las dexaba beber ni un trago de agua, porque no hiciesen mala costumbre, y les decia estas cuerdas palabras: *Ahora bebeis agua, porque no teneis vino; pero quando os casáredes, siendo ya señoras de vuestras bodegas, el agua os desagradará, y la costumbre de beber se os quedará, y tendrá su fuerza.* Con estos preceptos, y con aquella autoridad que tenia, refrenaba aquel apetito de la edad tierna, y ajustaba la sed de las muchachas á una sóbria templanza, para que no les agradase lo que no les convenia. Contábame mi madre, y

vuestra sierva, como á hijo, que siendo muchacha se le habia entrado sin sentir el apetito del vino; porque como era doncellita templada, mandábanle sus padres sacar vino de la cuba, y ella antes de echarlo en el jarro, solia dar un sorbillo, y no mas porque no tenía gusto de ello, ni lo hacia por amor del vino, sino por la curiosidad de aquella edad, que con semejantes movimientos y excesos suele hervir y fatigar con mayor vehemencia los ánimos de los mozos. De manera, que añadiendo á aquel poco que bebia cada vez, un poco más (porque el que menosprecia lo poco cae en lo mucho), vino á hacer la costumbre, que despues bebia todo un pequeño vaso de vino con mucho gusto. ¿Adónde estaba entonces aquella vieja sagáz y aquella prohibicion tan severa? ¿Porventura aprovechaba algo contra la enfermedad secreta, si vuestra medicina, Señor, no velará sobre nosotros? Estando el padre y la madre y

las amas ausentes , vos estais presente , que nos criastes , y nos llamais , y por medio de otros hombres procurais la salud de las almas que hicistes. En aquella ocasion , Dios mio , ¿ cómo la curastes , cómo la sanastes ? Permitistes con vuestra oculta providencia , que se le dixese una palabra pesada y injuriosa , y con ella como con una lancetada se abriese aquella apostema , y se curase. Porque una criada que solia acompañar á mi madre , quando iba por vino , riñendo con ella (como suelen) á solas , le dió en rostro con lo que hacia , y la llamó borrachuela ; y ella se corrió tanto , que considerando aquella fealdad , luego la dexó , y se enmendó. Porque asi como los amigos lisonjeando nos echan á perder , asi los enemigos reprehendiéndonos , muchas veces nos corrigen. Y vos , Señor , dais el pago á cada uno , no conforme á lo que vos por él haceis , sino conforme á lo que él pretende hacer.

Por-

Porque aquella criada no pretendió sanar á su menor señora, sino amargarla, y por eso la injurió á solas, ó quizá porque comenzando á reñir en aquel lugar y tiempo se le vino á la boca aquella palabra: y aun por ventura, porque no la castigasen, por no haber descubierto aquello antes. Mas vos, Señor, que gobernais las cosas del cielo y de la tierra, y de todas ellas haceis vuestra voluntad, con la enfermedad de una alma sanastes la enfermedad de otra: para que ninguno que considerare esto, atribuya á su virtud ó poder, si viere que se enmienda el que él pretende corregir y curar con su palabra.



CAPÍTULO IX.

Cómo vivía Santa Mónica con su marido,

Siendo pues criada con gran honestidad y templanza, y sujeta por vuestro amor á sus padres, más que por amor de ellos á vos, siendo ya de edad la casaron, y fué entregada á su marido, al qual servia como á su señor, y procuraba con gran sollicitud ganarle para vos, hablándole de vos con sus costumbres, con las quales la hacíades hermosa, y con cierta reverencia y respeto amable y admirable á su marido. Sufria con tan gran paciencia los agravios y deslealtad de su marido, que nunca tuvo con él disgusto, por ello: porque siempre esperaba que vuestra misericordia habia de venir sobre él, y con vuestra fe quedar casto. Era él por una parte muy amoroso, y por

otra muy colérico , y enojadizo : pero ella sabia muy bien no resistir á su marido quando estaba enojado , ni con obra , ni con palabra : Mas despues que se le habia pasado el enojo , viéndole quieto y sosegado , en buena ocasion le daba razón de lo que habia hecho , quando le parecía que él se habia enojado mas de lo justo . Finalmente , como muchas matronas , que tenian los maridos mas mansos , traxesen señalados , y afeados sus rostros con las señales de los golpes que les daban ; y entre sus amigas se quejasen de la crueldad de sus maridos ; mi madre , como haciendó donayre , reprehendia aquella su libertad : y les decia , que se acordasen de las leyes del matrimonio ; y que el dia que se hicieron los conciertos entre el marido y la muger , se habian sujetado , y héchose siervas suyas , y que acordándose de esta suerte y obligacion , no se debían ensoberbecer , ni engreir contra sus señores . Y co-

mo ellas se maravillasen; que siendo Patricio su marido hombre bravo y terrible, nunca se hubiese oido, ó por alguna señal entendido, que habia puesto las manos en ella; ó que un solo dia hubiesen estado reñidos y discordes, y le preguntasen familiarmente la causa; ella respondia lo que hacia con él, que es lo que he dicho. Las que la imitaban, y tomaban su consejo, hallábanse bien, y holgábanse de haberle seguido: las que no, eran maltratadas y afligidas. Al principio la suegra, por los chismes de algunas malas criadas, no la miraba con buen rostro. Pero despues de tal manera la ganó con sujecion, y con un sufrimiento y mansedumbre tan perseverante, que la misma suegra manifestó á su hijo las criadas que con sus malas lenguas turbaban la paz entre ella y su nuera, para que las castigase. Y asi despues que él, por obedecer á su madre, y tener cuenta con su familia, y

mi-

mirar por la paz de su casa , las castigó de la manera que su madre quiso , avisó ella á todas, que serían castigadas de la misma manera las que pensando agradarle , le hablasen mal de su nuera : con esto no osando ninguno ir con chismes , vivieron suegra y nuera con una maravillosa benevolencia y suavidad. Entre los otros dones que vos, Señor, distes á esta vuestra sierva , en cuyo vientre me criastes , fué uno muy excelente de apaciguar á los que entre sí estaban reñidos y discordes. Era tan grande su prudencia , que oyendo de la una parte y de la otra muchas quejas y palabras descompuestas, que el enojo y deseo de venganza suele arrojar , quando la persona habla con confianza con su amigo presente , de su enemigo ausente , nunca jamas decia á la una parte lo que habia oido de la otra, sino solo lo que la podia desenconar y hacerlos amigos. Pequeño bien me

parecia este , si yo mismo con dolor no hubiera experimentado á casi innumerables gentes (por haberse extendido mucho esta pestilencia detestable de pecados) los quales no solamente descubren y dicen á los enemigos enojados lo que sus mismos enemigos tambien enojados dicen de ellos , pero aun añaden otras cosas que no dixeron. Y no deberia de ser asi , sino al contrario , procurando no criar ni fomentar las enemistades de los hombres , hablando mal , sino hablando bien atajarlas. Y tal era mi madre , porque os tenia á vos por maestro , que la enseñábades en la escuela de su corazon. Finalmente ya en el fin de su vida ganó á su marido para vos , y no lloró en él , siendo ya fiel , lo que antes que lo fuese habia sufrido y llorado. Ella era tambien sierva de vuestros siervos , porque todos los que la conocian , os loaban , honraban y amaban mucho en ella , porque conocian que vos

estábades presente en su corazon, como lo testifican sus obras y el fruto de su santa conversacion. Porque habia sido muger de un solo marido, habia cumplido con lo que debia á sus padres, habia gobernado su casa con mucha piedad, y sus buenas obras eran testimonio de su virtud. Habia criado sus hijos, pariéndolos tantas veces, quantas ellos de vos se desviaban. Y por concluir, Señor, á todos nosotros vuestros siervos, que por vuestra gracia nos dexais hablar, y despues que recibimos la gracia de vuestro bautismo, y antes que ella muriese, viviamos en una santa hermandad y compañía; y así nos regalaba, como si á todos nos hubiera parido; así nos servia, como si fuera hija de cada uno de nosotros.

CAPÍTULO X.

*El coloquio que tuvo con su madre
del Reyno del cielo.*

Allegándose el día en que habia de salir de esta vida (el qual dia vos sabiades , y nosotros no) sucedió á lo que yo creo, por vuestra secreta y oculta disposicion , que yo y ella estuviésemos solos arrimados á una ventana , de donde se descubria una huerta de la casa en que estábamos junto á la ciudad de Ostia ; y apartados del ruido de la gente , y cansados del largo camino , nos aparejábamos para la navegacion. Allí hablabámos ella y yo solos muy dulcemente , y olvidados de las cosas pasadas, tratábamos de lo por venir. Y delante de la verdad , que estaba presente (que sois vos) conferiamos entre nos , qué tal ha de ser aquella vida eterna de los santos , que ni

ojo

ojo la vió, ni oreja la oyó, ni corazón del hombre la puede comprehender. Estábamos con la boca de nuestro corazón abierta, mirando esas corrientes de vuestra fuente, fuente de vida, para que bebiendo siquiera una gota de ella, conforme á nuestra capacidad, en alguna manera pudiésemos barruntar cosa tan grande. Llegó nuestra plática á esta conclusion, que qualquiera deleyte, por grande que sea, de nuestros sentidos carnales, cotejado con la alegría de aquella vida, no solamente no es digno de ser comparado con ella, pero ni aun de ser mentado: y de aqui encendidos con mayor afecto subimos como por escalones por todas las cosas corporales, hasta llegar al cielo, de donde el sol y la luna y las estrellas envian su claridad sobre la tierra. Y aun subimos mas adelante, pensando interiormente de vos, y hablando de vos, y maravillándonos de vuestras obras. Entra-

mos en nuestras almas; y traspasámoslas para llegar á aquella región de abundancia; que nunca desfallece; adonde apacentais á Israel para siempre; con pasto de verdad; y adonde la vida es sabiduría; por la qual todas estas cosas se hacen, las que fueron y las que serán; y ella no se hace; mas así es como fué; y así será siempre. Antes no hay en ella; fué y será; haber sido y haber de ser; sino solo un ser presente; porque es eterna; y el haber sido y haber de ser no es eterno. Mientras que hablamos de ella; y la deseamos; en cierta manera la tocamos un poco con todo el afecto del corazón; y suspiramos; y dexando allí las primicias de nuestro espíritu; volvimos al ruido de nuestra boca; adonde la palabra se comienza y acaba. ¿Y qué cosa hay; Señor; semejante á vuestro Verbo Jesu Christo; el qual permanece sin envejecerse jamás; y renueva todas las cosas? Llegados á este punto; deciamos: sí hu-

hubiese alguno tan bienaventurado; á quien no hiciese ruido la carne; á quien las imaginaciones de la tierra, de las aguas; del ayre. y del mismo cielo no inquietasen, sino que estuviesen en un quieto silencio, y la misma alma estuviese en este mismo silencio, y pasase por sí, sin pensar en sí: y los sueños y las revelaciones que se hacen en la imaginacion, y toda lengua; y toda señal, y todo quanto pasa, callase, y del todo se enmudeciese. Porque todas estas cosas al que tiene buenos oídos, claman: No nos hicimos nosotros; sino el Señor nos hizo; que permanece para siempre, y con este clamor nos despiertan y nos hacen oír al que las hizo: y hablase solo el Señor, no por las cosas que él hizo, sino por sí mismo; de suerte, que oyésemos su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel; ni por sonido de nubes, ni por semejanzas obscuras: pero sin estas cosas oyé-

semos á aquel Señor á quien amamos en ellas , á la manera que alguna vez ahora nos empinamos y extendemos, y con un pensamiento veloz y apresurado penetramos hasta la sabiduría eterna. Pero si este pensamiento se continuase , y dexando todos los otros que son de mas baxa suerte , este solo nos arrebatase , robase , transportase y escondiese en aquel gozo interior , y durase por toda la vida eternamente lo que ahora habemos sentido por un momento ; ¿ no sería esto lo que dixo el Salvador : entra en el gozo de tu Señor ? ¿ Pero esto cuándo será ? ¿ Por ventura quando todos resucitaremos , y no todos seremos mudados ? De estas cosas hablabamos , aunque no de este modo , ni con estas palabras : pero vos , Señor, sabeis que en aquel dia hablando de esto , y teniendo este mundo debaxo de los pies con todos sus placeres , ella me dixo : *Hijo, por lo que á mí toca, ya ninguna cosa me deleyta en esta vida:*

no sé qué me hago mas en ella , ni para qué vivo , habiéndoseme cumplido tan bien la esperanza que tenia. Una cosa sola habia por la qual yo deseaba detenerme un poco en ella , que era verte católico christiano antes que muriese : mi Dios me ha cumplido este deseo , y aun mas colmadamente de lo que yo deseaba , pues te veo siervo suyo , menospreciando la felicidad de la tierra ; ¿pues qué hago yo mas aqui ?

CAPÍTULO XI.

Del éxtasi , y muerte de su madre.

NO me acuerdo bien lo que á esto le respondí , mas dentro de cinco dias ó poco mas cayó mala en la cama de calenturas , y un dia le vino un desmayo , y estuvo un poco de tiempo como sin sentido. Acudimos á la enferma , y volvió presto en sí , y mirando á mi hermano y á mí , que estábamos presentes , como quien
nos

nos preguntaba , dixo : *¿ Adónde estaba yo ahora ?* Y despues viéndonos tristes con la pena , añadió : *Aquí enterareis á vuestra madre.* Yo callaba y reprimia las lágrimas , y mi hermano le dixo no sé qué palabras , dándole á entender , que deseaba que no muriése fuera de su tierra , sino en ella , para que la muerte fuése mas dichosa. Oyó ella esto , y miróle con ojos graves , como quien le reprehendia , y volviéndose á mí , dixo : *Mira lo que dice éste.* Y luego dixo á los dos : *poned mi cuerpo donde quiera , y no tengais de él mas cuidado. Una cosa sola os ruego , que os acordeis de mí en el altar del Señor , en qualquier lugar que os halléis.* Y habiendo dicho esto con las palabras que pudo , calló fatigada de la enfermedad , que se iba agrabando. Mas yo , Señor Dios mio , pensando en los dones que sembrais en los corazones de vuestros fieles , para que produzcan maravillosos frutos , mucho me gozaba , y os hacia gra-

-eias , acordándome del cuidado que
 habia tenido antes mi madre de su en-
 tierro , y como le tenia aparejado
 junto al de su marido. Que como
 habia vivido con él en tanta confor-
 midad , tenia por parte de felicidad
 (porque el ánimo humano es poco
 capaz de las cosas divinas) que des-
 pues de aquella larga peregrinacion
 que habia hecho por mar , se supiese
 que Dios le habia hecho merced de
 volverla á su tierra , para que su cuer-
 po y el de su marido , que eran tier-
 ra , fuesen cubiertos con una misma
 tierra. No sabia yo quando esta va-
 nidad habia comenzado á salir de su
 corazon , por la plenitud de vuestra
 gracia. Pero aunque no lo sabia , hol-
 gábame , y maravillábame. Verdad
 es , que quando me habló arrimada á
 la ventana ; y me dixo : *¿ Qué hago yo
 aqui ?* No me dió á entender que
 deseaba morir en la patria. Y aun
 despues he sabido , que hablando un
 dia con ciertos amigos míos , con mu-
 cha

cha confianza, como madre, del menosprecio de esta vida, y del bien de la muerte, estando yo ausente, como ellos se maravillasen de aquel esfuerzo y valor que vos habiades dado á una muger, y le preguntasen, si tenia miedo de morir, y dexar el cuerpo en un lugar tan lejos de su tierra: respondió ella: *Para Dios no hay cosa lejos, y en el fin del siglo, bien sabrá hallarme do quiera que estuviere para resucitarme.* De manera, que al noveno día de su enfermedad, y á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia, aquella santa y religiosa alma fué desatada del cuerpo.

CAPÍTULO XII.

Como lloró la muerte de su madre.

Cerraba yo los ojos de mi madre, y entraba en mis entrañas una grande tristeza, y salíame por los ojos, der-

derramando lágrimas : hacíame gran fuerza para reprimirlas , y para enxugar los ojos , y hallábame muy fatigado en esta lucha. En acabando de espirar , el muchacho Adeodato dió un gran grito , y comenzó á llorar : hasta que yéndole todos á la mano , se sosegó y calló. A la misma manera sentia yo en mí un no sé qué movimiento de muchacho , que me inclinaba á llorar , mas con el seso de hombre le detuve , y mandé que callase , y asi calló. Porque no nos pareció que era cosa decente celebrar aquel entierro con gemidos y sólozos , con los quales se suele lamentar la miseria de los que mueren y se acaban totalmente. Mas mi madre , ni moria miserablemente , ni moria totalmente : y eso eficazmente nos persuadian sus santas costumbres y su fé no fingida. ¿ Pues qué era aquello que me causaba tanto dolor , y me apretaba el corazon , sino una nueva llaga que se habia hecho en él , por

ver

ver repentinamente deshecha aquella dulcísima y amabilísima compañía con que vivíamos juntos? Gozábame yo con el testimonio de mi madre; porque en esta su última enfermedad, sirviéndola yo, y queriéndome ella regalar, me llamó piadoso, y con un maravilloso afecto de amor, dixo, que nunca habia oido de mi boca mala palabra ni pesada contra ella. ¿Pero qué tiene que ver, Dios mío, la honra que yo la hacía, con el amor y solicitud con que ella me servia? Pues como yo quedase desamparado de tan grande consuelo, no es maravilla que mi alma se lastimase, y mi vida se consumiese, estando tan colgada de la suya. Habiendo pues reprimido á aquel mozo, para que no llorase, abrió Exodio el Psalterio, y comenzó á cantar aquel *Psalmo: Misericordia, y juicio cantaré á ti, Señor: y todos los de casa comenzamos á responder: Oyéronse nuestras voces, y acudieron muchos hermanos, y mu-*

ge-

geres piadosas , y haciendo su oficio (como suelen) los que tenian cargo del entierro, yo me entretenia a parte con las personas que me acompañaban, y trataba con ellas de lo que convenia á aquel lugar y tiempo; y con esta plática iba mitigando aquel dolor interior, que vos sabiades; y los que atentamente me oían , no sabian, antes creían que estaba sin dolor. Pero yo en vuestros oídos (dónde ninguno de ellos me podia oír) reprehendia mi ternura y flaqueza , y detenia aquel ímpetu de mi tristeza , y ella á ratos algun tanto me obedecia, y luego tornaba con grande furia , no tanto que me hiciese llorar , ni mudar el semblante ; pero sin pelear conmigo , y encubrir lo que fatigaba y congojaba el corazon. Mucho me pesaba por verme tan flaco , y que pudiese tanto en mí este afecto humano (pues necesariamente nos han de suceder semejantes cosas por la órden que vos habeis puesto , y por nuestra misma condi-

cion), y así con otro dolor me dolía de este mi dolor, y con doblada tristeza me consumía y congojaba. Sacóse el cuerpo difunto: fuimos, y volvimos sin lágrimas; porque ni en las oraciones que hicimos quando se ofreció por ella el sacrificio de nuestra redención, estando el cuerpo junto á la sepultura (como se suele hacer), ni en las demas plegarias, yo no lloré, mas todo el día interiormente estaba atravesado de dolor, y con la mente turbada, suplicándoos, como podia, que sanádes aquel dolor, y vos no lo hacíades (á lo que yo creo), para darme á entender la fuerza que tiene qualquiera costumbre, aunque sea con las personas que estan ya desengañadas, y no se apacientan de palabras vanas. Habia oido decir, que los baños eran provechosos para quitar la tristeza del corazon, y que por esto en griego los llaman Balanion, vocablo que significa esto, y así me pareció lavarme en ellos. Pero yo confieso á

Vuestra misericordia, Señor mio, y padre de los huérfanos, que me lavé, y salí del baño como entré en él, porque no sudé, ni despedí de mi corazón aquella tristeza y amargura que me afligia. Despues dormí, y recordé, y hallé mi dolor en parte aliviado; y estando solo en la cama, me acordé de unos versos verdaderos de vuestro siervo Ambrosio, que dicen asi:

*Tú eres cuya mano artificiosa
 Dió sér á quanto vemos,
 Y por cuyo saber y ley eterna
 Se rige aquesta máquina hermosa;
 Juntando dos extremos,
 Con proporcion igual y sempiterna:
 El dia se gobierna
 Con luz resplandeciente, y le da entrada
 A la noche callada,
 Que repara los miembros fatigados,
 Y afloxa (con el sueño) los cuidados.*

Mas despues poco á poco tornaba á mi memoria la conversacion de aquella vuestra sierva, santa y piadosa para con vos; blanda y modesta para

180 *Confesiones de S. Agustin.*

con nos , de la qual súbitamente me veía privado : y juzgando que tenia razon de llorar en vuestro acatamiento por ella y por mí , solté la rienda á las lágrimas que tenia represadas , para que mi corazón se desahogase con ellas , y se hartase de llorar : y con esto descansó mi corazón ; porque vuestras orejas me oían , y no las de algun hombre soberbio y vano , que diferentemente podia interpretar este mi llanto : y asi , Señor , lo confieso en esta escritura , léalo quien quisiere , é intérprételo como quisiere ; y si le pareciere que hay pecado en haber yo llorado por un breve tiempo con mis ojos á mi madre muerta , y á madre que muchos años me habia llorado á mí , para que viviese en vuestros ojos , no haga burla de mí , antes si tiene tanta caridad , llore por mis pecados , y ruegue por mí á vos , Señor , que sois verdadero Padre de todos los hijos de Jesu Christo.

CAPÍTULO XIII.

Ruega á Dios por su madre difunta.

Ahora que ya yo estoy sano de aquella llaga que afligia mi corazón, por la qual el afecto de la carne se podia reprehender delante de vos, Señor Dios nuestro, quiero derramar por aquella vuestra sierva otro género de lágrimas, que mane de un espíritu temeroso, considerando los peligros que tiene qualquier alma que muere en Adán. Porque aunque es verdad que mi madre despues que fue reengendrada en Christo, mientras que vivió en la carne, vivió de tal manera, que en su fe y costumbres podemos alabar vuestro santo nombre; no por eso me atrevó á decir, que despues de la gracia del bautismo no salió palabra de su boca contra vuestros mandamientos. Y la verdad eterna, que es vuestro Hijo,

dixo, que si alguno dixese alguna palabra injuriosa á su hermano, sería digno del fuego eterno. Y aun ay de la vida (por loable que sea) de los hombres, si de vos fuere examinada sin misericordia. Mas porque no escudriñais nuestras culpas con rigor tenemos confianza de hallar en vos perdon: y el que delante de vos cuenta sus verdaderos merecimientos; ¿qué cuenta sino vuestros dones? ;O si los hombres conociesen que son hombres; y los que se glorian, se gloriasen en el Señor! Pero yo, Señor, alabanza mia y vida mia, y Dios de mi corazón, dexando aparte un poco las buenas obras de mi madre (por las cuales con grande alegría os hago gracias), yo os ruego y suplico que perdoneis sus pecados. Oídme, Señor, por aquella medicina de vuestras sagradas llagas; que estuvo colgada en aquel madero santo, y ahora sentado á vuestra diestra intercede por nos. Yo sé que era mi-

mi-

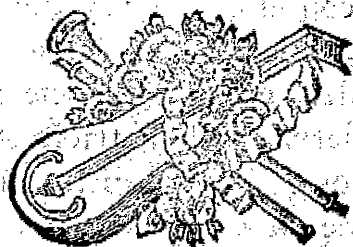
misericordiosa, y que perdonaba de corazón á los que la ofendian: pues vos, Señor, perdonadla á ella sus deudas, si algunas tuvo, despues que recibió el agua de la salud. Perdonadla, Señor, perdonadla, yo os suplico, y no entreis en juicio con vuestra sierva. Venza la misericordia al juicio, pues vuestras palabras son verdaderas, y á los misericordiosos prometistes misericordia; por vuestra gracia fueron ellos misericordiosos, y tendreis misericordia de quien la tuvistes, y usareis de ella con quien antes la hubierades usado. Yo bien creo que ya habeis hecho lo que yo os suplico, mas tened por bien, Señor, que yo os lo ruegue. Porque ella estando ya para dar el alma á vos su Criador, no tuvo cuenta que su cuerpo fuese enterrado con pompa, ni embalsamado, ni puesto en monumento rico, ni en su tierra, ni tal nos encomendó, sino solamente que nos acordasemos de

ella en el altar, al qual ella cada dia, sin faltar alguno, servia; porque sabia que en él se ofrecia aquella santa hostia, por la qual la obligacion de nuestros pecados se rasgó, y el enemigo fué vencido; aquel enemigo que anda buscando nuestros pecados, con que daños en rostro, y por virtud de aquel en quien le vencimos, no los halla. ¿Quién podrá volver á sus venas la sangre inocente de este Señor? ¿Quién podrá restituirle el precio con que nos compró, y de esta manera quitarnos de sus manos? Al sacramento de este precio de nuestra redencion ató está vuestra sierva su alma con el lazo de la fe. Ninguno le arrebatte de vuestro amparo y proteccion, ni el león con su violencia, ni el dragon con su astucia se pongan delante, porque ella no responderá que no debe nada (por no ser convencida y presa del astuto acusador), mas responderá que sus pecados le han sido perdo-

do.

donados por aquel , al qual ninguno puede pagar lo que él , sin deberlo, por nosotros pagó. Sea pues, Señor, en paz con su marido , con el qual solo fué casada , al qual sirvió , y dió fruto con paciencia , para ganarle á él tambien para vos. Inspirad , Señor Dios mio , inspirad á vuestros siervos y hermanos míos , á vuestros hijos y señores míos , á los quales yo sirvo con la voz y con el corazon y con mis libros , que todos los que esto leyeren , se acuerden en el altar de Mónica vuestra sierva , y de Patricio su marido , por los quales me distes el sér , y me sacastes á esta vida mortal , el cómo no lo sé. Acuérdense con un afecto piadoso de mis padres en esta vida transitoria , y de mis hermanos (de los quales vos sois Padre en la Iglesia católica , nuestra madre) y de mis conterráneos en aquella Jerusalem eterna , á la qual todos peregrinamos por este valle de lágrimas desde la hora en que nacimos hasta
la

la hora en que acabamos. Para que de esta manera, por las oraciones de muchos, y mediante estos mis ruegos y confesiones, alcance mas copiosamente mi madre la postrera cosa que con tanto encarecimiento me pidió.



CONFESIONES

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

LIBRO DECIMO.

CAPÍTULO I.

De la confesion del corazon.

Conózcáos yo , conocedor mío , conózcáos yo , como vos me conoceis. Virtud de mi alma , entrad en ella , y ajustadla á vos , para que vos la tengais y poseais sin mancha y sin ruga. Esta es mi esperanza , y por esto hablo , y en esta esperanza me alegro ,
 quan-

quando santamente me alegro : todas las otras cosas de esta vida , tanto menos se deben llorar , quanto mas se lloran : y tanto mas se deberian llorar , quanto menos las lloramos. Porque vos amais la verdad , y quien la obra , ese alcanza la luz. Yo la quiero obrar en mi corazón : confesándome delante de vos y delante de muchos testigos en esta escritura.

CAPÍTULO II.

Que á Dios todos nuestros secretos son manifestos.

Pero estando tan patente á vuestros ojos el abismo de la conciencia del hombre , ¿ qué cosa puede haber , Señor , oculta en mí , por mas que yo la quisiese encubrir , y no me confesar á vos ? Pues en tal caso no me esconderia yo de vos , sino á vos esconderia de mí. Mas ahora que mi gemido y mi llanto es testigo del descontento que yo tengo de mí mismo , vos resplan-

plandeceis , y me agradais , y sois de mí amado y deseado , para que yo tenga vergüenza de mí mismo , y dexándome á mí , escoja á vos , y no me agrade á mí ni á vos sino por vos. De manera , Señor , que tal qual soy , á vos soy manifiesto , y ya he dicho con qué fruto me confieso á vos. Porque no hago esto con la lengua de carne , y con palabras y voces muertas , sino con las palabras de mi alma , y con un clamor fuerte de mi corazón , que penetra vuestros oídos. Porque quando yo soy malo , no es otra cosa confesarme á vos , sino desagradarme de mí mismo ; y quando soy bueno , no es otra cosa confesarme á vos , sino no atribuirme á mí esta bondad ; porque vos , Señor , que bendecis al justo antes que lo sea , le justificais , y de impio le haceis justo. Y así , Dios mio , mi confesion delante de vos habla , y calla ; calla con el sonido de fuera , y habla con el afecto de dentro. Porque no puedo yo decir á los hombres cosa
bue-

buena, que vos primero no la hayais oido de mí, ni aun vos oirla de mí, si yo primero no la hubiera oido de vos.

CAPÍTULO III.

Para qué aprovecha la confesion de los pecados.

Ques qué tengo yo que ver con los hombres, ó qué provecho me puede venir á mí, que ellos oygan mis confesiones, pues no pueden sanar todas mis dolencias? Curioso por cierto, es el linage de los hombres en querer saber las vidas ajenas, y perezoso en enmendar las suyas. ¿Para qué quieren oir de mí quién soy, los que no quieren oir de vos, Señor, lo que ellos son? Y quando me oyen hablar de mí, ¿cómo saben que digo verdad? Pues no hay hombre que sepa el corazon del hombre, sino el espíritu del mismo hombre, que sabe lo que hay en sí. Pero

si os oyeren hablar á vos de sí mismos, no podrán decir que miente el Señor. Porque ¿qué otra cosa es oír de vos lo que ellos son, sino conocerse? ¿Quién hay que se conozca, y diga, falso es, sino mintiendo: Mas porque la caridad todo lo cree, entre los que allá tiene unidos y trabados, como si fuese un corazón: yo también, Señor, de tal manera me confesaré á vos, que los hombres me oygan; ya que no les pueda probar que digo verdad, á lo menos me crean aquellos á quien la caridad abre los oídos. Pero queria mucho saber, Señor Dios mio y íntimo médico mio, qué fruto puedo yo sacar de estas mis confesiones? Cierto, Señor, que las confesiones de mis pecados pasados (los quales me perdonastes por hacerme bienaventurado, y cubristes con el velo de vuestra misericordia), quando se leen ó se oyen, despiertan el corazón, para que oprimido del sueño de la deses-

pe-

peracion, no diga, no puedo; antes se despierte y vele en el amor de vuestra misericordia y en la dulcedumbre de vuestra gracia, por la qual qualquiera hombre enfermo que conoce su enfermedad y flaqueza, cobra fuerzas y vigor, y se hace robusto; y los buenos se deleytan de oír los males pasados de los que ya carecen de ellos, y no se deleytan porque son males, sino porque lo fueron, y ya no lo son. Pues ¿con qué fruto, Señor Dios mio (al qual mi conciencia cada dia se confiesa, estando mas segura con la esperanza de vuestra misericordia, que con su inocencia), decidme, yo os suplico, con qué fruto delante de vos me confieso á los hombres por esta mi escritura, y descubro lo que soy, y no lo que fui? porque el fruto de confesar lo que he sido, ya yo lo ví, y he hecho de él mencion. Pero lo que yo ahora soy en este tiempo de mis confesiones, muchos de los que me

conocen y de los que no me conocen, lo desean saber, los quales de mí mismo ó de otros han oido hablar de mí; pero sus orejas no estan en mi corazon, adonde yo soy el que soy. Estos tales quieren que yo me confiese, y que diga lo que soy acá dentro de mí, adonde ellos no pueden llegar con la vista ni con el oido, ni con su entendimiento: y estan aparejados para creerme; pero pregunto yo: ¿si me podrán conocer? Mas aquella caridad, mediante la qual ellos son buenos, les persuade que yo no miento en estas mis confesiones, y esta misma caridad es la que en ellos me crece.

CAPTULO IV.

De los grandes provechos que se sacan de la confesion.

Pero qué provecho pueden sacar de esta mi confesion los que la desean oir? ¿Quieren por ventura ale-

grarse conmigo, quando oyeron quanto por vuestra gracia yo me llego á vos, y rogar por mí, quando oyeren quanto tardo en seguiros, por el peso de mi corrupcion? A estos tales de buena gana me descubriré: porque no es pequeño fruto, Señor Dios mio, quando muchos los hacen gracias por los beneficios que de vos habemos recibido, y ú os ruegan por nos. Justo es que el ánimo de mis hermanos ame en mí lo que vos enseñais que se debe amar, y se duela de mí, en lo que vos mandais que se deben doler. Esto haga el ánimo de mis hermanos, no el de los extraños, ni el de los hijos agenos, cuya boca habla vanidades, y cuya diestra es diestra de maldad. El amor, digo, de mis hermanos, que quando se agrada de lo que hago, se goza de mi bien, y quando no se agrada, se entristece de mi mal: y quando me alaba y me vitupera, siempre me ama. A estos tales me

manifestaré, porque respiren en mis bienes, y suspiren en mis males. Los bienes que tengo, Señor, dones vuestros son, y mis males son mis pecados y vuestros juicios. Respiren y alegréense en aquellos, suspiren y entristézcanse en estos; y el canto de alabanza, juntamente con el llanto derretido como incienso en el incensario de los corazones de mis hermanos, suba delante de vuestro divino acatamiento, para que vos, Señor, aplacado con la suavidad de este olor, tengais misericordia de mí por vuestro santo nombre, y conservando lo que habeis comenzado, acabeis lo mucho que me falta. Este es el fruto de mis confesiones, quando yo digo, no lo que fui, sino lo que soy, y no solamente lo confieso delante de vos, con una secreta alegría, acompañada con pavor, y con un secreto dolor; mezclado con esperanza, sino tambien lo pongo en los oídos de los hombres fieles, que son compañeros

de mi gozo , vestidos de la flaqueza de la carne como yo , y ciudadanos y peregrinos conmigo , asi de los que van delante , como de los que nos seguirán , y de los que ahora viven. Estos son vuestros siervos y hermanos míos ; estos son vuestros hijos , y mis señores , á los quales vos me habeis mandado que yo sirva , si quiero vivir con vos , y vivir de vos : y este vuestro mandato no tuviera tanta fuerza , si fuera solo de palabra , y no acompañado con la obra y con el exemplo que nos distes. Esto es lo que yo hago con obras y con palabras debaxo de vuestro amparo , y haríalo con gran peligro , si no fuese estando mi anima debaxo de vuestras alas , y sujeta á vos , que tambien conoceis mi flaqueza. Pequeño soy , pero mi Padre siempre vive , y mi tutor es muy bastante para mí : porque el mismo que me engendró , es tambien mi tutor y defensor , y él mismo es todo mi bien. Y vos , Señor

Todopoderoso sois este que digo , y estais conmigo aun antes que yo estuviese con vos. Pues á estos tales á quien vos me mandais que yo sirva, me manifestaré, y diré, no quien fui, sino quien ahora soy , aunque no soy juez de mí, ni me juzgo yo, y asi me oirán.

CAPÍTULO V.

Como el hombre no se conoce de todo, ni conoce á Dios, sino confusamente.

Vos, Señor, sois el que me juzgais, porque aunque ningun hombre sabe las cosas que estan dentro del hombre, sino el mismo espíritu del hombre, que conoce lo que está dentro de sí, todavia algunas cosas hay en el hombre, que el mismo espíritu del hombre no las entiende; pero vos, Señor, sabeis todo lo que hay en el hombre, porque vos le hicistes, y es obra de vuestras manos. Mas yo aunque delante de vuestro

acatamiento me menosprecio, y confieso que soy tierra y ceniza, no por eso dexo de conocer, que alguna cosa sé de vos, que no sé de mí. Porque dado que en esta vida no os vemos cara á cara, sino por espejo, sombras y figuras, y que todo el tiempo que dura esta mi peregrinacion, no os conozco tan claramente á vos, como á mí; con todo eso sé de vos que sois inviolable, y que ninguna cosa os puede empecer, y no sé de mí á qué tentaciones podré resistir, y de qué tentaciones me dexaré vencer, y toda mi esperanza estriba en saber que vos sois fiel, y que no nos dexáis tentar sobre nuestras fuerzas; antes creciendo la carga de la tentacion, crece el favor de vuestra gracia para que la podamos llevar. Confesaré pues lo que sé, porque lo que sé de mí, lo sé por la luz que vos me dais: y lo que no sé de mí, no lo sé, ni lo sabré, hasta que estas mis tinieblas se deshagan
con

con vuestro rostro mas resplandeciente que el medio dia, y con vuestra luz se serene mi conciencia, y quede cierta, y no dudosa.

CAPÍTULO VI.

Qué cosa sea Dios, y cómo se conoce.

Señor, yo os amo; heristeis mi corazón con vuestra palabra, y yo os amé. El cielo y la tierra, y todas las cosas que en ella hay, por todas partes me dicen y predicán, que yo os ame, y no hay hombre á quien no pregonan esto mismo, para que ninguno se pueda excusar. Pero vos seréis misericordioso con el que lo hubierades sido, y usareis de misericordia con el que la hubierades usado: y si vos no usais de esta misericordia, perdidos somos, y en valde el cielo y la tierra nos predicán vuestras alabanzas. ¿Pero qué es lo que yo amo quando os amo? No hermo-

sura de cuerpo; ni lindeza de tiempo, ni resplandor de luz que deleyta nuestros ojos; no melodía de dulces voces, no olores suavísimos de flores ni de unguentos, ni de especies aromáticas; no maná ni miel, ni cosas sabrosas al gusto, ó deleytables al tacto, ni otra cosa alguna que esté sujeta á nuestros sentidos. No amo estas cosas quando amo á mi Dios, y con todo eso amo una luz y una voz, un olor, un manjar, y un abrazo quando amo á mi Dios: mas una luz, voz, olor y manjar y abrazo de mi hombre interior, adonde resplandece á mi alma lo que el lugar no comprehende, y suena lo que no arrebatara el tiempo, y huele lo que el viento no derrama, y es sabroso lo que no se disminuye por comerse, y lo que está tan pegado, que con la hartura no se puede apartar ni despegar. Esto es lo que amo, quando amo á mi Dios: ¿y qué es esto? pregunté á la tierra; y díxome: No soy

soy tu Dios : y todas las cosas que hay en ella dixeron lo mismo. Pregunté á la mar y á los abismos, y á todos los animales que viven en ellos ; y respondiéronme : No somos tu Dios , búscale sobre nosotros. Pregunté al ayre y á todas las cosas que moran en él, y todas confesaron y dixeron : Anaxímenes, filósofo, se engañó , no somos tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, á la luna y á las estrellas, y tambien me dixeron : No somos el Dios que buscas. Y finalmente pregunté á todas las cosas que estan fuera de mí, y díxeles, que pues ellas no eran mi Dios, me diesen nuevas, y me dixesen algo de él : y todas á grandes voces clamaron y dixeron : *El nos hizo.* Esta pregunta de las criaturas es una profunda consideracion de ellas, y su respuesta es una testificacion que ellas hacen de Dios, con su mismo sér, y con las varias especies que él los dió. Yo torné y entré en mí, y dixé á mí mismo : ¿ Tú quién eres ? y respondióme :

me: Hombre soy, cuerpo y alma tengo; el cuerpo es visible y corporal, el alma es interior y espiritual. ¿Por cuál de estos dos debo yo buscar á mi Dios? Ya yo le habia buscado por el cuerpo, enviando mis mensajeros hasta el cielo por todas las partes que se pueden extender mis ojos; pero mucho mejor es aquella parte interior del alma, que es la que preside, y á quien los embaxadores del cuerpo refieren lo que hallaron, y la que juzga de lo que responden el cielo y la tierra y todas las cosas criadas, quando á boca llena dicen: No somos tu Dios, sino él nos hizo: El hombre interior es el que conoce estas cosas por el ministerio del hombre exterior: yo interiormente las he conocido; yo, y la mejor parte de mí, que es mi alma, mediante los sentidos del cuerpo. Pregunté á esta grande máquina del mundo de mi Dios, y respondióme: No soy yo Dios, sino hechura suya. Pues viendo todos los que tienen
bue-

buenos ojos esta hermosura, ¿cómo no oyen esta voz? Los animales grandes y pequeños la ven, mas no pueden preguntar; porque aunque tengan los sentidos, no tienen la razón para juzgar. Mas los hombres pueden preguntar y percibir las cosas invisibles de Dios por estas cosas visibles que parecen: pero porque se sujetan por el amor á las cosas percederas, estando de ellas cautivos, por eso no pueden juzgar, ni ellas responden á los que solamente preguntan, sino á los que preguntan y juzgan. Y no mudan ellas su voz (que es su especie y hermosura) quando uno se contenta con solo verlas, y otro viéndolas pregunta, aunque al uno parezcan de una manera, y al otro de otra: antes pareciendo de una misma manera al uno y al otro, al uno calla esta voz, y al otro le habla, ó por mejor decir, á todos habla. Pero aquellos solos la entienden, que habiéndola percibido por los sentidos de fuera, la rumian;

interiormente, y la cotejan con la verdad. Esta verdad es la que me dice: No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni cosa corporal: y su misma naturaleza dice y clama esto mismo: Y si lo quieres ver, mira como la grandeza corporal es menor en la parte que en el todo. De la qual verdad se sigue, que tú, alma mía, eres mejor que el cuerpo: porque tú sustentas la grandeza de tu cuerpo, dándole vida, lo qual ningun cuerpo puede hacer, y tu Dios es vida de esta tu alma que da vida.

CAPÍTULO VII.

Que con ninguna fuerza corporal se puede hallar Dios.

D¿ves qué es lo que yo amo, quando amo á mi Dios? ¿quién es este que está sobre la cabeza de mi alma? por la misma alma subiré á él. Levantarme he sobre mí mismo y sobre aquellas potencias con que estoy
asi-

asido al cuerpo , dándole vida y sér, porque no puedo yo con ellas hallar á mi Dios ; pues si le hallase, tambien los animales brutos que no tienen entendimiento , lo hallarian, viyendo sus cuerpos con los mismos sentidos. Otra virtud hay superior, con la qual no solamente yo doy vida á mi carne , sino tambien le doy sentido , y esta virtud fabricó mi Señor, mandando al ojo que no oyga, y á la oreja que no vea , sino al ojo que me sirva para que yo vea , y á la oreja para que yo oyga : y á los demas sentidos los puso en sus propios lugares, y los repartió sus diferentes officios, los quales todos siendo tan diversos, mi ánimo solo los obra por ellos. Sobre esta virtud sensitiva tengo de subir para conocer á Dios , porque esta tambien la tiene el caballo y las otras bestias , pues tambien sienten por el cuerpo.

CAPÍTULO VIII.

La fuerza de la memoria.

En raspasando pues esta mi naturaleza, y subiéndolo como por escalones, á aquel Señor que me hizo, llegué á un campo grande, y á un palacio maravilloso de mi memoria, en el qual estan los tesoros de innumerables imágenes que entraron á ella por las puertas de los sentidos. Aquí está guardado todo lo que pensamos, acrecentando ó disminuyendo, ó de otra qualquier manera variando las cosas que el sentido percibió, y se puso como en depósito en la memoria, si ya no estuviese por el olvido sepultado. De este tesoro de la memoria pido yo que salga lo que quiero, y algunas cosas salen luego; otras es menester buscarlas mas despacio, y sacarlas como de unos escondrijos mas se-

cre-

cretos. Otras salen como en tropel, y buscando y pidiendo otra cosa, saltan en medio, como si dixesen: ¿Somos por ventura nosotras las que buscáis? y yo como con la mano las ojeo y aparto de mi memoria, hasta que de allá de aquellos apartamientos ocultos se descubra lo que busco, y se me ponga delante. Otras cosas hay que fácilmente y con la misma orden que se piden, se representan: y las que preceden, dan lugar á las que se siguen, y se vuelven como á sus casas para tornar otra vez á salir, quando se lo mandaren: lo qual se hace quando se cuenta alguna cosa de memoria. En esta memoria estan guardadas distintamente las cosas que entran cada una por su puerta, como la luz y todos los colores, y la hermosura de los cuerpos por los ojos. Todos los géneros de los sonidos y voces por los oídos, todos los olores por las narices, todos los sabores por el gusto y por el tacto

to (que está derramado por todo el cuerpo): lo que es duro y lo que es blando; lo caliente y lo frío; lo liso y lo áspero; lo pesado y lo ligero, ora sea intrínseco, ora extrínseco al cuerpo. Todas estas cosas recibe la memoria en un grande y espacioso receptáculo, y en ciertos senos suyos secretos é inexplicables, para quando fuere menester presentarlas, volverlas, y entran en este palacio de la memoria por sus propias y diferentes puertas: se guardan en ella, aunque las que entran no son las mismas cosas, sino las imágenes de las cosas sensibles, y estas son las que allí se ofrecen á la memoria, quando de ellas se quisiere acordar. ¿Quién podrá decir cómo estas imágenes y especies se juntan y componen, aunque entienda por qué sentidos entraron, y se guardan allí? Porque aun quando estoy á obscuras y callando, saco de la memoria

ria quando quiero los dolores, y hago diferencia del blanco al negro, y entre los demas: y quando hago esto, y considero lo que entró por los ojos, no me turban, ni me impiden los sonidos, aunque estén allí aparte, y como escondidos en su aposento; porque si yo los pido, tambien ellos salen luego, y callando mi lengua y mi garganta, tanto quanto quiero. Y todas aquellas imágenes de los colores que tambien estan allí, no se entremeten, ni me interrumpen quando trato de aquellas especies, y de otro tesoro que entró por las orejas: y de esta manera me voy acordando como quiero de las demas cosas que entraron por los sentidos, y se guardan en la memoria, y sin oler nada, hago diferencia del olor de los lirios y de las violetas, y sin gustar ni tocar cosa, sino solo acordándome, antepongo la miel al arroyo, y lo que es liso á lo áspero. Todas estas cosas hago dentro de aquel

gran palacio de mi memoria, adonde se me representa el cielo y la tierra, y la mar, con todas las cosas que hay en ellos, y yo he sentido fuera de aquellas que del todo se me hubiesen olvidado. Allí tambien topo conmigo mismo, y me acuerdo de mí, y de lo que hice, quando, y en qué lugar, y con qué disposicion estaba quando lo hice. Allí estan todas las cosas que me acuerdo haber experimentado ó creído. De este mismo tesoro salen las semejanzas de las cosas que ó yo he experimentado, ó por la experiencia he creído que son varias y diversas, y yo las voy cotejando con las pasadas, y sacando de ellas las acciones y sucesos, y esperanzas en lo por venir, y las medito como si estuviesen presentes. Y en este gran seno de mi alma, lleno de imágenes de tantas y tan varias cosas, digo algunas veces: Yo haré esto ó aquello, ó esto ó aquello se seguirá: oxalá fuese esto ó aquellos.

Dios me libre de esto ó de aquello. Esto digo dentro de mí, y quando lo digo, súbito se me representan y salen del tesoro de la memoria las imágenes de estas mismas cosas que digo: porque si no representasen, sin duda yo no las podría decir: Grande es esta fuerza y virtud de la memoria: grande es, Dios mio, grandes espacios tiene, infinita es su capacidad, ¿quién puede llegar al cabo de su profundidad? Esta virtud y potencia es de mi ánimo, y pertenece á mi naturaleza, y yo mismo no alcanzo á entender todo lo que soy; de manera, que el ánimo no cabe en sí mismo, y tiene angosta posada y apenas cabe en ella. ¿Está por ventura él fuera de sí, y no en sí? ¿Pues cómo no cabe? Muy maravillado estoy de esto, y como pasmado. Maravillan- se los hombres de las alturas de los montes, de las furiosas ondas de la mar, de la corriente de los anchos rios, del circuito del océano, del

curso de las estrellas , y dexan á sí mismos , y no se maravillan de sí. Añádese á esto , que quando yo decia estas cosas, no las veía con los ojos, y con todo eso no las pudiera decir, si yo no viera dentro de mi memoria en unos espacios tan grandes como son allá de fuera , los montes y las olas , y los rios y las estrellas que he visto, y el océano que he creído. Y quando yo ví estas cosas , no las sorbí con los ojos, ni por ellos entraron dentro de mí , ni ahora están conmigo ; pero estan las imágenes y especies de ellas , y yo sé lo que en mí está impreso , y por qué sentido del cuerpo han entrado en mí.

CAPÍTULO IX.

De la memoria de la ciencia.

Pero no solo estas cosas se encierran en aquella gran capacidad de mi memoria : mas tambien en ella

están todos aquellos preceptos que tocan á las artes liberales, si no se han olvidado y están como escondidos en un lugar mas interior y secreto donde se guardañ, no las imágenes de las cosas, sino las mismas cosas. Porque yo sé qué cosa sea la gramática y la lógica, y cuántas maneras hay de questões; y lo que de esto sé, de tal manera lo sé y está en mi memoria, que no entró dentro su imagen, y quedó la cosa de fuera, ni sonó, y se pasó como la voz que se oye, y despues de pasada dexa en los oidos un rastro, y una como señal de sí, por la qual nos acordamos de lo que oimos como si sonase, no sonando ya, ó como el olor quando pasa y se deshace en el ayre, y mueve el sentido del olfato, y por él envia á la memoria una imagen de sí, de la qual despues nos acordamos, ó como el manjar, que quando está en el estómago ya no tiene sabor, y en la memoria parece que le tiene,

ó como lo que se toca con la mano, de lo qual; por mas apretado que esté, se acuerda la memoria. Mas todas estas cosas no entran en la memoria, sino solas sus imágenes, las quales con una admirable facilidad y presteza se reciben y se guardan en aquellos repartimientos y como celdas maravillosas de la memoria, y con gran maravilla salen de ellas, y se nos ofrecen quando nos acordamos.

CAPÍTULO X.

Por los sentidos entran las cosas á la memoria.

Pero quando yo oygo decir que hay tres géneros de quëstiones, si es que es, y qual es, tengo en la memoria las imágenes ó especies de los sentidos con que estas palabras se dicen, y pasaron con ruido por las orejas, y sé que ya se acabaron y no son. Mas las cosas que con los sonidos

los se manifiestan , con ningun sentido del cuerpo se pueden percibir, solo mi ánimo las puede ver y guardarlas en la memoria donde estan; no las imágenes de ellas, sino las mismas cosas; las quales por donde hayan entrado en mí ; yo lo declararé si pudiese. Porque discurriendo por todas las puertas que hay en mi cuerpo , no hallo por qual de ellas hayan entrado. Pues los ojos dicen , si tiene color, nosotros dimos nuevas de ellos. Las orejas dicen , si tuvieran sonido , por nuestra puerta entráran. Las narices dicen, si tuvieran olor, por nos pasarán. El sentido del gusto dice , si no hay sabor, no hay que preguntarme. El tacto dice , si no es cosa corpulenta y de tomo , yo no lo toqué , y no tocando, no puedo mostrarlo. ¿Pues de dónde y por dónde entraron estas cosas en mi memoria ? No sé cómo, porque quando las aprendí , no creía al corazon ageno; mas en el mio las reconocí, y las tuve por verdaderas,

y las deposité en mi mismo corazon para que las guardase y me las volviese quando yo se las pidiese. Luego alli estaban antes que yo las aprendiese , aunque no estaban en la memoria. ¿ Pues adónde estaban? ó por qué quando me las dixeron, las conocí , y dixé : asi es , verdad es, sino porque ya estaban en la memoria; pero estaban tan remotas y escondidas , y en unas tan profundas y ocultas como cuevas , que no podia yo pensar en ellas, sino sacándolas de aquella profundidad donde estaban por el aviso y amonestacion de alguno?

CAPÍTULO XI.

Como estan en el ánima las especies de las cosas.

Por lo qual hallamos que aprender estas cosas , cuyas imágenes no entran por los sentidos , sino que
 sin

sin ellas vemos las mismas cosas como son dentro de nosotros, no es otra cosa, sino recoger con el pensamiento, y advertir con la atencion lo que sin órden y confusamente contenia la memoria, y lo que estaba esparcido primero y escondido, y como puesto en olvido, juntarlo con órden y concierto, y ponerlo en la memoria, para que esté pronto quando lo quisiéremos, y fácilmente se nos ofrezca y represente. Muchas cosas semejantes encierra en sí mi memoria inventadas, y (como he dicho) puestas como á la mano, que son las que se dice que habemos aprendido, y sabemos, y estas mismas cosas, si á sus ciertos tiempos no se repiten, y vuelven á tratar, de tal manera se olvidan y se hunden en otros lugares mas profundos y oscuros, que es menester despues volver á ellas como si fuesen nuevas y nunca sabidas, porque no tienen otra region ni estancia sino esta: y otra vez se han
de

de ayuntár en uno , para que se puedan saber , y estando derramadas recogerlas : de donde en latín se tomó el verbo *cogitare* , que es freqüentativo de *cogo* , porque *cogitare* no es otra cosa sino coger , amontonar y ayuntar en uno las cosas que en la memoria estan derramadas , para que despues de vistas podamos hacer juicio de ellas , y lo que de esta manera se recoge en el ánimo , ya por el comun uso de los que hablan latín , propiamente se dice : *cogitare* , que es juntar ó coger pensando.

CAPÍTULO XII.

De la memoria de los matemáticos.

Contiene asimismo la memoria innumerables leyes y razones de números y dimensiones , las quales porque no tienen color ni sonido , ni olor ni sabor , ni se pueden tocar , ni entraron por las puertas de los

los sentidos. Bien oyo yo el sonido de las palabras con que estas cosas se significan quando se disputa de ellas; pero otra cosa es el sonido de estas cosas, otra las mismas cosas. Porque el sonido de las palabras que significan estas cosas, de otra manera suena en griego, y de otra en latin: mas las mismas cosas, ni son griegas, ni latinas, ni de otro género de lengua. Yo he visto algunas líneas muy sutiles de oficiales primos, y tan delicadas como hilos de araña: mas aquellas líneas son otras, y no imágenes de las líneas que entraron en mi memoria por mis ojos. Qualquiera que tiene noticia de ellas, dentro de sí las conoce, aunque por ninguna parte del cuerpo las haya sentido. Tambien sentí los números por todos los sentidos corporales; pero los números con que contamos son otros, y no son imágenes de estos, y por tanto su ser es más verdadero. El que no los ve, y me oye decir esto, reirse ha
de

220 *Confesiones de S. Agustín.*
de mí, y yo tendré lástima del que
de mí se fiere.

CAPÍTULO XIII.

De la memoria de las aficiones.

787

A todas estas cosas tengo en la memoria, y tambien como las aprendí. Muchas cosas he oido disputar falsamente contra estas verdades, las quales tengo en la memoria, y aunque ellas son falsas, no es falso, que yo me acuerdo de ellas, y que he hecho diferencia entre las cosas verdaderas y las falsas que estan en disputa. De esto me acuerdo, y veo que tengo diferente juicio de estas cosas ahora, del que tuve en otro tiempo, habiendo muchas veces pensado en ellas, de suerte, que ahora me acuerdo que muchas veces entendí estas cosas, y lo que ahora conozco y entiendo, lo guardo en la memoria, para acordarme despues que así lo
en-

entendí. Luego ahora me acuerdo de haberme acordado, y si despues me acordáre, que ahora me acordé, por la fuerza de la memoria me acordaré. Las afecciones asimismo de mi alma estan en la memoria, no de la manera que estan en la misma alma quando las padece; pero de otra manera muy diferente, porque no estando alegre, me acuerdo de haberme alegrado: y no estando triste de la tristeza pasada: y estando sin temor, del temor que tuve: y sin codicia haber sido codicioso: y por el contrario, estando alegre, me acuerdo de la tristeza pasada, y estando triste, de la alegría que tuve.

CAPÍTULO XIV.

Como nos acordamos de las cosas alegres estando tristes.

No es maravilla que esto se haga en el cuerpo, quando el hombre se acuer-

acuerda del dolor corporal que tuvo ; pero la maravilla es , que siendo la memoria parte del ánimo , el mismo ánimo esté alegre , quando se acuerda de la tristeza pasada , y la memoria no esté triste con la tristeza que tiene dentro de sí. Porque el ánimo está alegre por la alegría que tiene , y la memoria no está triste por la tristeza que tiene : ni se puede decir , que la memoria no sea parte y potencia del ánimo. Pero lo que se debe entender es , que la memoria es como un estómago del ánimo : y la alegría y la tristeza , como el manjar dulce y amargo ; y quando pasan á la memoria , y baxan al estómago , allí se pueden conservar , mas no pueden tener sabor. Cosa de risa parece pensar que estas cosas son semejantes á aquellas , mas no son del todo desemejantes. Así mismo se debe considerar , que quando digo que hay quatro pasiones en el ánimo , codicia , alegría , temor , tristeza , y las

las partes que cada una de estas pasiones tiene, como se dividen, difi-
nen, todo esto lo hallo en la memo-
ria, y de aquel tesoro lo saco á luz:
y con todo eso quando me acuerdo
de estas pasiones, y acordándome tra-
to de ellas, ninguna de ellas me tur-
ba, y antes que yo tratase y me acor-
dase de ellas, allí estaban, y por eso,
acordándome de ellas, pudieron salir
á luz. Y por ventura asi como el
manjar que rumian las bestias, sube
del estómago á la boca, asi estas co-
sas suben de la memoria, quando nos
acordamos de ellas. ¿Pues porqué el
que se acuerda no siente la dulzura
de la alegría, ni la amargura de la
tristeza? ¿es por ventura lo que ha-
bemos dicho desemejante en esto, pues
no es en todo semejante? ¿quién ha-
bria que por su voluntad nombrase
tristeza ó miedo, si cada vez que lo
nombrase, hubiese de tener tristeza ó
temor? Pero cierto es, que no po-
dríamos decir estas cosas, si no estu-
vie-

viesen en nuestra memoria , no solamente los sonidos de los nombres que imprimieron en los sentidos del cuerpo sus imágenes , sino tambien las noticias de las mismas cosas , que por ninguna puerta del cuerpo entraron. Pero el mismo ánimo las encomendó á la memoria , sintiéndolas por la experiencia de sus pasiones , ó la misma memoria , sin serle encomendadas , las retuvo.

CAPÍTULO XV.

Como nos acordamos de las cosas ausentes.

Pero quién podrá decir , si este conocimiento se hace mediante algunas imágenes , ó sin ellas? Quando yo nombro la piedra y el sol , aunque no estan presentes á mis sentidos , sus imágenes estan presentes en mi memoria. Nombro el dolor del cuerpo , no estando presente el dolor ,
por-

porque quando le nombro, no lo tengo; pero si no estuviese la imágen del dolor en mi memoria, no sabria lo que me decia, ni podria hacer diferencia quando disputo entre el dolor y el deleyte. Nombro la salud del cuerpo estando sano, y entonces la misma cosa está conmigo: mas si la imágen de esta salud no estuviese en mi memoria, en ninguna manera me acordaria de lo que quiere significar el sonido de este nombre, ni los que estan enfermos entenderian qué quiere decir salud, quando lo oyen decir, si no tuviesen en la memoria la especie de ella, aunque la misma salud esté apartada de su cuerpo. Nombro los números con que contamos, y estan en mi memoria; no las imágenes de ellos, sino los mismos números. Nombro la imágen del sol, y esta es mi memoria; porque yo me acuerdo, no de la imágen de su imágen, sino de ella misma, la qual se me representa luego que de ella me

acuerdo. Nombro la memoria , y conozco lo que nombro , y conozco esto en la misma memoria. ¿Está por ventura la memoria presente á sí por su imágen y por sí misma?

CAPÍTULO XVI.

Que tambien hay memoria del olvido.

Mas quando nombro el olvido , y conozco lo que nombro , ¿cómo lo podria conocer si no me acordase, y lo tuviese en la memoria ? No hablo del sonido de esta palabra , sino de la cosa que por la palabra se significa : de lo qual si yo estuviese olvidado , poco me aprovecharia el sonido de la palabra ; pues por él podria conocer la cosa que significa. Luego quando yo me acuerdo de la memoria , la misma memoria es la que se me ofrece y representa : mas quando me acuerdo del olvido , estan presentes la memoria y el olvido;

do ; la memoria con que me acuerdo, y el olvido de que me acuerdo. ¿Y qué es el olvido sino una privacion de la memoria ? ¿Pues cómo está presente este olvido , para que yo me acuerde de él , si estando presente no me puedo acordar de él ? Mas si es verdad que tenemos en la memoria aquello de que nos acordamos , y que si no nos acordásemos del olvido , en ninguna manera podríamos entender la cosa que se significa por este nombre , necesariamente se sigue , que en la memoria está el olvido : luego está presente para que no nos olvidemos , lo que quando está ausente nos hace olvidar. ¿Por ventura de lo que habemos dicho se saca que el olvido (quando de él nos acordamos) no está en la memoria por sí mismo, sino por su imágen ? porque si estuviese presente por sí mismo no sería causa que nos acordásemos, sino que nos olvidásemos de él. ¿Y quién hay que pueda investigar y comprehender

cómo se hace esto en el hombre? yo cierto, Señor, mucha dificultad tengo en esto, y trabajo conmigo mismo por entenderlo, y con mucho sudor y estudio no lo alcanzo, porque no escudriñamos las regiones del cielo, ni medimos la distancia de las estrellas, ni buscamos sobre qué cimientos esté sentada la tierra, ni otras cosas que estan fuera de mí. Yo soy el que me acuerdo, el ánimo es el que lo hace, que es la mejor parte de mí. No es cosa de tanta maravilla, que lo que no soy yo esté lejos de mí; ¿pero qué cosa hay mas conjunta conmigo que yo mismo? Y con todo eso yo no comprehendo la fuerza de mi memoria, la qual si yo no tuviese, no sería el que soy. ¿Pues qué es lo que habemos de decir, siendo cosa cierta para mí, que yo me acuerdo del olvido? ¿Puedo por ventura decir que no está en mi memoria para que no me olvide, aquello de que me acuerdo; ó que el ol-

vi-

vido está en mi memoria , para que no me olvide ? Lo uno y lo otro es disparate. Pues veamos lo tercero: ¿cómo diremos que quando me acuerdo del olvido no está en mi memoria el mismo olvido , sino la imágen de él ? especialmente viendo que quando se imprime la imágen de qualquiera cosa en la memoria , es necesario que antes esté presente la misma cosa , de la qual como con sello se pueda imprimir la imágen. Porque de esta manera me acuerdo de Cartago y de todos los lugares que he visto , y de los rostros de los hombres , y de las demas cosas que entran por los sentidos , y por estar presente la salud , ó el dolor del cuerpo , pudo la memoria recoger sus imágenes , para que yo mirándolas , me acordase del dolor y de la salud , aunque estuviesen ausentes. Luego si el olvido está en la memoria por su imágen , y no por sí mismo , necesariamente hubo de estar el mismo olvido

presente, para que su imagen se imprimiese: y si estaba presente, ¿como pintaba su imagen en la memoria? pues aun lo que está ya pintado el olvido lo borra con su presencia. Pero de qualquiera manera que ello sea, aunque el modo parezca incompreensible é inexplicable; lo que yo sé cierto es, que me acuerdo del olvido, con el qual se suele sepultar aquello de que nos acordamos.

CAPÍTULO XVII.

De tres grados ó maneras de memoria.

Grande es, Dios mio, esta fuerza y virtud de la memoria. Maravillosa y espantosa cosa es ver una infinidad de varias y diversas cosas juntas en el ánimo, que soy yo. ¿Pues qué naturaleza es la mia, ó qué soy yo, Dios mio? Mi vida en mi materia es varia é inmensa á maravilla; porque en los campos y en las
cue-

cuevas y secretos pensamientos de mi memoria , que son innumerables, y llenos de innumerables géneros de innumerables cosas , discurro yo , y vuelo de una parte á otra , y penetro quanto puedo , ora sea por las imágenes que están en la memoria , como lo estan las de todos los cuerpos, ora por la presencia , como lo estan las artes , ora por no sé qué noticias, como estan los afectos del ánimo , de los quales aun quando el ánimo no padece , se acuerda la memoria , pues todo lo que está en ella , está en el mismo. Por todas estas cosas (como he dicho) discurro por la virtud y fuerza de la memoria , y no hallo fin: tanta es la virtud de la vida que vive el hombre , aunque sea mortal. ¿Pues qué haré yo , Dios mio y vida mia verdadera , pasaré y volaré sobre esta potencia de mi ánima , que se llama memoria , pasaré por ella para llegar á vos , que sois lumbre dulcísima , y subiré por mi alma á

P 4 vos,

vos, que estais sobre ella, con deseo de abrazaros de la manera que podéis ser abrazado, y de unirme con vos, por aquella parte que una pobre criatura se puede unir con el Criador? Porque tambien las bestias y las aves tienen su memoria; porque si no la tuviesen, no volverian á sus nidos, y á sus guaridas, ni harian otras cosas que hacen, ni se acostumbrarian á lo que se acostumbran, si no tuviesen memoria. Pues yo pasaré delante de esta memoria para llegar á aquel que me hizo diferente de los animales de la tierra, y mas sabio que las aves que vuelan por el ayre. Pasaré la memoria para hallaros á vos, que sois una suavidad verdadera, buena y segura; ¿y adónde, Señor, os hallaré?

CAPÍTULO XVIII.

De la reminiscencia.

Si yo os hallo fuera de mi memoria, olvidado estoy de vos. ¿Pues cómo os podré hallar si no me acuerdo de vos? Quando la muger perdió la dragma, buscóla con el candil, y si no se acordára de ella, no la pudiera hallar, porque despues de haberla hallado, ¿cómo supiera que era la misma que buscaba si no se acordára de ella? Yo me acuerdo haber perdido muchas cosas, y buscándolas, halládaslas. ¿Esto cómo lo sé? porque quando yo buscaba alguna de ellas, y me preguntaban: ¿es por ventura lo que buscáis esto ó aquello? siempre respondia que no, hasta que me mostraban lo que yo buscaba; y si yo no me acordára de ello (qualquiera cosa que fuese) aunque me lo enseñaran, no lo hallára, porque no lo conociera. Y
de

de esta manera se hace quando buscamos lo que habemos perdido, y lo hallamos. Mas quando alguna cosa que estaba presente y delante de nuestros ojos desaparece, la memoria no la tiene dentro de sí, como ella es, sino la imágen de ella, y se busca hasta que la misma cosa se vuelva á representar á la vista, y quando se halla por la imágen que está dentro, se reconoce que ella es. Y no decimos que habemos hallado lo que se perdió, si no lo conocemos, ni podemos conocerlo, si no nos acordamos: y así lo que se perdió y desapareció de los ojos, en la memoria se conserva.

CAPÍTULO XIX.

Qué cosa sea el acto de la remiscencia.

Pero ¿qué diremos quando la misma memoria pierde alguna parte de lo que tiene allá dentro, como aconte-

tece quando nos olvidamos , y lo buscamos para acordarnos de ello ; porque ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria ? Y si en ella se nos ofrece una cosa por otra , desechámosla hasta que se nos ofrezca lo que buscamos , y entonces decimos : *Esto es*. Lo qual no diriamos , si no lo conociésemos , ni lo conociéramos , si no nos acordásemos. De donde se sigue , que sin duda nos habiamos olvidado de ello ; pero no nos habiamos olvidado del todo , sino de una parte ; y por la otra que nos acordábamos , buscábamos lo que se habia olvidado. Y la misma memoria , sintiendo que no abrazaba dentro de sí todo lo que antes solia abrazar , como menguada y manca , pedia que se volviese lo que le faltaba. Como si viésemos un hombre que conocemos , ó pensásemos de él , y olvidados de su nombre , le buscásemos ; qualquiera otro nombre que se nos ofrezca que no sea el suyo , luego vemos que no dice con aquel hom-

hombre , porque no solíamos pensar de él con aquel nombre , y por esto le desechamos , y no nos sosegamos hasta que hallamos el nombre que buscamos , el qual nos representa la memoria. Y aunque otro nos lo acuerde , de nuestra memoria sale , porque no le recibimos como nombre nuevo , sino acordándonos del antiguo , le aprobamos , y decimos : *Este es* : pero si del todo fuese olvidado y borrado de nuestra memoria , no nos acordariamos , por mas que nos avisasen de ello ; porque no se puede decir que del todo estamos olvidados de lo que nos acordamos que estamos olvidados , y asi no podemos buscar como cosa perdida la que de tal manera está olvidada , que no hay memoria alguna de ella.

CAPÍTULO XX.

Que todos desean la bienaventuranza.

¿De qué manera pues os busco yo á vos , Señor ? porque quando os busco á vos , Dios mio , la vida bienaventurada busco. Búsqueos yo para que viva mi alma , porque asi como mi alma es vida de mi cuerpo , asi vos sois la vida de mi alma. ¿Pues cómo busco yo la vida bienaventurada , lo qual nunca alcanzaré hasta que pueda con razon decir : *Esto me basta* , y lo diga en el lugar donde conviene decirlo ? ¿Pues cómo la busco ? ¿búscola por ventura para acordarme de ella , como si antes me hubiese olvidado , y me acordase de haberme olvidado de ella ? ¿ó por el deseo que tengo de aprender y saber , ora sea lo que nunca supe , ora lo que de tal manera estoy olvidado , que no me acuerdo del olvido ? Todos

238 *Confesiones de S. Agustin.*

dos apetecen la vida bienaventurada, y no hay hombre tan desventurado que no la quiera. ¿Pues de dónde la conocieron, que así la quieren? ¿adónde la vieron para amarla? pero cada uno tiene en cierta manera esta bienaventuranza, aunque otra manera hay mas alta de tenerla, la qual quando el hombre la alcanza, entonces de veras y con afecto se llama bienaventurado. Y otros hay que son bienaventurados con la esperanza, que es con grado inferior de los que con efecto lo son: aunque estos tales son mejores que los que no son bienaventurados, ni con lo que poseen, ni con la esperanza de poseerlo. Mas aun estos que no lo son, es cosa certísima que desean ser bienaventurados, y que no lo desearian, si no tuviesen algun rastro de la bienaventuranza. No sé yo como la conocen, y tienen no sé qué noticia de ella, y esta noticia querria yo saber si está en la memoria; porque si estuviese en ella,

ella , ya en algun tiempo hubiéramos sido bienaventurados. No trato yo ahora , si todos los hombres lo fueron cada uno por sí , ó en solo aquel hombre que fué padre de todos , y fué el primero que pecó , en el qual morimos todos , y del qual todos nacemos miserables. Solamente ahora deseo saber , si la vida bienaventurada está en la memoria , pues no la amaríamos si no la conociésemos. Oimos este nombre bienaventuranza , y todos confesamos que apetecemos lo que quiere decir , porque no nos deleytamos con el sonido de la palabra. Que el griego quando la oye decir en latin no se deleyta , porque no la entiende , y nosotros nos deleytamos porque la entendemos , como se deleytaria el griego si la oyese en su lengua. Porque la cosa que se significa en lo que decimos bienaventuranza ni es griega ni latina: y los griegos y los latinos , y todos los hombres de todas las lenguas sus-
pi-

piran por ella, y la desean alcanzar. Todos tienen noticia de ella: y si fuesen preguntados si desean ser bienaventurados, á una voz, y sin alguna duda respondieran que sí: lo qual no desearian si no tuviesen en la memoria la cosa significada por este nombre.

CAPÍTULO XXI.

Que tambien nos acordamos de las cosas que no tuvimos.

Pero cómo se hace esto? ¿Acordámosnos por ventura de la bienaventuranza de la manera que se acuerda de una ciudad el que la ha visto? No por cierto, porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acordámosnos de ella como nos acordamos de los números? tampoco porque el que los tiene ya sabidos, no desea más alcanzar el arte de ellos: mas la vida bien-

bienaventurada, aunque tenemos noticia de ella, y por eso la amamos, todavia la deseamos alcanzar para ser bienaventurados. ¿Será por ventura como quando nos acordamos de la eloquencia? no, dado caso que oyendo este nombre de eloquencia, muchos de los que no son eloquentes y de los que lo desean ser, se acuerdan de la cosa significada por aquel nombre. De donde se ve, que tienen noticia de ella, la qual alcanzaron por los sentidos del cuerpo; porque viendo á otras personas eloquentes, y holgándose de verlas, desean ser como ellas, aunque no se deleytáran sin aquel exterior conocimiento y noticia que tuvieron de ellas, y no deleytándose, no deseáran serlo. Pero la vida bienaventurada, con ningun sentido del cuerpo se experimenta en los otros. ¿Por ventura será como quando nos acordamos del gozo? Esto podria ser; porque asi como estando triste, me acuerdo de mi gozo pasado, asi sien-

do miserable, me acuerdo de la bienaventuranza, y con ningun sentido de mi cuerpo jamas ví mi gozo, ni le oí, ni le olí, ni le gusté, ni le toqué, sino con solo mi ánimo le percibí estando alegre. Y la noticia de este gozo se pegó á mi memoria, porque yo me pueda acordar de él, unas veces con aborrecimiento, y otras con deseo, segun la diversidad de las cosas que me causaron aquel gozo. Porque algunas veces de las cosas feas me gocé, y acordándome ahora de ellas, lo lloro y abomino: otras veces me gocé de las buenas y honestas, y me acuerdo de ellas con deseo, y aunque no esten presentes, y así estando triste, me acuerdo de mi gozo pasado. ¿Pues dónde ó cuándo he tenido yo experiencia de mi vida bienaventurada, para poderme acordar de ella, y amarla y desearla? Y no soy yo solo, ó pocos conmigo, los que desean ser bienaventurados; pero todos lo desean sin faltar ninguno, y si no lo conociése-

mos con una cierta noticia, no lo queríamos con tan cierta voluntad. ¿ Pero cómo es esto? Porque si se preguntase á dos hombres: ¿ si quieren ir á la guerra? puede ser que el uno de ellos responda que sí, y el otro que no: y si se les preguntase: ¿ si quieren ser bienaventurados? luego responderian ambos sin ninguna duda, que sí. Y para serlo, el uno quiere ir á la guerra, y el otro no. Y la causa por ventura de esto, es porque el uno pone su gozo en una cosa, y el otro en otra. Mas todos conciertan en querer ser bienaventurados, de la manera que concertarian, si se les preguntase si quieren estar gozosos y contentos. Y este gozo y contento es el que ellos llaman vida bienaventurada; el qual gozo, aunque unos por un camino y otros por otro le alcancen, un mismo fin es, y un mismo blanco á donde aspiran y desean llegar los que desean tener gozo; lo qual por ser cosa que ninguno puede decir que no ha expe-

rimentado, quando oye el nombre de la bienaventuranza, la viene á conocer, hallándola en su memoria.

CAPÍTULO XXII.

Del verdadero gozo.

Nunca, Señor, vos permitáis que este vuestro siervo piense que es bienaventurado, por gozar de qualquier gozo ó placer; porque hay un gozo que no se da á los impios y malos, sino solamente á los que de grado os sirven, cuyo gozo vos mismo sois. Y la vida bienaventurada no es otra cosa, ni puede serlo, sino gozarse en vos, de vos y por vos. Mas los que piensan que es otra cosa, buscan otro gozo, el qual aunque es falso y engañoso, con la voluntad no se apartan y desvian de cierta imagen y sombra del gozo verdadero.

CAPÍTULO XXIII.

*Qué cosa sea la bienaventuranza, y
dónde se halla.*

De esto se sigue, que no todos desean ser bienaventurados, pues los que no quieren gozar de vos (en lo qual solo consiste la bienaventuranza), sin duda no quieren la bienaventuranza. ¿Por ventura desean todos esto? Sí desean; pero como la carne pelea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, de manera que no hacen lo que quieren, caen en lo que pueden, y con ello se contentan. Porque aquello que no pueden, no lo quieren con tanta eficacia como es menester, para que puedan y tengan salud. Porque, pregunto yo á todos los hombres: ¿si querrian mas gozarse de la verdad, que de la falsedad? Sin duda que todos me responderán, que mas de la verdad: como

tambien dirian, que querrian ser bienaventurados. Pues la vida bienaventurada no es otra cosa, sino gozo de la verdad: y este gozo, Dios mio, luz mia, y salud de mi alma, está en vos, y es de vos, que sois la verdad. Esta vida bienaventurada todos la querrian: esta vida, que sola es bienaventurada, todos la apetecen, y todos buscan gozo de la verdad. Muchos he hallado que querrian engañar, y ninguno que quiera ser engañado: ¿Pues dónde conocieron esta vida bienaventurada, sino donde conocieron la verdad? Porque aman la misma verdad, no queriendo ser engañados, y quando aman la vida bienaventurada (que no es otra cosa, sino gozo de la verdad), tambien aman la misma verdad, la qual no amarian, si no tuviesen alguna noticia de ella en su memoria: ¿pues porqué no se huelgan de ella? ¿Porqué no son bienaventurados? Porque se ocupan con mas fuerza y ansia en otras cosas, que los hacen mas mi-

serables, que aquella flaca memoria y deseo débil los puede hacer bienaventurados. Tienen aun poca luz los hombres; anden, anden, porque no les tome la noche. Mas si se ama la vida bienaventurada, que no es sino gozo (como diximos) de la verdad, ¿porqué la verdad engendra ódio, y se tiene por enemigo (Señor Dios mio) el siervo vuestro, que predica la verdad? sino porque de tal manera se ama la verdad, que qualquiera que ama otra cosa que no sea ella, quiere que lo que ama sea verdad: y porque no quiere ser engañado, no quiere ser convencido de su engaño: y de aqui es, que la misma cosa que tienen y aman por verdad, les es motivo para que aborrezcan la verdad. Aman la verdad quando resplandece, aborrecenla quando reprehende. Porque como no quieren ser engañados, y quieren engañar, ámanla quando ella se les descubre y manifiesta, y aborrecenla quando á ellos mismos los mani-

fiesta y descubre, diciéndoles lo que son. Y así la paga será, que los que no quisieren ser manifestados de ella, ella los manifestará, aunque no quierán quedándose ella encubierta y sin manifestarse á los ojos de ellos. Así, así el hombre miserable, así el ciego y enfermo, así el deshonesto y descompuesto, quiere esconderse, y no quiere que ninguna cosa se le esconda. Pero sucede al contrario, que él no se puede esconder de la verdad, y la verdad para él está escondida. Y en con todo eso, así miserable como es, mas se huelga con las cosas verdaderas, que con las falsas. Bienaventurado será el tal, si libre de toda molestia se alegrare de laquella sola verdad, por la que todas las otras cosas son verdaderas.

CAPÍTULO XXV.

En qué parte de la memoria está Dios.

¿**M**as en qué parte de mi memoria estais vos, Señor? ¿en qué lugar de ella morais? ¿qué tálamo ó qué santuario habeis fabricado en ella para vos? Vos os habeis dignado de ennoblecér mi memoria estando en ella; pero querria saber en qué parte estais, porque yo he subido sobre todos los grados de memoria que tienen los animales, acordándome que no os hallaba entre las imágenes de las cosas corporales. Pasé mas adelante, y vine á aquella parte de la memoria, adonde se suelen depositar los afectos del ánimo, y tampoco alli os hallé. Penetré hasta la silla y asiento del mismo ánimo, que está en mi memoria (porque tambien el ánimo se acuerda de si), y no estábades alli; porque así como no sois imagen corporal, ni pasion hu-

humana, como es alegría, tristeza, deseo, temor, memoria, olvido, ó cosa semejante, tampoco sois vos mi ánimo, sino Señor y Dios de mi ánimo. Y todas estas cosas se mudan, y vos sois inmutable, y permanecéis sobre todas ellas. Y con todo eso os habeis dignado habitar en mi memoria desde que os conocí. ¿Y porqué busco en qué lugar de ella morais, como si en ella hubiese lugares? Pero cierto que vos morais en ella, porque yo me acuerdo de vos desde que os conozco, y en ella os hallo quando me acuerdo de vos.

CAPÍTULO XXVI.

Adónde se halla Dios.

Tues adónde os hallé yo para conoceros, siendo verdad, que antes que yo os conociese, aun no estábades en mi memoria? ¿dónde os hallé para conoceros sino en vos mismo que estais

rais sobre mí? Entre vos y nos no hay distancia de lugares, y no por eso dexamos de allegarnos á vos, y de apartarnos de vos. En todos los lugares presidis como verdad eterna, para responder á todos los que os consultan y se aconsejan con vos, y juntamente respondeis á todos, aunque os pregunten diversas cosas. A todos respondeis claramente, mas no todos oyen claramente. Consultan y preguntan todos los que quieren; mas no oyen siempre lo que quieren. Aquel cierto es buen discípulo vuestro, que no desea tanto oír de vos lo que él quiere, como querer lo que de vos oyere.

CAPÍTULO XXVII.

Como Dios lleva tras sí al hombre.

Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. Vos estábades dentro, y yo fuera, y en las

cosas exteriores os buscaba, y estando mi alma fea, se iba tras estas cosas visibles y hermosas que vos hicistes. Vos estábades conmigo, y yo no estaba con vos, y las mismas cosas me tenían apretado y lejos de vos, que no tendrían ser, si no estuviesen en vos. Llamáste me, díste me voces, y rompistes mis orejas sordas, enviastes sobre mí vuestro relámpago y vuestra luz, y alumbráste mi ceguedad, deramastes vuestra fragancia y suave olor, y respiré y anhelé por vos. Gusté, y tengo hambre y sed, tocastes me, y abrasé me con un vivo deseo de vuestra paz.

CAPÍTULO XXVIII.

De la miseria de esta vida.

Señor, quando yo me abrazare con vos del todo, no tendré ni dolor, ni fatiga. Entonces mi vida será verdaderamente viva, porque estará llena

de

de vos. Mas ahora porque vos haceis ligero al que está lleno de vos, no lo estando yo, necesariamente tengo de ser á mí mismo pesado y cargoso. Pelean mis contentos, dignos de ser llorados, con las tristezas, dignas de alegría, y no sé de qué parte esté la victoria. ¡Ay de mí, Señor, habed misericordia de mí! Mis malas tristezas traen contienda con las buenas alegrías, y no sé quién vencerá. ¡Ay de mí, Señor, habed misericordia de mí! ¡Ay de mí! He aquí, Señor, mis llagas, no las escondo: vos sois Médico, y yo enfermo: vos misericordioso, y yo miserable: ¿y cómo no es tentacion la vida del hombre sobre la tierra? ¿quién hay que quiera sufrir molestias y dificultades? Vos mandais que se sufran; pero no mandais que se amen. No hay quien ame lo que sufre, aunque ame el sufrirlo; porque aunque se huelga de sufrirlo, mas querria que no hubiese que sufrir. En las cosas adversas deseo las prósperas,

y en las prósperas temo las adversas; ¿Qué medio puede haber entre estos dos extremos, donde la vida humana no tenga sus tentaciones y combates? ¡Ay de las prosperidades de este siglo, una y dos veces, por el temor de la adversidad, y por el daño que hace la alegría! ¡Ay de las adversidades del siglo, una y dos y tres veces por el deseo de la prosperidad, y porque la misma adversidad es áspera y dura, y por el peligro de no cansarnos, y perder la paciencia con ello! Y siendo esto así, bien se echa de ver que la vida del hombre sobre la tierra es una cruda y perpetua tentación sin intervalo de tiempo.

CAPÍTULO XXIX.

Que la esperanza se ha de poner en Dios.

Y

Toda mi esperanza, Señor, estriba en vuestra sola y grandísima misericor-

CAPÍTULO XXX.

De los engaños de los sueños.

Mandáisme que sea continente de la concupiscencia de la carne, y de la concupiscencia de los ojos, y de la ambicion del siglo; mandastes lo mismo del ayuntamiento carnal, y habiendo concedido el matrimonio, aconsejastes como cosa mejor la castidad; y porque vos me la distes, yo la alcancé aun antes que fuese dispensador de vuestro sacramento. Pero todavia viven en mi memoria (de la qual he hablado tanto) las imágenes de las cosas torpes, que con la mala costumbre hicieron asiento en ella, y quando estoy despierto se me ofrecen, aunque flacas y sin fuerza: mas entre sueños no solamente llegan al deleyte, pero aun hasta una semejanza de consentimiento y obra. Y puede tanto aque-

lla ilusion y engaño en mi alma y en mi carne, que estando dormido, me persuade aquella falsa vision con su imágen lo que las mismas cosas que ella representa quando estoy despierto no me pueden persuadir. Por ventura, Señor Dios mio, ¿no soy yo el mismo quando duermo y quando estoy despierto? ¿Pues cómo hay tanta diferencia entre mí y mí, y entre dos momentos, en que ó comienzo á dormir, ó despierto del sueño? ¿Dónde está entonces la razon que despierta resiste, y contra estas sugestiones está fuerte, aunque las mismas cosas se le representen y pongan delante? ¿Ciérrase por ventura esa razon con los ojos, ó duerme con los sentidos del cuerpo? Si esto es así, ¿cómo otras veces resistimos en los sueños y estando firmes, y permaneciendo en nuestro casto propósito, no consentimos á semejantes blanduras? Pero quando sucede lo contrario, estando ya despiertos exâminamos
nues-

nuestra conciencia, y hallándola sosegada y quieta, entendemos que no hicimos nosotros lo que nos pesa haberse hecho en cierta manera en nosotros. ¿Y cómo Dios mio todopoderoso, no es vuestra mano poderosa para sanar todas las enfermedades de mi ánima, y con la abundancia de vuestra gracia apagar todos los movimientos lascivos que yo padezco entre sueños? Vos, Señor, acrecentareis en mí vuestros dones, para que mi alma me siga para vos; y para que siendo libre de la liga del apetito sensual, no sea rebelde á sí; y para que aun en los sueños, movida de las imaginaciones bestiales, no solamente no cayga en semejantes torpezas y corrupcion, pero ni las consienta. Porque no es cosa dificultosa para vos, que todo lo podeis, y nos dais aun mas de lo que pedimos y entendemos, que no solo en esta vida, pero en esta edad que tengo, no quede en mí ni una sola inclinacion

160 *Confesiones de S. Agustin.*

tan débil , quanto lo es la que se puede reprimir por una honesta voluntad del que duerme. Pero lo que aun yo soy en este género de mal , helo confesado ahora á mi buen Señor, alegrándome con temor por lo que me habeis dado, y llorando por lo que aun me falta, y esperando que dareis perfeccion á lo que habeis comenzado, y acabareis vuestras misericordias, dándome verdadera y cumplida paz; la qual alcanzarán todas mis potencias interiores y exteriores, quando la muerte quedará de tal manera vencida , que no quede rastro de ella.

CAPÍTULO XXXI.

De la tentacion de la gula.

Otra malicia tiene el dia ; y plegue á Dios que le baste. Porque cada dia reparamos con la comida y la bebida lo que se va gastando

do de nuestro cuerpo; y es necesario que lo hagamos mientras que vos, Señor, no destruíis el manjar y el vientre. Lo qual hareis quando matareis mi hambre y necesidad, con una maravillosa hartura, y vestireis este mi cuerpo corruptible con una sempiterna incorrupcion. Entretanto esta necesidad es suave para mí, y temiendo ser preso de ella, peleo contra ella, y le hago guerra, ayunando y sujetando mi cuerpo, y mis mismos dolores los desecho con deleyte: porque la hambre y la sed dolores son que queman y matan como la calentura, si no se curan y socorren con la medicina del mantenimiento. La qual porque luego nos socorre con el regalo de vuestros dones, y el cielo y la tierra y el agua sirven á nuestra flaqueza, llamamos deleyte y regalo lo que es miseria y desventura. Y vos me habeis enseñado, que de la misma manera que tomaria la medicina, tome el manjar. Pero que-

riendo pasar de la molestia y fatiga que me causa la hambre , al descanso y contentamiento que da la hartura , en el mismo paso hallo armado el lazo de mi apetito : porque el mismo paso es deleyte y gusto , y' no hay otro paso por donde pasar , sino por donde nos fuerza la necesidad. Y siendo la causa del comer y beber la salud , acompañaese con ella , como criado , un peligroso deleyte , y las mas veces quiere ir delante , y que se haga por él lo que yo quiero ó digo que quiero hacer por mi salud. Y no es la misma tasa y medida la de la salud y la del deleyte : porque lo que basta para la salud , es poco para el deleyte. Y muchas veces no sabemos si el cuidado necesario del cuerpo pide lo que se le da , ó si el engañoso y deleytoso gusto se entrega en lo que no ha menester. Estando en esta duda la misera alma , se alegra y se huelga de no saber lo que le basta para conservar la salud:

pareciéndole que tiene legítima excusa de su exceso, y que so color de la salud, se puede encubrir su deleyte. A estas tentaciones cada día procuro resistir, é invoco vuestra diestra, para que me dé salud, y presento ante vos mis dudas y congojas, porque no sé en esto hasta ahora tomar consejo. Oygo la voz de mi Dios, que me manda y dice: No se carguen vuestros corazones con la glotonería y embriaguez. Lejos está de mí la embriaguez, y ella no se allegará á mi por vuestra misericordia. Pero la demasia en el comer, algunas veces engañosamente se ingiere; mas vos me librareis, y la apartareis de mí, porque ninguno puede ser continente, si vos no le dais la continencia. Muchas cosas nos otorgais, porque os las rogamos, y todo el bien que recibimos antes que oremos, de vos lo recibimos; y conocer esto tambien es don vuestro: yo nunca me embriagué, y he conocido al-

unos que siendo dados al vino , vos los hicisteis templados : luego vuestra gracia fué causa que no fuesen des-templados los que nunca lo fueron: y que no lo fuesen siempre los que algun tiempo lo fueron ; y que los unos y los otros entendiesen quién era el autor de su bien. Oí otra voz vuestra , que dice : No sigas tus concupiscencias , apártate de tu deleyte. Oí otra por vuestro dón , que me alegró mucho , y dice : No por comer mucho tendrémos abundancia , ni nos faltará , si dexáremos de comer. Que es tanto como si dixera : Ni lo uno me hará rico , ni lo otro pobre. Otra oí : Yo aprendí á contentarme con lo que tengo , y sé usar de la abundancia , y sufrir la pobreza ; todo lo puedo en aquel Señor que me conforta. El que dice esto es S. Pablo , soldado de los exércitos celestiales , y no polvo como nosotros : (pero acordaos , Señor , que somos polvo , y que de polvo hicisteis al hombre , y que ha-

habiendo perecido vos le hallastes) y mas, que el que esto dixo no estribaba en sus fuerzas, porque tambien era polvo, y yo me aficioné mucho á él, quando oí las razones que decia, inspirado por vos. Todas las cosas puedo (dice) en aquel que me conforta; pues confortadme, Señor, para que yo todo lo pueda en vos: dadme lo que me mandais, y mandadme lo que quisiéredes. Este glorioso Apóstol confiesa haber recibido sus dones de vos, y quando se gloria, se gloria en vos. A otro oí, que rogaba á Dios, que le diese lo que le pedia, diciendo: Quitad, Señor, de mí los apetitos de mi carne. De donde se ve, Dios mio, que quando vos mandais que se haga una cosa, vos mismo dais lo que mandais, y gracia para que se haga. Habeisme enseñado, Padre santo, que á los limpios todas las cosas son limpias, pero que es malo comer con escándalo del próximo; y que toda criatura vuestra es buena, y que

nin-

266 *Confesiones de S. Agustín.*

ninguno se debe desechar , si se toma con hacimiento de gracias ; y que el manjar no nos hace dignos de alabanza delante de Dios , y que ninguno nos juzgue en el comer ó en el beber , y que el que come no desprecie al que no come , y el que no come no juzgue al que come. Estas cosas he aprendido , y por ellas os hago gracias y ofrezco sacrificio de alabanza á vos , Dios mio y maestro mio , que así habeis abierto mis oídos , y alumbrado mi corazón , libradme, Señor , de toda tentacion , porque yo no temo la inmundicia del manjar que como , sino la culpa de mi apetito. Bien sé que vos permitistes á Noë , que comiese de todo género de carne comestible ; y que Elías comia carne ; y que el gran Bautista, varon de admirable penitencia no se ensució con el manjar de los animales que llaman langostas. Y sé que Esaú fué engañado por el demasiado apetito de una escudilla de lentejas;

y que David se reprehendió por el deseo que tuvo de beber un jarro de agua, y que nuestro Rey y Señor fué tentado no de carne; sino de pan; y el pueblo en el desierto mereció ser desechado y reprehendido; no por haber deseado carne, sino porque con el deseo de ella habia murmurado contra el Señor. Pues hallándome yo en estas tentaciones cada dia, peleo contra este apetito del comer y beber, porque esta no es cosa que yo pueda cortar del todo de una vez, determinándome de nunca mas volver á ella, como pude hacer en el ayuntamiento y deleyte carnal, el qual de una vez pude cortar, determinándome con firmeza de ser casto. Pero en el comer y beber es menester siempre tener la rienda en la mano, para tirarla ó afloxarla, segun que lo pide la necesidad. ¿Y quién hay, Señor, que alguna vez no salga de raya y de los límites de esta ne-
ce-

cesidad? Quien quiera que es tal, por cierto es gran varon, y debe magnificar vuestro nombre. Yo no lo soy, porque soy hombre pecador, mas yo tambien magnifico vuestro nombre, y sé que intercede por mis pecados aquel bendito Hijo vuestro y Señor mio, que venció el siglo, contándome entre los miembros enfermos de su cuerpo. Porque vuestros ojos vieron mi imperfeccion, y todos serán escritos en vuestro libro.

CAPÍTULO XXXII.

Que no hay cosa segura en esta vida.

Del regalo de los olores no tengo mucho cuidado: quando no los tengo, no los busco, quando los tengo, no los deseño, pero estoy aparejado para carecer siempre de ellos: esto es lo que me parece, por ventura me engaño. Porque entre los otros
ma-

males , tambien es para llorar el ver las tinieblas é ignorancia que tenemos de nuestras cosas, y que nuestra misma alma no se acaba de entender; y queriendo exáminarse y conocer sus fuerzas , no puede fácilmente creerse , ni fiarse de sí. Porque muchas veces está encubierto lo que tiene dentro y no lo conoce, hasta que la misma experiencia se lo haga conocer. Y ninguno se debe tener por seguro en esta vida, la qual toda se llama tentacion; pues así como el hombre pudo hacerse de peor mejor , puede hacerse de mejor peor. Toda y sola nuestra esperanza, toda nuestra confianza es , Señor, vuestra misericordia , fundada en vuestra firme y estable promesa.

C A P Í T U L O XXXIII.

Del deleyte de los oidos.

El deleyte del oido me habia enlazado mas fuertemente y rendido,
mas

270 *Confesiones de S. Agustin.*

mas vos me habeis desatado y librado. Ahora quando se cantan con suave y artificiosa voz vuestras palabras santas (que son la vida , y como el alma de las voces en que van envueltas) yo confieso que algun tanto descanso, no de manera que peque mi espiritu , mas que se pueda levantar quando quisiere. Verdad es que quando estas voces, acompañadas con las sentencias (que como dixé) les dan vida , vienen á mi , y buscan en mi corazon algun honrado lugar, apenas se le doy conveniente. Porque algunas veces me parece que aquellas santas palabras mueven mas nuestros corazones , y los encienden en el amor divino, quando se cantan con aquella suavidad , que quando se cantan sin ella, y que todos nuestros afectos tienen sus propios modos y correspondencias con la voz y con el canto , con cuya no sé qué oculta propiedad se mueven y despiertan. De donde se
ve,

ve , que doy mas honra al sonido de las voces de lo que deberia. Pero el deleyte de mi carne , á la qual no se debe entregar el alma , para que la debilite y enflaquezca , muchas veces me engaña , quando el sentido no sigue la razon , contentándose con el postrer lugar , antes siendo admitido por causa de ella , procura ir adelante como guia : y así peco en estas cosas sin sentirlo , aunque despues lo conozco. Otras veces , por guardarme demasiadamente de este engaño , paso al otro extremo , y yerro con gran severidad ; y algunas veces tanto , que querria quitar de mis oídos y aun de toda la Iglesia la melodía y suavidad de la música , con que cotidianamente se cantan en ella los psalmos de David ; y me parece mas seguro lo que muchas veces he oído decir de Atanasio Obispo de Alexandría , el qual mandaba cantar los psalmos con tan baxa voz , que mas parecia que se leían , que no que

272 *Confesiones de S. Agustín.*

se cantaban. Pero quando me acuerdo de aquellas lágrimas que yo derramé oyendo los cánticos de vuestra Iglesia en el principio de mi fé, y que aun ahora me muevo, no con el canto, sino con las cosas que se cantan con llana, suave y conveniente voz, entiendo que es muy provechosa esta costumbre de la santa Iglesia. Y ando como entre dos aguas, temiendo por una parte el peligro del deleyte, y experimentando por otra el provecho saludable del canto: y mas me inclino (aunque no doy definitiva sentencia) á aprobar la costumbre de cantar en la Iglesia, para que el ánimo flaco y enfermo con el deleyte de la musica se levante á Dios, y crezca en su amor. Aunque quando siento moverme mas con el canto, que con las cosas que se cantan, confieso que peço, y entonces mas que querria no oír cantar. En este estado estoy. Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de
vues-

vuestros corazones (de donde proceden las obras) haceis alguna cosa buena , que los que no la haceis , no os movereis por lo que digo. Y vos, Señor Dios mio , oidme , miradme y vedme , y apiadaos de mí , y sanadme , en cuyos ojos yo he puesto mis congojosas dudás , y las peleas que tengo dentro de mí mismo : y esta es mi flaqueza y enfermedad.

CAPÍTULO XXXIV.

Del deleyte de los ojos.

Resta el deleyte de los ojos de mi carne , del qual quiero confesarme , para que vos , Señor , desde ese vuestro santo templo oygais mis confesiones , y tambien las oygan las piadosas orejas de mis hermanos : y para que concluyamos , las tentaciones de la concupiscencia de mi carne , las quales todavia me combaten , llorando yo mi destierro , y de-

seando esta morada del cielo , á la qual suspiro. Los ojos desean ver hermosas y varias figuras , lindos y lustrosos colores. No posean estas cosas mi alma , poséala el Señor que las hizo á ellas ; porque aunque son muy buenas, no son ellas , sino él, mi bien. Todos los días quando estoy velando , me tientan estas cosas sin intermision , y no me dexan reposar, como hacen las voces quando callan, y yo estoy en silencio. La misma luz , que es la reyna de los colores, y que hace visible todo esto que vemos , de dia me viene á engañar, sin yo sentirlo , ni estar atento á sus engaños. Entra tan sutilmente , y con tanta vehemencia , que si de repente faltase , con deseo se buscaria ; y si mucho tiempo se nos negase , nos afligiria. ¡O luz , la qual veía Tobías, quando cerrados los ojos enseñaba á su hijo el camino de la verdad, y yendo él delante con el pie de la caridad, no le erraba. O la que veía Isaac in-

eriormente , quando cargados y cerrados los ojos de la carne , por sus muchos años , no conociendo los hijos que bendecia , bendiciéndolos , los mereció conocer. O la que vió Jacob , quando asimismo estando ciego por la vejez , vió con el corazón esclarecido lo que habia de suceder á sus hijos ; y puso las manos trocadas místicamente sobre sus nietos , hijos de Joseph , no como su padre de ellos las ponía por defuera , sino como interiormente él juzgaba que se habian de poner. Esta es la luz , una es , y no hay otra , y una cosa son todos los que la aman. Pero esta luz corporal , de la qual yo hablaba con una blanda dulcedumbre de sabor , á esta vida del mundo , con la qual se engañan los que ciegamente la aman. Pero aquellos que por ella os saben loar , ó Dios , Criador de todas las cosas , usan de ellas alabandoos , y no se ciegan con ella , oprimidos de su sueño. Tal deseo yo ser , resisto

276 *Confesiones de S. Agustín.*

á los engaños de los ojos , para que mis pies no resvalen en este vuestro camino que yo ando , y levanto á vos los ojos invisibles de mi alma para que vos libreis del lazo mis pies. Vos los desenlazais , porque ellos se enlazan : vos no cesais de librar mis pies, mas yo muchas veces caygo en la celada que me tienen armada por todas partes : porque vos , Señor , que sois la guarda de Israel , no dormís, ni dormireis. ¿ Quán innumerables cosas añadieron los hombres á los deleytes de los ojos con varias artes é invenciones de ropas de varias hechuras , calzados , vasos de mil maneras , pinturas y artificios , pasando el uso necesario y moderado , y sacando las cosas de sus juicios ? Siguen de fuera lo que hacen , y dexan lo de dentro aquel que los hizo , y destruyen lo que él en ellos hizo. Pero yo , Señor Dios mio y hermosura mia , tambien por esto os alabo , y ofrezco sacrificio de alabanza á vos,

santificador mio, porque todas las cosas hermosas que se hacen por el ingenio del hombre, y artificio de sus manos, se derivan de aquella hermosura que es sobre las almas, á la qual mi alma de dia y de noche suspira. Todos los que obran y siguen las hermosuras exteriores, toman la traza y modelo de esta hermosura, pero no toman el modo con que deben usar de ellas. En las mismas cosas está este modo, mas no le ven para asirse de él, y no divertirse y alejarse de él, y derramar su fortaleza y vigor, no en vos, sino en sus cansados deleytes y cansancios deleytosos. Yo mismo que digo esto, y que lo conozco, tambien me enredo, y pongo el pie en estas cosas hermosas; pero vos, Señor, le sacáis de ella, y sacáisle, porque vuestra misericordia está delante de mis ojos, que yo de mi parte miserablemente caygo, y vos misericordiosamente me levantais: unas veces habiendo caído sin sentir-

lo, y otras hallándome atollado con dolor.

CAPÍTULO XXXIX.

De la curiosidad del saber.

A estas tentaciones se añade otra de muchas maneras mas peligrosas porque demas de aquella concupiscencia de la carne, que se percibe en el deleyte de los sentidos, al qual los que se dan como esclavos, perecen, y se alejan de vos; hay en el alma por medio de los mismos sentidos del cuerpo, un cierto, vano y curioso apetito vestido con nombre de conocer y saber, el qual no consiste en el deleyte de la carne, sino en hacer por la carne experiencia de las cosas. Este apetito se llama en las sagradas letras concupiscencia de los ojos, porque está en aquel apetito y potencia con que conocemos las cosas; y entre los sentidos del cuerpo con que las conocemos; los ojos tienen el pri-

mero y mas excelente lugar. Porque el ver es propio de los ojos , y usamos de esta palabra en los demas sentidos quando nos servimos de ellos para conocer. Y asi no solamente decimos: Mirad como luce (que pertenece solamente á los ojos) sino tambien mirad cómo suena , mirad cómo huele, mirad cómo sabe , mirad qué duro es ; lo qual no se dice de los demas sentidos. Y por esto esta general experiencia de los sentidos se llama (como habemos dicho) concupiscencia de los ojos , porque los otros sentidos , entre los quales el mas principal es el de la vista , usurpan en cierta manera el oficio y nombre de ver quando quieren conocer alguna cosa. De esto se conoce muy claramente la diferencia que hay entre el deleyte, y la curiosidad que se percibe por los sentidos. Porque el deleyte pide cosas hermosas, sonóras, suaves , sabrosas y blandas ; y la curiosidad busca aun lo contrario de éstas , no porque

desea recibir molestia, sino por el apetito desordenado de experimentar y conocer cosas nuevas. Porque ¿qué deleyte hay en ver un cuerpo muerto despedazado, cosa que causa horror y espanto? y con todo esto si está en el suelo, concurren los hombres á verle, aunque se entristezcan de verle, y muden la color. Temen de ver esto entre sueños, como si alguno los forzase á verlo estando despiertos, ó se hubiesen movido á verlo, por haber cido que era alguna cosa hermosa. Y esto mismo podriamos decir de los otros sentidos, pero sería cosa larga. De esta enfermedad de la curiosidad nacen los embaiamientos que se hacen en los juegos de manos: De aqui nace el querer saber los secretos de naturaleza, que ella obra sin nosotros: y aunque el saberlos no aprovecha nada, ninguna cosa desean mas los hombres que saberlos. Y aun por este mal fin de su perversa curiosidad quieren saber

muchas cosas por hechizos y arte mágica. Y no se contentan con esto, pero en la misma religion tientan á Dios, pidiéndole señales y prodigios; no por alcanzar salud, sino por solo tener experiencia vana de lo que pretenden. En este monte, y en este bosque tan espeso y tan lleno de asechanzas y peligros yo he cortado mucha parte, y desechado de mi corazon, como vos Dios y Salvador mio, por vuestra gracia me habeis concedido que lo haga. Pero viendo que nuestra vida de todas partes continuamente es combatida y cercada de semejantes engaños, no oso decir que estoy libre de este peligro, y que ninguna de estas cosas vanas me tira á sí, y prende mi corazon. Verdad es que ya los teatros y los juegos que en ellos se hacen no me arrebatan, y llevan tras sí, ni tengo cuenta con el curso de las estrellas, ni jamas mi alma buscó respuesta por las sombras: porque yo aborrezco todas las supers-
ti-

ticiones sacrílegas y excomulgadas. ¿Pero con cuántas máquinas, y cuán profundamente me combate el enemigo para que yo pida algun milagro á vos, Señor Dios mio, al qual debo humilde sujecion y servicio: Pero yo os suplico por aquel Señor y Rey mio, y por toda esa santa Jerusalem, patria nuestra, simple y casta, que asi como el consentimiento de esta tentacion está lejos de mí, asi lo esté siempre, y vos le apartéis mas de mí. Quando yo os ruego por la salud de alguno, muy diferente de éste es el fin que yo tengo en suplicaros lo que os suplico. Y vos me dais y me dadeis por vuestra gracia, que tenga por bueno, y siga alegremente lo que haceis. ¿Pero quién podrá contar las tentaciones con que cada dia es combatida esta nuestra curiosidad aun en las cosas despreciables y menudas, y las veces que caemos en ellas? ¿Cuántas veces contando cosas vanas, al principio con dis-

disgusto las oímos y disimulamos, por no entristecer al que las cuenta, y después poco á poco las oímos con gusto? No veo ahora en el cerco el perro que corre tras la liebre; pero en el campo, si acaso algún galgo va tras ella, tírame aquella éaza, no por que yo vaya tras ella con el caballo, sino voy con la inclinación del corazón; y por ventura me divierte de algún grave pensamiento en que voy ocupado. Y me detendría vanamente en esta vista, si vos dándome á entender mi flaqueza, no me amonestádes á levantar por lo que ved mi espíritu y consideración á vos, ó dexar y menospreciar todo lo que veo. ¿Pues qué diré de las veces que estando sentado en mi casa, me páro á mirar cómo el alguacil de las moscas las prende, y la araña con sus redes quando caen las entreda? ¿Por ventura, por ser pequeños los animales que esto hacen, no es la misma curiosidad la que en mirarlos

se tiene ? Bien es verdad, que despues sube mi corazon á alabaros, Señor Criador maravilloso, y admirable Artífice de todas las cosas: pero quando comencé, no comencé con esta intencion. Otra cosa es levantarse presto, y otra no caer. De semejantes cosas está llena mi vida, y mi esperanza sola es vuestra grande misericordia. Porque siendo nuestro corazon un receptáculo de semejantes cosas, tan repartido en muchos senos de tanta vanidad, nuestras oraciones muchas veces con estas vanidades se interrumpen y turban: y estando delante de vuestro acatamiento, y queriendo con la voz de nuestro corazon inclinar vuestros piadosos oídos, no sé de dónde se levantan con grande ímpetu unos pensamientos vanos y engañosos, que cortan el hilo de esta nuestra tan importante oracion.

CAPÍTULO XXXVI.

Del vicio de la soberbia.

Tampoco se puede hacer poco caso de lo que aqui diré, ni hay cosa que nos pueda dar esperanza sino sola vuestra misericordia, con la qual habeis comenzado á trocar nuestros corazones, y vos bien sabeis de qué parte, y de cuántas me habeis mudado. Y primeramente me habeis sanado del apetito de vengarme, para perdonarme todos los otros pecados míos, y sanar todas mis enfermedades, y librar mi vida de la corrupcion, y coronarme con vuestra misericordia, y hartar mi deseo en vuestros bienes. Porque con vuestro santo temor habeis reprimido mi soberbia, y domado mi dura cervíz con vuestro yugo. Yo le llevo, y me parece suave, como vos lo prometistes, y lo habeis hecho. Y verdaderamente que este santo yugo era ligero, y yo

loado de los hombres , vituperándole vos , no será defendido de los hombres quando vos le juzgáredes , ni librado quando vos le condenáredes. Porque quando el hombre no es alabado en sus maldades , sino por algun don que vos le dáis , y él se alegramas por ser alabado , que por el don por el qual es alabado ; este tal es alabado de los hombres , vituperándole vos , y es mejor el que le alaba que el que es alabado. Porque al uno le agrada en el hombre el don de Dios , y al otro le agrada mas el don del hombre que el de Dios.

CAPÍTULO XXXVII.

El efecto que hace en nosotros el ser alabados ó vituperados.

Con estas tentaciones , Señor , somos tentados cada dia , tentados somos sin cesar. La lengua del hombre es la llama , y un incendio co-

tidiano , y vos nos mandais que tambien en esto seamos continentest: dadnos lo que nos mandais , y mandadnos lo que fuéredes servido. Bien sabeis vos los suspiros de mi corazon , y los rios de lágrimas que por esto yo derramo , porque no puedo fácilmente entender si soy libre de esta pestilencia , y temo mucho los secretos de mi alma que conoceis vos , y yo no conozco. Porque en los otros géneros de tentaciones puedo yo en alguna manera conocerme ; pero en esto no hallo camino , porque en los deleytes de la carne , y en la curiosidad de saber cosas impertinentes , bien veo lo que he aprovechado para refrenar mi apetito quando carezco de estas cosas , ora sea por mi voluntad , ora porque no las tengo. Porque entonces yo mismo me exámino , y quiero saber si el no tenerlas me es grave y pesado , y en qué grado. Y las riquezas que se desean para servir con

ellas á la concupiscencia de la carne, ó á la concupiscencia de los ojos, ó á la soberbia de la vida, ó á dos, ó á todos tres estos apetitos, si el que las posee no puede fácilmente entender el afecto con que las posee, y si las desprecia, ó no puede dexarlas para probarlo y experimentarlas. Pero no podemos hacer esto en la alabanza, ni carecer de ella para hacer prueba de nosotros. ¿Habemos por ventura de vivir tan mal, y ser tan perdidos y desalmados, que todos los que nos conocieren, nos aborrezcan? ¿Qué locura tan grande sería esta! Luego si la alabanza suele y debe acompañar la buena vida, y las santas obras, así como no se debe dexar la buena vida, tampoco se debe dexar la alabanza que la sigue. Pero no sabemos el ánimo que tenemos en las cosas, y si llevamos la falta de ellas con tristeza, ó con alegría, hasta que nos faltan, y lo probamos. ¿Pues qué es lo que yo, Señor,

ñor,

lor, me confieso á vos en este género de tentacion? sino que yo me huelgo con mis alabanzas, aunque mas con la verdad. Porque si me dixesen, qual queria mas, ser un hombre desatinado y perdido, y loado de los hombres, ó un hombre cuerdo, constante y amigo de la verdad, pero vituperado de todos; bien claro está lo que yo escogeria: mas querria yo que la aprobacion y el loor de la lengua agena no fuese parte para acrecentar el gozo de qualquiera bien que yo hago. Y conozco y confieso, que no solo le acrecienta, sino que el vituperio tambien le disminuye. Y quando me turba esta miseria, luego se me pone delante una excusa, que vos, Señor, sabeis quanto vale, que yo no lo sé. Porque como no solamente nos habeis mandado que seamos continentes, y de lo que nos debemos guardar, conservando puro nuestro amor; pero tambien nos mandais que seamos justos, y en lo

que debemos emplear este vuestro mismo amor, y que no solo os amemos á vos, sino tambien al próximo: muchas veces quando me deleyto de ser alabado, me parece que la causa de aquel deleyte es el provecho, ó esperanza del provecho del próximo; por ser él tan entendido, que alaba lo que se debe alabar. Y al contrario, que me entristezco de su mal quando veo que vitupera lo que no sabe, ó lo que es bueno. Porque tambien me entristezco algunas veces quando me alaban, porque, ó alaban en mí las cosas que á mí mismo me desagradan, ó estiman algunos bienes de poca importancia y pequeños mas de lo que se deben estimar. ¿Pero dónde sé yo que este afecto no nace en mí de pesarme que el que me alaba no sienta lo que yo siento, no por el provecho de él, sino porque los bienes que en mí me agradan, me son mas agradables, que veo que agradan á otros? Porque en cierta

manera no me alaba el que no alaba el juicio que yo tengo de mí, ó porque alaba en mí lo que á mí me descontenta, ó alaba mas lo que á mí me contenta menos. ¿Pues tengo yo en esto cierto conocimiento de mí? Bien veo en vos, Dios mio, y verdad eterna, que no debo yo holgarme de mis alabanzas por mí, sino por la utilidad de mi próximo. Pero no sé si así lo hago, y en esto no me conozco tanto, quanto vos me conocéis. Pero yo os suplico, Dios mio, que me deis gracia para que me conozca, para que hallándome herido de esta culpa, la manifieste á mis hermanos, porque rueguen á vos por mí. Quiero otra vez examinarme, y hacerme otra pregunta con mayor cuidado. Si quando soy alabado me mueve la utilidad del próximo, ¿porqué me mueve menos el vituperio injusto que se hace á otro, que el que se me hace á mí? ¿Porqué me congoja mas la afrenta que se me

hace, que la que se hace á otro delante de mí, aunque el pecado con que se hace sea el mismo? ¿Puedo por ventura decir, que no sé ser verdad esto? Bueno sería que yo lo dixese para engañarme, y apartarme de la verdad en vuestro acatamiento con el corazón y con la lengua. Apartad vos, Señor, de mí esta gran locura, y no permitais que yo sea tan ciego, que me quiera lisonjear, y como dice el Profeta: Mi boca sea el aceyte del pecador con que unte mi cabeza. Yo soy pobre y mendigo, y mejor quando dentro de mí mismo gimo y me descontento de mí, buscando vuestra misericordia, hasta que mis imperfecciones se reparen y perfeccionen, y llegue mi corazón á aquella paz que no sabe ni conoce el espíritu soberbio y arrogante.

CAPÍTULO XXXVIII.

Del peligro de la vanagloria que tiene la virtud.

Las palabras que salen de la boca, y las obras que hacemos, y vienen á noticia de los hombres, corren una tentacion muy peligrosa, y tienen un fuerte contrario que nace del apetito y amor de ser loado. Este amor procura su particular excelencia, y para alcanzarla busca la aprobacion de los hombres, y quando yo le reprehendo en mí, con lo mismo que le reprehendo se despierta: y muchas veces el hombre se gloria mas vanamente de haber menospreciado la vanagloria. Aunque entonces no se puede decir que se gloria de haberla despreciado; porque no la menosprecia quando se gloria dentro de sí.

CAPÍTULO XXXIX.

Del amor propio.

En este mismo género de tentación hay otro mal dentro de nosotros, con el qual se desvanecen los que se agradan de sí mismos, no teniendo cuenta, si contentan ó descontentan á los otros. Porque á ellos les basta estar contentos de sí. Estos tales que á sí se agradan, mucho os desagradan á vos, Señor, no solamente quando tienen por buenas las cosas que no lo son, mas tambien quando se complacen en vuestros bienes, como si fuesen suyos, ó de tal manera los tienen por vuestros, que creen haberlos alcanzado por sus merecimientos. Y ya que los atribuyan á vuestra gracia, y no á sus merecimientos, no se gozan que sus compañeros los tengan, antes les tienen envidia. En todos estos y otros semejantes peligros y dificultades, vos,
Se-

Señor, veis el temor de mi corazón, y yo conozco que sanais mis llagas continuamente, que son mas de las que yo en mí veo ni siento.

CAPÍTULO XL.

De la lucha contra los vicios.

Querría saber, ¡ó verdad eterna! dónde dexastes de acompañarme y andar conmigo, para enseñarme lo que tengo de huir, y lo que tengo de apetecer, quando yo iba á vos con las cosas caducas que habia visto, y os pedia consejo: Yo di una vuelta á este mundo exterior de la manera que pude con mis sentidos, y miré la vida de mi cuerpo y los mismos sentidos. De alli entré en unos espacios anchos y apartados de mi memoria, llenos de innumerables y maravillosas cosas: considerélos, y espantéme, y no pude entender cosa de ellos sin vos. Y hallé, que vos no sois nin-

gu-

guna cosa de ellas , ni yo mismo que las hallé , y las miré todas , y procuré distinguir las , y estimar á cada una de ellas segun su dignidad. Porque algunas de ellas percibia por los sentidos , otras sentia que estaban como mezcladas conmigo : unas veces juzgaba y distinguia los mismos sentidos , que como embaxadores me daban noticia de las cosas. Otras me entreténia con mi memoria , considerando sus grandes riquezas , ó guardándolas en ella , ó sacándolas de ella. Y ni yo que esto hacia , ni aquella virtud y potencia con que lo hacia érades vos. Porque vos , Señor , sois luz que permanece , la qual yo buscaba quando sobre todas estas cosas os consultaba , y preguntaba si eran , y ¿qué caso de ellas se habia de hacer ? Y yo oía lo que vos decíades , y me mandábades , y ahora muchas veces hago esto , que es lo que deleyta mi alma , y es mi consuelo , y yo acudo á él como á mi

re-

refugio , todas las veces que me puedo desahar de los cuidados y necesidades de esta vida miserable. Y en ninguna cosa de éstas , por las quales paso , y consulto con vos , hallo lugar seguro para mi alma , sino es vos , donde pueda recoger mi espíritu derramado , y ninguna cosa mia se aparte de vos. Y alguna vez por vuestra bondad , haceis que dentro de mí sienta un cierto afecto no acostumbrado , y una no sé qué dulcedumbre interior , que no se puede explicar , la qual si fuese perfecta en mí , yo tendria por nada todo lo que no fuese esto. Pero con el peso miserable de esta frágil carne , torno á caer y á sumirme en las ondas acostumbradas , y detienenme , y aunque yo lloro mucho , veo que me detienen mucho. Tanto apesga y agrava la carga de la mala costumbre : y asi donde puedo estar , no quiero estar ; donde quiero , no puedo : y en lo uno y en lo otro soy miserable.

CAPÍTULO XLI.

De los tres apetitos de la carne.

Por tanto yo consideré la dolencia de mis pecados, causada de tres apetitos y concupiscencias, y invoqué vuestra poderosa diestra para que me salvase. Porque con el corazón herido ví vuestro resplandor, y reverberó en mis ojos, y espantado de su gran claridad, dixé: ¿Quién podrá llegar allá? desechado soy de vuestra faz. Vos sois la verdad, que presidís sobre todas las cosas; mas yo por mi avaricia no quise perderos; pero quise juntamente con vos poseer la mentira: así como no hay quien quiera de tal manera decir lo que es falso, que no sepa la verdad; y por esto yo os perdí, porque no os dignais ser poseído con la mentira.

CAPÍTULO XLII.

Del remedio que algunos piden á los demonios contra los vicios.

¿Quién pudiera yo hallar que me reconciliara con vos? ¿Habia de tomar por ventura por intercesores á los ángeles? ¿Con qué ruego? ¿Con qué sacramentos? Muchos (á lo que yo he oido) deseando volver á vos, y no pudiendo por sí mismos hacerlo, tentaron estas cosas, y cayeron en un vano deseo de visiones curiosas, y merecieron ser engañados é ilusos; porque os buscaban por soberbia, confiados en su doctrina hinchada, y mas levantando, que hiriendo sus pechos: y por esto atraxeron á sí á los demonios sus semejantes y compañeros de soberbia, y fueron de ellos engañados por el arte mágica, porque buscaban un medianero que los purga-

ga-

gase y santificase : y entre ellos no le habia , mas era el demonio que se transfiguraba en ángel de luz, el qual no teniendo cuerpo de carne , procura engañar mucho la carne soberbia. Porque los tales que pretendian esto eran mortales y pecadores , y vos , Señor (con quien ellos con soberbia se querian reconciliar) sois inmortal y sin pecado. Mas el mediador entre Dios y el hombre, era necesario que fuera en algo semejante á Dios , y en algo semejante á los hombres ; porque si en todo fuera semejante á los hombres , estuviera lejos de Dios ; y si en todo fuera semejante á Dios , estuviera muy apartado de los hombres ; y asi no fuera mediador entre los hombres y Dios. Pero el demonio , que es engañoso mediador , y por el qual , por vuestros secretos juicios , la soberbia merece ser engañada , con los hombres tiene una cosa , que es el pecado , y quiere parecer que tiene otra cosa
con

con Dios : y por no estar vestido de la mortalidad de la carne , jactase que es inmortal. Mas como la paga del pecado es la muerte , tiénela tambien comun con los hombres , para que él y ellos juntamente sean condenados á muerte.

CAPÍTULO XLIII.

Que Christo es verdadero medianero.

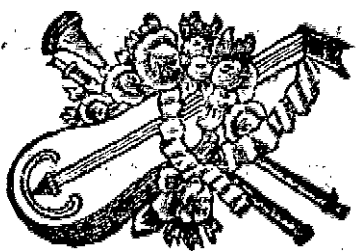
Pero el verdadero medianero , Señor , es el que vos con vuestra secreta misericordia manifestastes á los humildes , y enviastes al mundo , para que con su exemplo aprendiesen la humildad. Este medianero entre Dios y los hombres es Jesu Christo hombre , el qual apareció entre los pecadores mortales , y vos justo é inmortal. Mortal con los hombres , y justo con Dios , para que siendo el premio de la justicia la vida y la paz,
por

por la justicia , con la qual estaba conjunto con Dios , destrúyese la muerte de los pecadores , que él habia justificado. La qual muerte quiso él mismo padecer , y morir como mueren los demas. Este medianero fué revelado y descubierto á los Santos antiguos , porque ellos por la fe de su pasion futura fuesen salvos , asi como nosotros lo somos por la fe de su pasion , que ya pasó. En quanto es hombre , en tanto es medianero ; pero en quanto es Verbo Eterno , no es medianero , sino igual á Dios , y Dios cerca de Dios , y con Dios juntamente con el Espíritu Santo. ¡O Padre bueno y santo ! ¿ cómo nos amastes , pues no perdonastes á vuestro único Hijo , antes le entregastes á la muerte por nosotros pecadores ? ¿ Cómo nos amastes , pues aquel que no tuvo por robo ser igual á vos , por nosotros se humilló hasta la muerte de cruz , siendo él solo libre en-

tre los muertos , y teniendo poder de morir y resucitar , cuándo y cómo quiso? Este Señor se hizo por nosotros vencedor y víctima delante de vos : y por eso vencedor , porque fué víctima. Por nosotros se hizo sacerdote y sacrificio ; y por eso sacerdote , porque fué sacrificio : y así naciendo de vos , y sirviendo á vos , de esclavos que éramos , nos hizo vuestros hijos. Con mucha razon tengo yo grande esperanza , que por este medianero y Señor mio , que está sentado á vuestra diestra , é intercede por nosotros , vos sanareis todas mis dolencias , que si esto no fuese , yo desesperaria. Bien sé que son muchas y muy grandes mis enfermedades ; muchas son y muy grandes , yo lo confieso. Pero mucho mayor y mas copiosa es la medicina de vuestra misericordia. Si este vuestro Verbo no se hubiera hecho carne , y habitára entre nosotros , tuviéramosle por ageno de nuestra na-

turalaleza , y apartado de la coñjuncion y amor del hombre , y con esto desesperáramos. Yo , cierto , espantado de mis grandes pecados , y oprimido de la carga de ellos y de mi miseria , habia tratado y pensado conmigo mismo huir á la soledad , y retirarme á algun áspero desierto. Pero vos me detuvistes y me animastes, diciendo por vuestro Apóstol : Por eso murió Christo por todos , porque los que viven , ya no viven para sí , sino para aquel que por ellos murió. Señor , hémé aqui , yo arrojé todo mi cuidado en vos , porque con esto viviré , y consideraré las maravillas de vuestra ley : vos sabeis mi ignorancia y mi enfermedad , enseñadme y sanadme. Aquel Hijo vuestro único , en el qual estan escondidos todos los tesoros de la ciencia y sabiduria me redimió con su sangre. Los soberbios no me calumnien, ni hagan burla de mí , por ver que yo pienso en el precio con que fui

rescatado, le estimo, como, bebo
y gasto de él, y siendo pobre deseo
hartarme con los otros, que asimismo
comen y se hárta[n] de él, y buscando
al Señor le alabarán.



CONFESIONES

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTÍN.

LIBRO UNDECIMO.

CAPÍTULO I.

*Porqué nos confesamos á Dios sabiendo
él lo que le confesamos.*

Por ventura, Señor, siendo vuestra la eternidad, ¿no sabéis las cosas que yo os digo? ¿O veis á tiempo lo que se hace en tiempo? ¿Pues porqué os cuento yo tantas cosas como os he contado? No por cierto para que de
mí

mí las sepáis , sino para despertar en vos mi afecto y el de los que esto leyeren , y para que todos digamos: Grande es el Señor , y en gran manera digno de alabanza. Ya lo he dicho, y otra vez lo diré: por amor de vuestro amor hago esto. Porque de esta misma suerte tambien oramos ; y con todo eso dice la verdad : vuestro Padre Celestial sabe las cosas de que tenéis necesidad, antes que se las pidáis, pues quando hacemos esto , no hacemos sino manifestar el afecto que tenemos para con vos , confesando nuestras miserias, y alabando vuestras misericordias sobre nosotros , para que librándonos del todo, y dando perfeccion á lo que habeis comenzado , dexemos de ser miserables en nosotros, y seamos bienaventurados en vos , que nos llamastes, para que seamos pobres de espíritu, mansos y llorosos ; para que tengamos hambre y sed de la justicia, y seamos misericordiosos , limpios de corazon y pacíficos. He aquí,

Se-

Señor, cuántas cosas os he contado, de la manera que he podido y querido: porque vos primero lo quisistes, y me inspirastes, que me confesase y manifestase á Vos, Señor Dios mio; porque sois bueno, y vuestra misericordia permanece en los siglos de los siglos.

CAPÍTULO II.

Pide al Señor, que le libre del pecado y de los engaños, y que le dé verdadero conocimiento.

¿Con qué lengua ó con qué estilo podria yo explicar, bien mio, todas las exhortaciones que me habeis hecho, los temores con que me habeis espantado, las consolaciones con que me habeis regalado, el gobierno suave de vuestra providencia con que me habeis traído á este estado, y hécho-me predicador de vuestra palabra, y dispensador de vuestros sacramentos? Y aunque yo pudiese contar todas estas

las

tas cosas por su orden, el tiempo me es muy caro y muy precioso, y ha mucho que yo deseo meditar en vuestra ley, y en ella confesaros mi ciencia, mi ignorancia, y los principios de mi conversion, quando vos con vuestra luz me alumbrastes: y llorar lo que de mis tinieblas aún resta en mí, hasta que mi flaqueza sea consumida de vuestra fortaleza. Y no querría gastar sino en esto las horas que me quedan libres de la necesidad de reparar el cuerpo, y de la servidumbre que debemos á los hombres, y de la que pagamos sin debérsela. Señor Dios mio, estad atento á mi razon, y vuestra misericordia oyga mi encendido deseo, que es no solamente de atender á mí, sino tambien al provecho de mis hermanos. Y vos bien veis mi corazon, que es así, y que deseo sacrificaros mis pensamientos y mi lengua, y emplearme todo en vuestro servicio. Dadme que os ofrezca, porque yo pobre soy y mendigo, y vos sois rico para

312. *Confesiones de S. Agustín.*

todos los que os invocan, y teneis cuidado de nosotros estando seguro. Cercenad de mí toda temeridad y toda mentira, y limpiad mis labios interiores y exteriores con vuestra gracia. Vuestras escrituras sean mis castas delicias, de manera que yo no me engañe en ellas, ni con ellas engañe á nadie. Atendedme, Señor: Tened misericordia de mí, Señor Dios mio, luz de los ciegos, y virtud de los flacos: súbita luz de los que ven, y virtud de los fuertes, mirad mi alma, y oidla, que del profundo abismo clama á vos: Porque si en este abismo no estan vuestras orejas para oírnos, ¿adónde iremos? ¿adónde clamaremos? Vuestro es el día, y vuestra es la noche, á vuestra voluntad vuelan los momentos de esta vida; dadme tiempo para que yo medite en los secretos de vuestra ley, y no cerreis la puerta á los que llamamos á ella; porque no de balde habeis querido vos, Señor, que se escribiesen tantos y tan secretos misterios

ríos en vuestras sagradas letras, y que se acogiesen á los bosques amenos de ellas muchos siervos vuestros, para que como ciervos las paseen, y se apacienten, y descansen y rumien en ellas. O Señor, hacedme perfecto, y descubridme y reveladme estos misterios. Vuestra voz es mi gozo y mi alegría; vuestra voz es sobre toda la abundancia de deleytes. Dadme lo que amo; porque yo amo, y este tambien es don vuestro. No desampareis vuestros dones, ni este mi corazon (que está como una yerba seca y sedienta). Todo lo que halláre en vuestros libros, será para vuestra gloria, y oiré la voz de vuestra alabanza, y beberé de vuestro espíritu, y consideraré las maravillas de vuestra ley, comenzando desde el principio en que criastes el cielo y la tierra, hasta llegar al Reyno perpetuo de vuestra santa ciudad. Señor, tened misericordia de mí, y oid este mi deseo: porque yo creo que este vuestro Reyno, no es de la tier-

tierra, ni de oro, ni de plata, ni de piedras, ni de hermosas vestiduras, honras y estados, ó deleytes de carne, ni de cosas al cuerpo y á esta vida de nuestra peregrinacion necesarias; las quales cosas todas daís vos como añadidura, á los que buscan vuestro reyno y vuestra justicia. Mirad, Señor y Dios mio, de dónde nace este mi deseo, porque los malos me contaron sus deleytes; pero no son ellos como los de vuestra ley, y de esta ley nace mi deseo. Mirad, Padre santo, consideradlo, vedlo, tenedlo por bueno, y dignaos por vuestra misericordia de abrirme las puertas de vuestras escrituras, y admitirme á los secretos retretes de ellas; pues yo estoy á la puerta, y llamo. Yo os ruego por nuestro Señor Jesu Christo, vuestro Hijo, y Varon de vuestra diestra, Hijo de la Virgen, y medianero entre vos y nos: por el qual buscastes á los que no os buscaban, y los buscastes, para que os buscasen. Por este vuestro
Ver-

Verbo , por el qual criastes todas las cosas, y entre ellas á mí, y llamastes al pueblo de los creyentes á vuestro conocimiento y fe, y en él á mí. Por este Señor lo pido y suplico, que está sentado á vuestra diestra, é intercede por nos, en el qual estan escondidos todos los tesoros de vuestra ciencia y sabiduría. A este Señor busco en vuestros libros, de él escribió Moysen, y esto lo dice el mismo Señor, y lo dice la verdad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO
DE LAS CONFESIONES.



TABLA DE LOS CAPÍTULOS.

LIBRO SÉPTIMO.

Cap. I. Como despues de haber desechado las imágenes de las cosas corporales, comenzó á co- nocer que Dios no tiene cuerpo, F. 1.	
Cap. II. Nebridio convence á los Manicheos,	6.
Cap. III. Que el libre albedrio del hombre es causa del pecado,	9.
Cap. IV. Que Dios no puede ser forzado,	12.
Cap. V. Como se aparta el Cria- dor de la criatura,	14.
Cap. VI. De los vanos juicios de los astrólogos,	18.
Cap. VII. El desasosiego y aflic- cion que tuvo buscando el ori- gen del mal,	26.
Cap. VIII. Como la divina mise- ricordiá socorrió á S. Agustin,	30.
Cap. IX. De las cosas que en los libros de algunos filósofos pla-	10-

<i>tónicos halló conformes á nues- tra fe,</i>	31.
Cap. X. <i>Cómo las cosas divinas se le iban descubriendo,</i>	37.
Cap. XI. <i>En qué manera las cria- turas son, y no son,</i>	40.
Cap. XII. <i>Que todas las cosas que son, son buenas,</i>	41.
Cap. XIII. <i>Que todo lo criado ala- ba á Dios,</i>	43.
Cap. XIV. <i>Que ninguna cosa de las que Dios crió desagrada al hombre cuerdo,</i>	45.
Cap. XV. <i>Como se halla la verdad y la falsedad en las criaturas,</i>	47.
Cap. XVI. <i>Que todas las cosas son buenas, aunque no todas convie- nen á todos,</i>	48.
Cap. XVII. <i>De las cosas que nos impiden el conocimiento de Dios,</i>	49.
Cap. XVIII. <i>Que solo Christo es el camino para hallar la salud,</i>	53.
Cap. XIX. <i>Lo que sintió de la Encarnacion de Christo,</i>	55.
Cap.	

- Cap. XX. *De la variedad de los libros Platónicos,* 59.
- Cap. XXI. *Lo que halló mas en los libros sagrados que en los de Platon,* 62.

LIBRO OCTAVO.

- Cap. I. *Encendido del amor de las cosas divinas, determina de ir á ver á Simpliciano,* 67.
- Cap. II. *De la conversion de Victorino retórico,* 72.
- Cap. III. *Que Dios y los Angeles se gozan de la conversion del pecador,* 79.
- Cap. IV. *Porqué nos habemos de holgar mas en la conversion de un gran pecador,* 83.
- Cap. V. *De las cosas que le detenian que no se convirtiese á Dios,* 86.
- Cap. VI. *Como Ponticiano le contó la vida de S. Antonio Abad,* 91.
- Cap. VII. *Como habiendo oido á*
* Pon-

<i>Ponticiano, se descontentó de sí mismo,</i>	99.
Cap. VIII. <i>Lo que hizo estando en el huerto,</i>	103.
Cap. IX. <i>Porqué el ánimo es pereoso para el bien,</i>	106.
Cap. X. <i>Como la voluntad del hombre es varia,</i>	108.
Cap. XI. <i>La lucha del espíritu de Agustino con su carne,</i>	114.
Cap. XII. <i>Como del todo se convirtió, amonestado por una voz del cielo,</i>	119.

LIBRO NONO.

- Cap. I. *Alaba la bondad de Dios, conociendo su miseria,* 125.
- Cap. II. *Como dexó de enseñar la retórica,* 127.
- Cap. III. *Como Verecundo dió una heredad á S. Agustin en que pudiese vivir,* 132.
- Cap. IV. *Lo que escribió con Nebridio de los psalmos, y del dolor de los dientes,* 137.
- Cap. V. *Pregunta á S. Ambrosio, qué libro de la sagrada Escritura leerá,* 147.
- Cap. VI. *Como fué bautizado en Milan,* 148.
- Cap. VII. *Las cosas que vió en Milan,* 151.
- Cap. VIII. *La conversion de Evodio,* 154.
- Cap. IX. *Como vivia Santa Mónica con su marido,* 160.
- Cap. X. *El coloquio que tuvo con su madre, del Reyno de los*

<i>cielos,</i>	166.
Cap. XI. <i>Del éxtasi y muerte de su madre,</i>	171.
Cap. XII. <i>De como lloró la muerte de su madre,</i>	174.
Cap. XIII. <i>Ruega á Dios por su madre difunta,</i>	181.

LIBRO DÉCIMO.

Cap. I. <i>De la confesion del corazon,</i>	187.
Cap. II. <i>Que á Dios todos nuestros secretos son manifestos.</i>	188.
Cap. III. <i>Para qué aprovecha la confesion de los pecados,</i>	190.
Cap. IV. <i>De los grandes provechos que se sacan de la confesion.</i>	193.
Cap. V. <i>Como el hombre no se conoce del todo, ni conoce á Dios sino confusamente.</i>	197.
Cap. VI. <i>Qué cosa sea Dios, y cómo se conoce,</i>	199.
Cap. VII. <i>Que con ninguna fuer-</i>	

<i>za corporal se puede hallar</i>	
<i>Dios,</i>	204.
Cap VIII. <i>La fuerza de la memoria,</i>	206.
Cap. IX. <i>De la memoria de la ciencia,</i>	211.
Cap. X. <i>Por los sentidos entran las cosas á la memoria,</i>	214.
Cap. XI <i>Cómo están en el ánimo las especies de las cosas,</i>	216.
Cap XII <i>De la memoria de los matemáticos,</i>	218.
Cap. XIII. <i>De la memoria de las aficiones,</i>	220.
Cap. XIV. <i>Como nos acordamos de las cosas alegres estando tristes,</i>	221.
Cap. XV. <i>Como nos acordamos de las cosas ausentes,</i>	224.
Cap. XVI. <i>Que tambien hay memoria del oivido,</i>	226.
Cap. XVII. <i>De tres grados ó maneras de memoria,</i>	230.
Cap. XVIII. <i>De la reminiscencia,</i>	233.
	Cap.

Cap. XLX. Qué cosa sea el acto de la reminiscencia ,	234.
Cap. XV. Qué todos desean la bienaventuranza ,	237.
Cap. XXI. Que tambien nos acordamos de las cosas que nunca tuvimos ,	240.
Cap. XXII. Del verdadero gozo ,	244.
Cap. XXIII. Qué cosa sea la bienaventuranza , y dónde se halla ,	245.
Cap. XXIV. Que Dios tambien está en la memoria ,	249.
Cap. XXV. En qué parte de la memoria está Dios ,	250.
Cap. XXVI. A dónde se halla Dios ,	251.
Cap. XXVII. Como Dios lleva tras sí al hombre ,	252.
Cap. XXVIII. De la miseria de esta vida ,	253.
Cap. XXIX. Que la esperanza se ha de poner en Dios ,	255.
Cap. XXX. De los engaños de los sueños ,	257.
Cap.	

- Cap. XXXI. De la tentacion de
la gula, 260.
- Cap. XXXII. Que no hay cosa se-
gura en esta vida, 268.
- Cap. XXXIII. Del deleyte de los
oidos, 269.
- Cap. XXXIV. Del deleyte de los
ojos, 273.
- Cap. XXXV. De la curiosidad
del saber, 278.
- Cap. XXXVI. Del vicio de la
soberbia, 285.
- Cap. XXXVII. El efecto que ha-
ce en nosotros el ser alabados
ó vituperados, 288.
- Cap. XXXVIII. Del peligro de
la vanagloria que tiene la vir-
tud, 295.
- Cap. XXXIX. Del amor propio, 296.
- Cap. XL. De la lucha contra los
vicios, 297.
- Cap. XLI. De los tres apetitos
de la carne, 300.
- Cap. XLII. Del remedio que al-
gunos piden á los demonios

- contra los vicios,* 301.
Cap. XLIII. *Que Christo es ver-*
dadero medianero, 304.

LIBRO UNDÉCIMO.

- Cap. I. *Porqué nos confesa-*
mos á Dios, sabiendo él lo que
le confesamos, 308.
Cap. II. *Pide al Señor, que le*
libre del pecado y de los enga-
ños, y que le dé verdadero co-
nocimiento, 310.